



MÁSTERES de la UAM

Facultad de Filosofía
y Letras /12-13

Máster Universitario
de Estudios Avanzados
de Historia Moderna.
“Monarquía de España”
Siglos XVI-XVIII.



**Servir al padre,
servir al rey católico.
Las lealtades del
príncipe Emanuele
Filiberto de Saboya
(1588-1624) ante el
deterioro de las re-
laciones entre Carlo
Emanuele I y Felipe III
(1606-1610)**

Carlos Antolín Rejón



ABREVIATURAS

AGS – Archivo General de Simancas

AHNOB – Archivo Histórico de la Nobleza

BPRM – Biblioteca del Palacio Real de Madrid

IVDJ – Instituto Valencia de Don Juan

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	2
1.EL DUCADO DE SABOYA Y LA MONARQUÍA HISPÁNICA.....	13
1.1. EL DUCADO DE SABOYA EN EL NORTE DE ITALIA	14
1.2. SABOYA Y LOS HABSBURGO	16
1.3. CARLO EMANUELE I Y FELIPE III: LA POLÍTICA DEL DUQUE Y LA ESTRATEGIA DE LA MONARQUÍA.....	19
2. LA “CARRERA HISPANA” DEL PRÍNCIPE FILIBERTO	23
2.1. PREPARANDO EL FUTURO DEL PRÍNCIPE, EL PRIMER VIAJE A LA CORTE ESPAÑOLA (1603-1606)	24
2.2. LA ESTANCIA DEFINITIVA: EL GENERALATO DEL MAR (1611-1617)	30
2.3. LA AMBICIÓN POR LA PRIVANZA: CONJURAS, INTRIGAS Y EL VIRREINATO DE SICILIA (1617-1621)	32
3.SERVIR AL PADRE, SERVIR AL REY CATÓLICO: LAS LEALTADES DE FILIBERTO ANTE EL DETERIORO DE LAS RELACIONES ENTRE CARLO EMANUELE Y FELIPE III (1606-1610)	36
3.1. LA “LEALTAD” COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS	37
3.2. EL REGRESO A SABOYA, UNA DISYUNTIVA EN LA CARRERA DE FILIBERTO (1605-1606)	45
3.3. LA IMAGEN DE FILIBERTO EN LA CORTE ESPAÑOLA EN PARALELO AL DETERIORO DE LAS RELACIONES CON SABOYA (1606-1609).....	51
3.4. LAS LEALTADES A PRUEBA, LA MISIÓN DE FILIBERTO EN ESPAÑA (1610)	64
CONCLUSIÓN	72
FUENTES.....	75
FUENTES EDITADAS Y CATÁLOGOS	75
BIBLIOGRAFÍA.....	77
ANEXO DOCUMENTAL	83
DOCUMENTO 1.....	83
DOCUMENTO 2.....	84

INTRODUCCIÓN

Tercer vástago de los duques de Saboya, Carlo Emanuele I y la infanta española Catalina Micaela, el príncipe Emanuele Filiberto (1588-1624)¹ representa en la actualidad una figura un tanto oscura para la historiografía española. En parte, resulta un tanto sorprendente, teniendo en cuenta que pasaría al servicio de la Monarquía Hispánica buena parte de su vida. Quizá por ello mismo tampoco ha recibido demasiada atención desde Italia, donde sus últimas biografías no son precisamente recientes².

Tendencia que ha cambiado en la última década, con la aparición de algunos estudios parciales, centrados en distintos aspectos de la vida del príncipe, como su primer viaje a España junto a sus hermanos, su cargo de Capitán General del Mar, sus colecciones artísticas, o su Casa³. En cualquier caso, lo cierto es que el volumen y, en algunos casos, la actualidad de la producción historiográfica en torno a Filiberto de Saboya no corresponde a la relevancia del mismo. Sobrino de Felipe III, y primo de Felipe IV, nos encontramos ante un personaje clave en la corte y la política de los Habsburgo hispanos durante las primeras décadas del siglo XVII.

Por supuesto, Filiberto no fue el primer, ni el último príncipe italiano en entrar al servicio del Rey Católico⁴, aunque como miembro directo de la familia real constituyó

¹ Al que hay que evitar confundir con su homónimo y famoso abuelo, el duque Emanuele Filiberto de Saboya (1528-1580), mucho más estudiado. Un personaje también estrechamente ligado a los Habsburgo, sirvió como general a las órdenes de Carlos V y su hijo, Felipe II, para el que lograría, en 1557, la sonada victoria de San Quintín.

² Tan sólo se han publicado dos. La primera, de Gaudenzio Claretta (1872), constituye uno de los soportes fundamentales de este trabajo, especialmente gracias a sus apéndices, que contienen un interesante volumen de cartas editadas del príncipe y su familia. La segunda es la biografía de Luigi La Rocca (1940). A diferencia de Claretta, que analiza el papel que jugó Filiberto en las relaciones entre Saboya y la Monarquía Hispánica, La Rocca se centra en su etapa como virrey de Sicilia, por lo que no resulta tan interesante para este trabajo, centrado en las primeras visitas del príncipe a la Corte española.

³ Entre los primeros estudios españoles sobre el príncipe Filiberto se cuenta el trabajo de Hipólito Sancho de Sopranís (1946), o el de Lionello G. Boccia y José Andrés Godoy (1987). En los últimos años se pueden citar, tanto en Italia como España, las publicaciones de María Beatrice Failla (2003), María José del Río Barredo (2006), Miguel Ángel de Bunes Ibarra (2009) o Manuel Rivero Rodríguez (2013).

⁴ No faltan ejemplos de príncipes y miembros de grandes linajes italianos que se labraron un brillante futuro al servicio de la Monarquía Hispánica, como los Farnesio, Colonna, Doria, o Spínola, algunos con largas tradiciones, y que no eran necesariamente súbditos de la monarquía (Spagnoletti, 2011).

todo un caso paradigmático. Príncipe de Saboya e infante de España, Carlo Emanuele no tardó en aprovechar la doble condición de su hijo para encaminarle al servicio del monarca hispano. Estrategia que no tardó en dar sus frutos, pues, con apenas diez años, Filiberto ya era Gran Prior de la Orden de San Juan en los reinos de Castilla y León. El príncipe aprovechó esta trayectoria, instalándose definitivamente en la corte española a finales de 1610, y logrando los prestigiosos cargos de Capitán General del Mar (1611) y virrey de Sicilia (1621).

Su protagonismo, sin embargo, no sólo se refleja en su brillante carrera, sino en su recurrente presencia en la documentación de la época⁵, o su preeminencia ceremonial a finales del reinado de Felipe III (Del Río Barredo, 2000: 138-139). Testigo de su importancia es también la relación de Filiberto con algunas de las grandes personalidades del reinado de los dos Felipes, como el duque de Lerma o Baltasar de Zúñiga. Varios y destacados estudios en torno a estos personajes coinciden en posicionar al sobrino del rey en una suerte de expectante “segunda línea” desde la que se le atribuyen ambiciosas políticas, cuando no intrigas y conspiraciones para hacerse con el valimiento⁶.

Aún por estudiar en profundidad, la presencia de Filiberto en la corte española promete interesantes aportaciones. Tantas como su papel mediador en las relaciones entre los Habsburgo hispanos y la Casa de Saboya. Relaciones de vital importancia desde 1560, debido a la posición de los estados de Saboya como etapa clave del *Camino Español*, el principal corredor militar de la Monarquía Hispánica con Flandes (Parker, 2010: 94-107).

Paradójicamente, la Tregua de los Doce Años con las Provincias Unidas (1609) no restó a Saboya su protagonismo estratégico, pues, con la pacificación del frente flamenco, el norte de Italia pasó a convertirse en el principal escenario de conflicto de la Monarquía Católica (Fernández Albadalejo, 1992: 228). Inestabilidad propiciada precisamente por las ambiciosas políticas del duque de Saboya, que entre 1606 y 1609

⁵ Un vistazo a las crónicas más importantes da muestras del protagonismo de este personaje en la vida cortesana de la época. En este trabajo he empleado fundamentalmente las de Luis Cabrera de Córdoba (1857) y Gerónimo Gascón de Torquemada (1991).

⁶ Patrick Williams (2010: 228, 245-249) ha subrayado la rivalidad que enfrentaba a Filiberto con Lerma, temeroso de que el príncipe se convirtiera en rival para la privanza de los Sandoval. Unas aspiraciones que, una vez desaparecido el poderoso valido, documenta Antonio Feros (2009: 442) íntimamente ligadas a la fallida conjura que en el verano de 1620 lideró Filiberto contra los duques de Osuna y Uceda (González Cuerva, 2012: 452-457).

pasó de aliado, a poner en peligro el equilibrio sobre el que se asentaba la propia hegemonía de la monarquía española en Italia⁷.

En el desarrollo de estas complejas relaciones diplomáticas Filiberto jugaría un papel fundamental como puente entre las cortes de Madrid y Turín. Al tiempo que defendía ante Felipe III los intereses de su padre, Filiberto se presentaba como el principal valedor de sus parientes hispanos en la corte de Saboya. Esta posición a caballo entre las cortes de Valladolid/Madrid y Turín será una constante en la vida del príncipe, y una de sus facetas más interesantes. Hacer compatibles el servicio a su padre y a Felipe III, debió situar a Filiberto ante no pocos conflictos de lealtad e intereses, especialmente en aquellos momentos de mayor tensión, cuando no hostilidad abierta, entre Saboya y la monarquía.

De este modo, el estudio del personaje no sólo aporta una nueva e interesante perspectiva a la historia del poder y la política en la corte, o las relaciones dinásticas entre Saboya y la Monarquía Hispánica, sino que permite ahondar también en problemas como la doble *lealtad*, la construcción de la *identidad*, o analizarlo en el marco de la historia de la familia aristocrática. ¿Pudo Filiberto conjugar el servicio a la Casa de Saboya con las oportunidades que ofrecía su “carrera” en la corte de su tío? ¿Llegó a conciliar su lealtad a las dos dinastías de las que formaba parte, o en algún momento bascularon sus intereses? Representante de su padre en España, y de su tío en Saboya, ¿trató este tercergénito de labrar su propio lugar entre sus dos familias?

La respuesta a estas preguntas, tanto como a las múltiples líneas de investigación que pueden plantearse en torno al príncipe Filiberto, pasarían por una reelaboración y actualización de su biografía. Teniendo en cuenta la recuperación que está viviendo este género historiográfico en las últimas décadas⁸, parece una tarea oportuna, aunque demasiado ambiciosa como primera aproximación a las problemáticas enunciadas. Por ello, he resuelto centrar este trabajo en una etapa concreta de la vida de Filiberto, los años que pasó en Saboya entre 1606 y 1610.

⁷ El primer hito fue la alianza ofensiva que pactó con Enrique IV (Bruzolo, 1610), frustrada tras su asesinato, pero sobre todo a partir de 1613 con la cuestión sucesoria en el Monferrato, que le llevaría a la guerra con su cuñado, Felipe III (Fernández Albadalejo, 1992).

⁸ En buena medida, gracias a lograr sacudirse el escepticismo académico que le rodeaba. Sobre la biografía, su reaparición como género historiográfico, y su renovación metodológica en los últimos años, ver las publicaciones de Collin Davis e Isabel Burdiel (2005), Anna Caballé Masforroll (2009), Lois W. Banner (2009) o Barbara Taylor (2009).

El punto de partida lo marca su regreso a Turín en el verano de 1606, tras el primer viaje a España que realizó en 1603 junto a sus dos hermanos mayores. Durante tres años los jóvenes príncipes permanecieron en la corte de Felipe III, completando su formación cortesana y madurez en una etapa crucial en su desarrollo personal. Además de estrechar lazos con el monarca e importantes miembros de la corte, la estancia de Filiberto en España contribuyó a proyectar y dar forma a su futura carrera, con las primeras ofertas de cargos al servicio de Felipe III.

Aún así, Carlo Emanuele decidió llamar de vuelta a sus hijos, a la par que iniciaba un giro en su política dinástica, orientado a la alianza con la monarquía francesa. Aquello podía poner en peligro las prometedoras perspectivas al servicio de Felipe III que el joven Filiberto había vislumbrado en la corte española, y redefinir su carrera hispana. Sin embargo, el asesinato de Enrique IV, en mayo de 1610, frustró la alianza con Francia, dejando solo al duque de Saboya al borde de una guerra contra la Monarquía Hispánica. Para mediar en el conflicto, en septiembre de ese mismo año, Carlo Emanuele decidió enviar a Filiberto a Madrid para restablecer las relaciones con la monarquía, y quedarse definitivamente en España al servicio de Felipe III.

El motivo de haber escogido este periodo, entre su marcha y retorno a España, es porque constituye una etapa clave en la vida del príncipe, donde se definirán no sólo su futura carrera, sino sus lealtades. Éste es, en último término, el objetivo de este trabajo: analizar la evolución de las lealtades del príncipe en la etapa final de su madurez, y cómo éstas pudieron chocar con los intereses de su Casa, en tanto la nueva política dinástica de su padre ponía en peligro sus perspectivas de futuro en la corte española.

Como se ha señalado, el conflicto de lealtades o intereses, puede asomarnos a temas más amplios y complejos, como es la construcción de la *identidad*, o la tensión entre los distintos *roles* familiares en el seno del *linaje*. En realidad, el problema de la *lealtad* presenta por sí solo suficientes complicaciones, en tanto no se trata de analizar una realidad estática y unívoca, sino viva y sujeta a una continua evolución. Del mismo modo que con la *identidad*, el sujeto tiende a la pluralidad y a operar en varios niveles, siendo más correcto hablar de *lealtades*, que perfectamente pueden superponerse, y coexistir y conciliar del mismo modo que contradecirse y chocar entre sí.

En concreto, me propongo analizar la percepción que la corte española tuvo de las *lealtades* de Filiberto, en paralelo al distanciamiento entre el ducado de Saboya y la

Monarquía Hispánica entre 1606 y 1610. Por supuesto, sin renunciar a apuntar o sugerir algunos de los problemas, o hipótesis acerca de los conflictos que pudieron suscitar, que podrán desarrollarse en futuras investigaciones. En cualquier caso, me parece un excelente punto de partida tanto para estudiar su papel en la corte española, como su compleja posición entre Madrid y Turín, además de constituir un momento crucial en el desarrollo del personaje.

Para ello me apoyaré, fundamentalmente, en la documentación de los agentes y embajadores españoles en el norte de Italia y consultas al Consejo de Estado relativas a Saboya, extraída en su mayoría de la sección Estado del Archivo General de Simancas⁹. Para complementar y enriquecer estas fuentes diplomáticas me serviré de la correspondencia que he podido localizar de Filiberto y sus hermanos, tanto con su padre, como con el propio Felipe III y otros personajes de la corte española¹⁰. También me han sido de gran ayuda, como fuente noticias, rumores y soporte cronológico, las citadas cónicas y gacetas de corte de Gerónimo Gascón de Torquemada (ed. 1991) y Luis Cabrera de Córdoba (ed. 1857).

Aún sin renunciar al enfoque biográfico o a ciertas problemáticas propias de la historia cultural o la antropología histórica, este trabajo seguirá, en lo fundamental, las

⁹ La consulta del catálogo editado por Ricardo Magdaleno (1962) de los fondos referentes a Milán y Saboya revela al menos 19 legajos susceptibles de contener información relativa al príncipe Filiberto. De estos 19 he podido trabajar con 17 (AGS, Estado, Leg. 1289, 1291, 1292, 1296, 1297, 1298, 1299, 1300, 1301, 1302, 1303, 1304, 1305, 1900, 1927, 1938, 1939), aunque algunos, como los legajos 1938 y 1939, requerirán, por su importancia para esta investigación, un estudio más pormenorizado en el futuro. La mayoría de la documentación la componen informes y cartas de los embajadores y agentes españoles en el norte de Italia, consultas al Consejo de Estado, pero también la correspondencia remitida a Felipe III, por Carlo Emanuele y sus hijos, así como algunas minutas de las respuestas. En cualquier caso, ni mucho menos constituyen la única documentación sobre Filiberto que se custodia en Simancas. Además de completar la búsqueda entre los “papeles de Estado” de Milán y Saboya, es necesario rastrear a fondo los catálogos relativos a Roma, Estados pequeños de Italia y Sicilia, especialmente este último para la etapa del virreinato de Filiberto. De hecho, es tal el volumen de información que puede ofrecer el AGS que resulta prioritario analizarla antes de emprender cualquier investigación en archivos italianos.

¹⁰ La procedencia de la correspondencia diversa. La mayor parte se encuentra también en la sección Estado del AGS (Leg. 1289, 1291, 1292, 1296, 1938), pero también en otros archivos, como el Instituto Valencia de Don Juan (cartas del príncipe Filiberto de Saboya a don Fernando de Borja, comendador mayor de la Orden de Montesa, IVDJ, Envío 19, C.28, L.I, 41-43), o las que se aparecen editadas en los apéndices de la biografía de Gaudenzio Claretta (1872). En el Archivo Histórico de la Nobleza también es posible encontrar algunas cartas de Filiberto al Condestable de Castilla o al duque del Infantado, aunque fuera de las fechas que nos interesan para este trabajo. (AHNOB, Frías, D. 76, 78, 80; Osuna, 2281, D.1, fol. 202). Sin embargo, los fondos más interesantes pertenecen al Archivo Casa Ducal de Medinaceli. Casa Denia-Lerma, Anexos, Leg. 258, donde se encuentran varias cartas de Filiberto escritas durante su regreso a Saboya al duque de Lerma y Felipe III. Los documentos se encuentran actualmente en el AHNOB, pero debido a los problemas derivados de la cesión de competencias, su consulta resulta difícil.

líneas metodológicas de la historia política. Campo que venía sufriendo un cierto abandono historiográfico, pero que desde hace varias décadas vive una profunda renovación de sus métodos y enfoques que pretendo incorporar a mi investigación (Gil Pujol, 2006). Renovación, o “renacimiento” que superaba el periodo de crisis que entre 1950 y 1980 había sufrido la historia política, desplazada por el auge de la historia económica y social, y criticada por una influyente escuela de *Annales*, que la tachaba de *événementielle*, superficial y descriptiva.

La necesaria renovación comenzaría a producirse a finales de la década de 1970 de la mano de un innovador interés por el estudio del poder, su ejercicio y sus múltiples manifestaciones (Gil Pujol, 2006: 12, 73-111). Surgía una “nueva historia política” que lejos de rescatar modelos episódicos y meramente descriptivos, expandía sus horizontes a través del diálogo con otras disciplinas, como la historia del arte, la sociología o la antropología, incorporando no sólo categorías y estructuras, sino nuevos enfoques y reflexiones.

Por ejemplo, en el caso de los estudios dedicados a la construcción simbólica de la autoridad regia, resulta indudable la influencia que entre finales de los ochenta y principios de los noventa tuvo la obra *Negara* del antropólogo Clifford Geertz (1980). El replanteamiento que desencadenó de la relación entre pompa y poder sirvió para atraer a autores hasta entonces alejados de temas de *alta* política, como el propio Peter Burke¹¹, acompañados de nuevas perspectivas e inquietudes.

A su vez, la proliferación de nuevos estudios en torno a las manifestaciones simbólicas y artísticas del poder condujo a un renovado interés por el estudio del “espacio” en que se desenvolvían: la *corte*, así como a reinterpretar y debatir cuestiones clásicas como el *absolutismo* o el *Estado moderno*. En el caso de los estudios sobre la *corte*, se trataba de resolver la relación entre *corte* y Estado, apartándose de los planteamientos impersonales e institucionalistas con que venía analizándose (Martínez Millán, 2012: 193-194).

¹¹ En 1992 publicaba *La fabricación de Luis XIV*, un estudio de cultura política que exploraba las relaciones entre arte y poder, analizando los objetivos y métodos de Colbert y Chapelain como artífices de la imagen regia (Del Río Barredo, 2010: 5-57). Destacan, a su vez, autores como el historiador de arte Roy Strong, interesado en analizar la construcción de la particular imagen regia de Isabel I de Inglaterra a través de sus retratos, con obras como *Portraits of Queen Elizabeth I* (1963), *The Cult of Elizabeth: Elizabethan Portraiture and Pageantry* (1999), *Gloriana: The Portraits of Queen Elizabeth I* (2003), a partir de los que ha elaborado otros importantes estudios sobre las cortes Tudor y los Estuardo o las fiestas cortesanas, *Art and Power: Renaissance Festivals, 1450-1650* (1973).

El primer enfoque alternativo vino de la mano del sociólogo alemán Norbert Elías, y su *Proceso de civilización*¹². Le siguió la novedosa obra dirigida por Arthur G. Dickens, *The Courts of Europe. Politics, Patronage and Royalty, 1400-1800* (1977), que desde finales de los ochenta dio lugar a una serie de estudios centrados en la *corte* que analizaban las relaciones de gobierno y el poder, diferenciándolas de las del estado liberal, a través de un enfoque antropológico y no-institucional, como fueron las obras dirigidas por David Starkey (1987), Antoni Maczak (1988), Ronald G. Asch y Adolf M. von Birke (1991), o José Martínez Millán (1992) (Martínez Millán, 2012: 198).

A lo largo de los noventa estas investigaciones sentaron las bases hacia una nueva forma de estudiar la *corte*, y en definitiva la historia política, que reconoce la importancia de las relaciones personales a la hora de vertebrar la estructura política y de poder de las monarquías europeas (Martínez Millán, 1992 y 1996)¹³.

Sin embargo, este reciente protagonismo de las relaciones personales resulta, en mi opinión, aún un tanto parcial o incompleto. En efecto, es cada vez más frecuente encontrar investigaciones que incorporan a su metodología el estudio del *parentesco* y, sobre todo, *patronazgo*, pero resulta menos sencillo dar con trabajos interesados en otro tipo de relaciones personales, también fundamentales para la dinámica del poder, como la *amistad*¹⁴. Si para la historiografía y estudios en torno al poder las relaciones

¹² Elías, Norbert, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, publicado por primera vez en 1939 (*Über den Prozess der Zivilisation*), pero ignorado prácticamente hasta su traducción al inglés y re-publicación en 1969, desde la que se ha convertido en un clásico referente. Sus nuevos planteamientos sociológicos, aún sustituyendo las lecturas institucionales, no alteraron, sin embargo, el concepto de Estado con que se venía definiendo la organización política en la Edad Moderna (Martínez Millán, 2012: 196-197).

¹³ Para Martínez Millán esta importancia de las relaciones personales, especialmente el *patronazgo*, viene dada por la necesidad de estudiar la *corte* lejos de los planteamientos del estado nacional, sino como el elemento de organización de poder propio de las monarquías europeas, y de características propias. Ello supone dejar de considerar las monarquías como una suerte de arquitectos y diseñadores institucionales del estado liberal, remarcando las continuidades con el sistema anterior, e incorporando, en cierto modo, las propuestas de MacFarlane (1945), que llegaba a hablar de un *feudalismo bastardo* (Martínez Millán, 1992: 21).

¹⁴ Muy pocos son los estudios historiográficos relacionados con la Edad Moderna, sobre todo comparados con las investigaciones y trabajos que existen en torno a la *amistad* en el mundo y la filosofía clásicas. Resultan algo más abundantes los relacionados con la literatura del Siglo de Oro. Entre la historiografía tocante a nuestro periodo, cabe citar las obras de Pedro Cardim (1991); Sharon Kettering (1992); Antonio Feros Carrasco (2001); Evgeny Roshchin (2006) o María Inés Carzolio de Rossi (2010). En el caso de Evgeny Roshchin, la *amistad* es estudiada en el contexto de las relaciones internacionales como elemento fundamental en la construcción de la soberanía, así como clave para el orden y la inteligibilidad del orden internacional, regulando las relaciones entre príncipes tras la ruptura provocada por la Reforma.

personales se han vuelto imprescindibles, ¿por qué dejar de lado uno de sus aspectos, por añadidura, el más consubstancial y propio del ser humano¹⁵?

La dificultad estriba en la falta de un estudio completo y profundo que aborde y defina el concepto *amistad* en Época Moderna. Algo que sin duda habrá que remediar, dado que las formas y el lenguaje de la *amistad* son los que articulan, y bajo los que normalmente se presentan, las estructuras de *patronazgo* o los *grupos* y *facciones* que tanto se están estudiando (Kettering, 1992). Ello cuando no vehiculan y organizan, junto al *parentesco*, las relaciones entre príncipes (Roshchin, 2006).

En cualquier caso, lo que resulta innegable es el giro interdisciplinar y cultural que en los últimos años ha dado la historia política. En buena medida gracias a una renovada conciencia del anacronismo y la distancia respecto al pasado, que nos alerta de buscar familiaridad o precedentes. Un compromiso para restituirle su singularidad, que nos lleva a “mirar la política desde la cultura” para poder “entender la política como cultura” (Gil Pujol: 16-17). Bajo esa conciencia se escribe este trabajo, y con la voluntad de ser partícipe de esa puesta en valor de lo personal, de la contingencia y acciones humanas, así como la confusión que en ocasiones rodeó a sus protagonistas (Gil Pujol, 2006: 15-16). Por supuesto, sin olvidar el papel fundamental que juega lo “inconsciente”, y su escape, “no intencionado”, al control y cálculo de consecuencias¹⁶.

Así, el análisis del poder y la política en la Edad Moderna en clave de lo personal, ligado al estudio de sus procesos y dinámicas extra-institucionales, supone una gran oportunidad para que estudios y aproximaciones biográficas cobren cada vez mayor importancia. Sin ir más lejos, la última década ha visto cómo proliferaban numerosos trabajos de este tipo, abordando investigaciones en torno al poder y la política a través del estudio de sus protagonistas o agentes principales¹⁷. Tendencia a la que este trabajo confía en contribuir con su pequeña aportación, especialmente, con vistas a poder continuar desarrollándolo en el futuro.

¹⁵ Del mismo modo, sería interesante analizar el *amor* en el esquema de las relaciones sociales en el Antiguo Régimen, tanto como la atención recibida por la historiografía.

¹⁶ Característico bagaje teórico del historiador cultural, en (Del Río Barredo, 2010: 13). Una sensibilidad que no se si definir como antropológico-cultural que reconozco debo, más que a mis lecturas, a mi tutora, María José del Río, y a su magisterio en estos años.

¹⁷ Entre otros muchos ejemplos, cabe mencionar las citadas obras sobre del duque de Lerma de Antonio Feros y Patrick Williams (editadas en inglés por primera vez en 2000 y 2006 respectivamente), los trabajos de Geoffrey Parker en torno a Felipe II; *La gran estrategia de Felipe II* (1998), *Philip II* (2002) y *Felipe II: la biografía definitiva* (2012), o el reciente estudio de Rubén González Cuerva (2012) en torno a Baltasar de Zúñiga.

Por supuesto, la biografía y su método no están exentos de problemas. El más frecuentemente achacado es, al tiempo, su principal característica: “su énfasis en el agente individual a expensas de las grandes fuerzas históricas” (Taylor, 2009: 641)¹⁸. Precisamente, uno de los elementos en las que más había hecho hincapié la escuela de *Annales*, con su preocupación por la *longue durée*, y que en torno a los ochenta parecía puesta en cuestión por el enfoque “micro-histórico” de los trabajos de Carlo Ginzburg, Natalie Z. Davis o Giovanni Levi¹⁹.

Aún así, lo cierto es que hoy día contamos con biografías que, como señala Barbara Taylor (2009), han realizado excelentes trabajos a la hora de contextualizar a sus protagonistas en sus correspondientes realidades históricas²⁰. Por otra parte, como sugiere Lois W. Banner (2009), resulta difícil desvincular cualquier biografía del diálogo que mantiene con la historia de su tiempo, presentando, además, la oportunidad perfecta para abordar dicho contexto desde un amplísimo espectro de perspectivas y disciplinas²¹. En ese sentido, la biografía se muestra, quizás, como el mejor campo para lograr la tan actualmente perseguida “interdisciplinariedad”, o aproximarnos a aquel horizonte de la historia total que perseguía Braudel, ciñendo, eso sí, la perspectiva de la *longue durée* a una vida.

Con todo, la tensión entre el estudio de lo individual y los grandes procesos y estructuras históricas no es la única controversia que despierta la biografía como género historiográfico. Como apunta J. Colin Davis (2005) en un interesante ensayo, existen varios “problemas” que, aun sin erosionar completamente la “credibilidad intelectual” de la biografía, conviene considerar y reflexionar. Entre los cuatro fundamentales que señala Davis, me centraré en dos que se encuentran estrechamente relacionados entre sí,

¹⁸ Crítica recurrente que también recoge Lois W. Banner (2009: 580).

¹⁹ En cualquier caso, aquello no significó la desaparición de los enfoques amplios y de larga duración, reclamados desde la propia historia cultural por autores como Peter Burke. Aunque reconocía la originalidad y relevancia de los trabajos “micro” citados, Burke siempre reafirmó la necesidad de combinar ambos enfoques, y no dejar de aplicar perspectivas de larga duración a los temas de lo exigiesen. Unas preocupaciones fruto de la influencia y el diálogo crítico con la obra de Braudel y sus planteamientos de una historia total que integrara los distintos aspectos de la realidad, concediendo gran importancia a la geografía y la economía, preocupada por los distintos ritmos temporales y los enfoques de larga duración (Del Río Barredo, 2010: 17, 23, 29).

²⁰ Basten, por ejemplo, algunos de las obras citadas anteriormente para la época Moderna, reconocidas sin duda como obras historiográficas y académicas.

²¹ La autora admite cómo su biografía sobre Marilyn Monroe no sólo le llevó a convertirse en una experta en la historia de Hollywood, sino a descubrir nuevas cuestiones y aproximaciones. Reconoce que, en definitiva, la biografía ha abierto sus horizontes como académica (Banner, 2009: 584-585).

tanto como con las preguntas y objetivos que se plantea este trabajo: los problemas documentales de la biografía y el problema de la persona o el yo.

En efecto, concebir la *personalidad* como un elemento unitario, completamente coherente, o al menos invariable, es más una construcción o pretensión cultural que una realidad (Davis, 2005: 40-43). De hecho, la propia biografía tiende a asumir la existencia de un “yo” más íntimo o “verdadero” oculto o camuflado tras la persona que se muestra al exterior. No necesariamente antagónicos, lo cierto es que la *personalidad* bien podría definirse como un compromiso en constante negociación entre ese yo íntimo y las circunstancias en las que se desenvuelve la persona externa. Un problema complejo que, sin embargo, resulta tentador resolver tomando una expresión concreta o circunstancial de esa polifacética y constante negociación para construir el eje o axioma inmanente de toda una vida. Error reduccionista que la biografía sería debería evitar.

Consecuentemente, plantearnos esta complejidad para definir unívocamente la personalidad o el yo inevitablemente implica reflexionar sobre nuestras fuentes²². Aún considerando la dualidad de la personalidad, y la dinámica relación entre el yo y el entorno, lo cierto es que las fuentes no van a ayudarnos precisamente a equilibrar nuestra perspectiva, pues resulta innegable que normalmente la persona exterior deja un rastro documental mucho mayor que el yo interior.

Paradójicamente, en los últimos tiempos la biografía ha tendido a prestar cada vez más atención a ese yo íntimo que a su expresión pública o social. La pregunta entonces es ¿puede el historiador como biógrafo estudiar de forma seria y documentada el yo interior? La respuesta, contestando a Davis, la ofrece Edward Acton (2005: 183): a menos que la psicología establezca una fórmula precisa que relacione el yo y la persona externa, el ejercicio resultante difícilmente podrá separarse de la ficción. Con todo, para Acton, lejos de constituir un problema insalvable, esta limitación es precisamente el elemento distintivo de la biografía histórica seria, que renuncia a traspasar los límites de nuestras fuentes o el conocimiento de la psique interior.

²² En sentido estricto, el “problema documental” que apunta Davis (2005: 35-38), está relacionado, en primer lugar, con la injusticia social de la documentación. Segundo, con el riesgo de hacer norma de lo excepcional, normalmente, mucho más tendente a ser consignado que lo rutinario. No obstante, la reflexión que planteo se encuentra implícita a lo largo de todo el ensayo.

Respecto al peligro de reproducir las desigualdades sociales de la época que estudiamos, resulta evidente que, a lo largo de la Historia, las élites siempre están mucho mejor documentadas. Realidad que comparte el sujeto de estudio de este trabajo, precisamente escogido por la abundante documentación en torno a su persona, permitiéndome afrontar mejor mi análisis, y no por su posición en el escalafón social.

Lejos de reflexiones peregrinas, plantearnos estas cuestiones y admitir sus consecuencias es fundamental para responder a las preguntas que se plantea este trabajo. Analizar cuestiones como la *lealtad* o la *identidad* ¿no es acaso aspirar a adentrarnos, si quiera en parte, en ese yo interior? En ese caso, ¿puede documentarse la *lealtad* del príncipe Filiberto con las fuentes de que disponemos? Ésta es la pregunta y el reto fundamental de este trabajo, cuya respuesta pasa, en buena medida, por plantear otras.

En los difusos límites de entre el yo interior y la persona externa, ¿es la *lealtad* sólo una cara más del yo, o también una manifestación exterior de la persona? ¿Es la *lealtad* una cuestión únicamente personal, o al tiempo producto de un contexto y coyunturas más amplias? ¿Hasta qué punto éstos pueden influir en la persona externa, y ésta a su vez en el yo?

En definitiva, consciente de los problemas, retos y limitaciones del enfoque personal, este trabajo los asume como forma de trascender la propia figura del príncipe Filiberto, en primer lugar, a través de su aportación al estudio de las relaciones dinásticas entre del ducado Saboya y la Monarquía Hispánica. Pero también, y muy especialmente, como una primera aproximación a cuestiones más amplias como los conflictos de *lealtad e identidad*, o las tensiones individuales en el contexto corporativo de las lógicas del *parentesco* en linajes y dinastías.

Todo ello, sin perder de vista ese enfoque personal y el mencionado peso de la contingencia humana, así como la inconsciencia o imprevisibilidad que en ocasiones marca sus acciones y consecuencias.

1. EL DUCADO DE SABOYA Y LA MONARQUÍA HISPÁNICA

Uno de los objetivos de este trabajo es analizar el papel que desempeñó el príncipe Filiberto en las relaciones entre Saboya y la Monarquía Hispánica. Quizá, lo primero que cabe preguntarse es ¿qué importancia pudo tener este pequeño estado italiano para la entonces mayor monarquía de Europa? Adelanto que, precisamente en el periodo que nos ocupa, Saboya no constituyó una preocupación secundaria.

Para entender mejor la relevancia del ducado es necesario detenerse en dos aspectos. En primer lugar, su posición geoestratégica en el norte de Italia, y la importancia de este escenario para la Monarquía. Segundo, el desarrollo de las relaciones dinásticas entre los Habsburgo y la Casa de Saboya entre los siglos XVI y XVII, especialmente, entre Carlo Emanuele I y su cuñado Felipe III.

La bibliografía al respecto es lo bastante abundante como para desbordar un trabajo de estas características. En general he optado por autores clásicos a la hora de definir la estrategia de la Monarquía Hispánica en el norte de Italia, y respecto al ducado de Saboya. En el caso de la historiografía española, decidí comenzar por los trabajos clásicos de Cano de Gardoqui (1962; 1975) y Bombín Pérez (1975; 1978). Obras que, pese a estar algo obsoletas, era imprescindible manejar para esta investigación, en tanto se apoyaban muy especialmente en la documentación del AGS. En cuanto a la estrategia global de la monarquía, los trabajos de Paul Allen (2001) y Bernardo García (1996), y especialmente Geoffrey Parker (2010) y Fernández Albadalejo (1992) para comprender mejor el peso del norte de Italia en dicha estrategia.

Perspectiva que he intentado complementar con trabajos más recientes sobre la situación del ducado y la compleja política de Carlo Emanuele. Fundamentalmente, centrándome en trabajos de autores como Claudio Rosso (2008), Pierpaolo Merlin (2008; 2010; 2011), Toby Osborne (2004) o Blythe Alice Raviola (2011)²³.

²³ Aunque Merlin destaca como especialista en el ducado de Saboya en tiempos de los duques Emanuele Filiberto y Carlo Emanuele, falta por citar la reciente obra del también experto Stéphane Gal. *Charles Emmanuel de Savoie: La politique du précipice*. París: Payot, 2012, que aún no me ha sido posible incorporar a este trabajo.

1.1.EL DUCADO DE SABOYA EN EL NORTE DE ITALIA

El ducado de Saboya, o más correctamente *los estados del duque de Saboya*, constituían el patrimonio que, desde sus orígenes en el siglo XI, había logrado reunir la Casa de Saboya en torno a los Alpes franco-italianos. Un heterogéneo conjunto de estados articulados alrededor de Saboya y el Piamonte, que, desde finales del siglo XIV, contaba en Niza con su propia salida al Mediterráneo. Además de por su diversidad político-jurídica y cultural²⁴, el patrimonio de la Casa de Saboya destacaba por su particular geografía. Los Alpes partían en dos los dominios de los duques, separando los territorios italianos de las posesiones transalpinas asomadas a Francia. Aquello no sólo redundaba en la heterogeneidad del patrimonio de los Saboya, sino que dificultaba enormemente su defensa (Merlin, 2008: 22).

Precisamente, esta delicada posición a caballo entre Francia e Italia constituía el principal valor estratégico del ducado, tal y como demostraron las Guerras de Italia (1494-1559). Si para los Valois el ducado de Saboya era la puerta de entrada a la Lombardía, para los Habsburgo constituía la primera línea de defensa de sus intereses en la península itálica. Unos intereses que a mediados del siglo XVI se vieron fortalecidos tras la investidura del futuro Felipe II como duque de Milán²⁵. Desde ese momento, los estados del duque de Saboya ya no sólo constituirían la “puerta” de Italia, sino de forma más inmediata, la primera defensa del Milán español frente a cualquier proyecto expansivo desde Francia.

Aún así, la relevancia geopolítica del ducado no sólo iba a depender de su posición como baluarte/puerta de la Lombardía. En 1568, tras el estallido de la rebelión en las provincias holandesas, Saboya iba a convertirse en el centro neurálgico de las comunicaciones entre Italia y los Países Bajos. Conforme se recrudecía el conflicto en Flandes, la necesidad de la Monarquía Hispánica de movilizar hombres y recursos para

²⁴ Precisamente en el núcleo de ese patrimonio, el francófono ducado de Saboya y el principado italiano del Piamonte, disponían una larga tradición de rivalidad a la que remontarse (Osborne, 2004: 3).

²⁵ De hecho, en 1547, ante la oferta francesa de liberar el Piamonte, el gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga llegó incluso a proponer a Carlos V el desmantelamiento de los estados de Saboya para anexarlos al ducado milanés. A cambio sugería entregar a la Casa de Saboya algún otro territorio en compensación, como los Países Bajos (Merlin, 2008: 46-47). Aunque el proyecto no se llevó a cabo, quedaba clara la importancia que estaba tomando Saboya a la hora de garantizar la seguridad de Milán.

luchar contra las provincias rebeldes aumentó. Por tanto, resultaba imprescindible encontrar una ruta fiable que pudiera enlazar Flandes con las posesiones españolas en el norte de Italia.

A partir de 1563, el fracaso de las rutas marítimas, especialmente debido al creciente peligro de la piratería inglesa y hugonote (Parker, 2010: 91-94), obligó a explorar alternativas más seguras. Así, el principal medio para trasladar a Flandes suministros y los preciados contingentes españoles pasó a ser la vía terrestre, a través de un recorrido que pronto pasó a ser conocido como *le chemin des espagnols*.

El ducado de Milán constituía el punto de partida, y una excelente base de operaciones que podía recibir soldados y suministros desde España a través del Mediterráneo y los aliados puertos genoveses, o movilizar a las experimentadas tropas de los presidios italianos (Parker, 2010: 95). La clave era conectar Milán con el Franco Condado, herencia borgoñona de los monarcas hispanos. Desde allí, los Países Bajos podían ser alcanzados con facilidad a través de Lorena, prácticamente sin abandonar territorios neutrales o patrimonio directo de los habsburgo hispanos²⁶.

Aunque existían distintas rutas, los estados de Saboya representaban una de las mejores vías para conectar Milán y el Franco Condado. Por tanto, las buenas relaciones con su duque, o al menos su neutralidad, constituían un elemento imprescindible para garantizar la operatividad de la principal arteria militar de la Monarquía Católica con Flandes. Por su parte, para los monarcas franceses, obstaculizar o invertir estas buenas relaciones podía resultar enormemente beneficioso.

²⁶ Precisamente, esa era una de sus principales ventajas, y la intención con que había sido proyectado en 1563 por el cardenal Granvela, aunque con un propósito distinto: el viaje que Felipe II pensaba realizar entonces a los Países Bajos (Parker, 2010: 94-98).

1.2.SABOYA Y LOS HABSBURGO

En primer lugar, hay que destacar que la relación entre las Casas de Saboya y Habsburgo difícilmente puede entenderse al margen de las dinastías francesas, Valois y Borbón. Como tampoco puede obviarse que desde 1556, tras el reparto de la vasta herencia de Carlos V, la propia Casa de Austria se encontraba dividida entre la *rama hispana* y la *rama imperial o austriaca*. Así, las relaciones de Saboya y los Habsburgo constituían, en realidad, un complejo juego a tres bandas entre las poderosas cortes de Viena, Madrid y París, en el que el ducado debía maniobrar con sumo cuidado (Raviola, 2011: 953-972).

Una estrategia marcada por la compleja situación geográfica de Saboya, en la “trinchera” misma donde chocaban los intereses territoriales del Rey Católico y el Rey Cristianísimo. Además, el duque de Saboya no sólo era miembro, sino *príncipe del Imperio*, estatus que le confería el privilegio de participar en la Dieta Imperial. Este derecho, junto a la concesión Bajomedieval del *vicariato imperial*, representaban orgullosos símbolos con que la Casa de Saboya reafirmaba no sólo su pertenencia al *Reich*, del que podía esperar protección, sino también cierta primacía sobre las demás dinastías italianas (Merlin, 2011: 1212). Así, para conservar su autonomía, el ducado debía mantener un complejo equilibrio en sus relaciones no sólo con las monarquías francesas y española, sino también con el Imperio²⁷.

Se trataba de estrechar lazos que garantizaran la necesaria protección de uno de estos poderosos soberanos, evitando ser fagocitado en el proceso. En ese sentido, la rivalidad Habsburgo-Valois por el control de Italia brindó a Saboya la oportunidad de manipular ambas dinastías, alternando política y alianzas, y manteniendo a ambos poderes enfrentados por la lealtad del ducado (Osborne, 2004: 6-8). Un equilibrio inestable, roto en varias ocasiones. La primera, tras la invasión francesa de Saboya en 1536, que hizo de la alianza con Carlos V la mejor opción del duque para recuperar sus

²⁷ Buen ejemplo de esta compleja doble política lo constituyen las bodas del duque Filiberto II (1497-1504) con Margarita de Habsburgo en 1501, inaugurando la larga relación de Saboya con la familia imperial. Paralelamente, el hermanastro de Filiberto II, el *gran bastardo de Saboya*, marchaba a la corte francesa, donde se ocuparía de la educación del futuro Francisco I, y desde 1519 el cargo de *gran maitre d'hotel* (Merlin, 2010: 247).

estados. Una estrategia que saldó enviando a su heredero, Manuel Filiberto (1528-1580), a educarse a la corte imperial²⁸. La experiencia sirvió al joven príncipe para afianzar los lazos de Saboya con la dinastía Habsburgo, estrechar su amistad con el futuro Felipe II²⁹ y labrarse una brillante carrera militar, que culminó con la victoria española que lideró en San Quintín (1557).

Precisamente, fue el apoyo de Felipe II el que permitió a Manuel Filiberto recuperar el ducado de Saboya durante las negociaciones de paz de Cateau-Cambrasis (1558-1559). A cambio, el duque desposaba a la hermana del monarca francés, que demostraba así su interés en afianzar sus relaciones con Manuel Filiberto. Aún así, el duque de Saboya trató de recuperar la neutralidad y equidistancia entre ambas monarquías. Política que tuvo su reflejo en la propia corte turinesa, representado en el equilibrio que alcanzaron entre 1559 y 1580 las facciones filo-española y filo-francesa (Merlin, 2010: 250-254).

No obstante, tal equilibrio no sobrevivió a la muerte de Manuel Filiberto en 1580. Su sucesor, Carlo Emanuele I (1562-1630) tenía en mente una política mucho más ambiciosa, fundada sobre dos objetivos principales. En primer lugar, una agresiva y audaz expansión territorial que restituyera a la Casa de Saboya la extensión y esplendor perdidos. Segundo, alcanzar el protagonismo que su dinastía merecía en el jerarquizado orden dinástico italiano y europeo (Del Río Barredo, 2003: 99-100).

Con este propósito, la neutralidad política de Manuel Filiberto fue sustituida por un oscilante movimiento ente las monarquías francesa y española, en busca del mejor aliado. Una política exterior, tradicionalmente definida como “basculante y de doblez” (Bombín Pérez, 1975: 16-17), a la que también contribuyeron las alentadoras esperanzas, promesas y dádivas con que ambos monarcas pugnaron por ganarse la lealtad del duque de Saboya.

²⁸ Futuro duque de Saboya (1553-1580), y abuelo del protagonista de este trabajo, y del que emplearé la castellanización de su nombre (Manuel en lugar de Emanuele), para tratar de evitar la confusión. Durante más de quince años, entre 1545 y 1552 el joven príncipe completó su formación y madurez al servicio de Carlos V, que pronto demostró una especial simpatía por su sobrino. Sobre esta etapa en la vida de Manuel Filiberto, ver la biografía de Pierpaolo Merlin (2008: 37-67).

²⁹ A instancias de Carlos V, Manuel Filiberto acompañó al príncipe Felipe durante el viaje que realizó en 1549 por los Países Bajos. Los dos príncipes tenían edades similares, y un carácter complementario que no tardó en fraguar simpatías entre ambos. El viaje del joven Felipe prosiguió hasta Alemania, desde donde regresó a España en 1551, acompañado, una vez más, del heredero de Saboya. Aquella decisión no era sólo una muestra más de leal servicio al emperador y su familia, sino una opción política que cimentaba su alianza con el futuro Felipe II (Merlin, 2008: 52-53, 62-63).

Tras un fallido acercamiento a Francia, a principios de 1585 Carlo Emanuele se casaba en Zaragoza con la hija menor de Felipe II, la infanta Catalina Micaela. Aquello recuperaba la alianza con los Habsburgo, y catapultaba el prestigio de la Casa de Saboya, ahora emparentada con el monarca más poderoso de la Cristiandad. Aunque formalmente la dote de Catalina se reducía a unas rentas sobre Nápoles, Carlo Emanuele esperaba sacar gran partido a su matrimonio español, como parecía augurar el excepcional tratamiento ceremonial procurado durante las celebraciones de su enlace³⁰.

Tratando de forzar el apoyo de Felipe II, Carlo Emanuele tomó la iniciativa en el otoño de 1588. Aprovechando el conflicto confesional francés, el duque de Saboya conquistó el marquesado de Saluzzo, el último enclave que los franceses conservaban en el Piamonte. Saluzzo, que penetraba como una amenazadora cuña en los estados del duque, constituía un objetivo fundamental de la política expansiva de Carlo Emanuele, pero tampoco carecía de interés para la Monarquía Hispánica, que privaba a Francia de una estratégica base de operaciones en Italia (Bombín Pérez, 1975: 13; Allen, 2001: 54). Quizá por ese motivo, pese la falta de aprobación que aquella “política de hechos consumados” desencadenó en la corte española, las tropas del *rey prudente* acudieron en ayuda de Carlo Emanuele (Signorotto, 2008: 1039).

³⁰ Carlo Emanuele no sólo recibió de Felipe II la orden del Toisón de Oro, sino que fue tratado como hijo del propio monarca, recibiendo honores y privilegios ceremoniales superiores a los de cualquier otro príncipe italiano (Del Río Barredo, 2003: 98-99).

1.3. CARLO EMANUELE I Y FELIPE III: LA POLÍTICA DEL DUQUE Y LA ESTRATEGIA DE LA MONARQUÍA

Felipe III iniciaba su reinado poco después de la firma del tratado de paz de Vervins (1598) entre su padre y Enrique IV. Acuerdo que inauguraba un periodo marcado por una serie de paces o treguas largas con Inglaterra (Londes, 1604) y las Provincias Unidas (Amberes, 1609), conocido como la *Pax Hispánica*. Una estrategia de conservación y consolidación que reflejaba una clara toma de conciencia de las propias limitaciones y fuerzas expansivas de la monarquía (García García, 2008).

Sin embargo, Vervins dejaba sin resolver la cuestión del marquesado de Saluzzo, conquista a la que Carlo Emanuele no estaba dispuesto a renunciar. Por su parte, Enrique IV continuaba reclamando su devolución, hasta que en Septiembre de 1600 lanzó una contundente ofensiva sobre Saboya. El conflicto quedó zanjado en el tratado de Lyon (1601): a cambio de anexionarse Saluzzo, Carlo Emanuele debía entregar todas las tierras al oeste del Ródano. Aquella pérdida territorial comprometía la operatividad del “Camino Español”, reduciendo la ruta a un único puente sobre el Ródano totalmente a merced de los franceses (Parker, 2010: 104-105), y abría la primera brecha en la alianza hispano-sabauda.

La paz de Lyon también distaba bastante de cumplir las expectativas de Carlo Emanuele, que se había visto obligado a pagar un alto precio a cambio de Saluzzo, en buena medida, debido al insatisfactorio apoyo español³¹. Por su parte, en la corte española tampoco fue bien recibido el nuevo orden territorial, que perjudicaba directamente sus comunicaciones con Flandes. Aún así, lo cierto es que en Madrid apenas podían contentarse con haber evitado la guerra con Enrique IV, máxime cuando, en esas mismas fechas y en pleno conflicto en Flandes, intentaban presionar a Inglaterra para firmar una paz al margen de las Provincias Unidas (Allen, 2001: 89-116).

Así, se abría paso una larga etapa de desconfianza y desengaño mutuo entre Felipe III y Carlo Emanuele. A lo largo de los primeros años del siglo XVII, el duque

³¹ En efecto, aunque Felipe III amenazó finalmente a Enrique IV con entrar en la guerra al lado de su cuñado, la monarquía española no estaba en condiciones de afrontar tal desafío, y buscó cuanto antes restituir la paz (Allen, 2001: 91-94).

comenzó a valorar alternativas diplomáticas a la dependencia hispana: en primer lugar la monarquía francesa de Enrique IV, pero también el Imperio de Rodolfo II. Desde finales de 1602 Carlo Emanuele había iniciado conversaciones con la monarquía francesa, que se prolongaron, aunque sin éxito, durante los dos años siguientes (Cano de Gardoqui, 1975: 565-595). Por otra parte, y al tiempo que mantenía abierta la comunicación con Enrique IV, entre 1604-1605 el duque de Saboya envió a Praga una misión diplomática con dos objetivos fundamentales: renegociar su contribución económica como príncipe del Imperio, y lograr la investidura del marquesado de Zuccarello (Merlin, 2011: 1227-1236).

A lo largo de estos años, el desarrollo y desenlace de los distintos proyectos de Carlo Emanuele comenzó a evidenciar que la alianza española difícilmente cumpliría sus expectativas. Ciertamente, no le faltaban motivos para el desengaño, comenzando por el agravio comparativo que representaban las dotes de su mujer, la infanta Catalina Micaela, y su cuñada, la infanta Isabel Clara Eugenia³², desigualdad que los agentes franceses no perdían ocasión de recordarle en sus negociaciones (Cano de Gardoqui, 1975: 562-565). Persistía, además, y sin demasiados visos de remitir en el futuro, la falta de apoyo político y militar de la Monarquía Hispánica a los proyectos del duque, manifiesta una vez más en el fracaso de la *escalade* de 1603 contra Ginebra.

Tampoco contribuía al bienestar de la alianza la recelosa actitud y desconfianza hacia Carlo Emanuele del gobernador de Milán, el conde de Fuentes. Celoso guardián del *status quo* sobre el que se asentaba la hegemonía de la Monarquía Hispánica en Italia, el enérgico conde permanecía siempre alerta ante los proyectos expansivos del duque, frustrando sus ambiciones en más de una ocasión, como en los casos de Mónaco y Finale (Cano de Gardoqui, 1975: 568). En la misma línea operaban las zancadillas de la diplomacia española al embajador de Saboya en Praga, nada favorables a la reclamación Zucarello. En 1604, para cuando Carlo Emanuele planteó el matrimonio de una de sus hijas con el emperador Rodolfo II, dejando a un lado sus reivindicaciones territoriales, tampoco encontró el beneplácito del embajador español (Merlin, 2011: 1237-1243). En definitiva, cada nuevo desencuentro dejaba ver, cada vez con mayor claridad, que los intereses políticos de Saboya y la Monarquía Católica no siempre serían compatibles, máxime si entraba en cuestión el equilibrio de poderes italiano.

³² Mientras Isabel había recibido el gobierno de Flandes para su matrimonio con el Archiduque Alberto, Catalina hubo de conformarse con unas rentas mal pagadas sobre Nápoles.

Este progresivo desengaño conduciría a un paulatino giro en la política dinástica del duque de Saboya, especialmente evidente entre 1606-1607. Desde ese momento comenzó a tomar forma una nueva orientación política tradicionalmente denominada “antiespañola” (Bombín Pérez, 1975: 17-18; 1978), pero que en realidad constituía la búsqueda de nuevos interlocutores, no sólo en Francia, sino también en el Imperio, el Pontífice y otros príncipes italianos (Rosso, 2008: 1095-1096).

Una nueva estrategia que culminaría en abril de 1610, con la firma del tratado de Bruzolo entre Enrique IV y Carlo Emanuele. Con este acuerdo, además del matrimonio entre Vittorio y la princesa Isabel, el duque de Saboya se comprometía a colaborar con el monarca francés en la guerra que este planeaba emprender contra la Monarquía Hispánica. A cambio, Enrique IV prometía entregar a Carlo Emanuele los territorios conquistados en la Lombardía, así como cumplir una de las profundas ambiciones del duque: concederle el título de rey (Rosso, 2008: 1093; Bombín Pérez, 1978: 171).

La beligerancia de Saboya llegaba, además, en un momento especialmente crítico, en tanto hacía peligrar la *Pax Hispanica* de Felipe III. Una estrategia que, como ha señalado Paul C. Allen (2001: 11-16), hay que enmarcar en un contexto en el que la *paz* no constituía un bien intrínseco, sino la continuación de la guerra por otros medios, en espera de poder reanudarla en condiciones más favorables. Una política que hacía de la necesidad virtud, transformando en pretendida *paz* el agotamiento financiero y militar en que se veían sumidos los estados del Rey Católico, tras un siglo XVI de prácticamente ininterrumpidos conflictos.

En cualquier caso, lo cierto es que la monarquía que había heredado Felipe III necesitaba tomar aliento, y 1609 debía marcar el inicio de una nueva etapa de “recuperación” financiera y militar. ¿Cómo podía esto llevarse a cabo si Saboya se transformaba en el “nuevo Flandes” de la monarquía? (Fernández Albadalejo, 1992: 228) Con semejantes perspectivas, en la corte de Felipe III las relaciones con la Casa de Saboya no dejaron de ser, especialmente a partir de 1609, una delicada cuestión política de primer orden.

Por si fuera poco, la nueva orientación de Saboya amenazaba directamente el corazón militar de las posesiones italianas de la monarquía: el ducado de Milán. En palabras del Condestable de Castilla, don Juan Fernández de Velasco, “*La plaça de*

armas y el escudo de todo lo que V.M. posee en Ytalia”³³. En efecto, el Milanesado había demostrado no sólo ser pieza clave de la hegemonía española en Italia, sino eje de la *comunicación y conservación* del *Reich* carolino y la monarquía de Felipe II. A lo largo del siglo XVII Milán trascendería su papel de encrucijada y baluarte, proyectándose como la plataforma desde la que articular y expandir el dominio europeo de la Casa Habsburgo (Fernández Albadalejo, 1992: 187).

En ese sentido, la hostilidad del duque de Saboya suponía algo mucho más serio que una amenaza territorial, constituía el desafío a todo un sistema de hegemonía política. Por ello mismo, el principal temor, como señalaba el gobernador de Milán, el conde de Fuentes, era la que actitud de Carlo Emanuele cundiera como ejemplo entre los demás potentados y príncipes de la región:

Va maquinando [el duque de Saboya] contra el servicio de V.M. en Francia, Venecia y otras partes solicitando ligas y levantando rumores, cossas tan miradas de todos. Y que la consecuencia tira a mucho, pues con el exemplo se atreven otros (*Consulta al Consejo de Estado*. Madrid, 4 de marzo de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 3).

Por supuesto, que la desafiante política de Carlo Emanuele reuniera apoyos entre los estados vecinos podía suponer un golpe crítico al orden español en el norte de Italia. Dada la creciente importancia político-militar del ducado de Milán en la estrategia de la Monarquía Hispánica, las consecuencias podían trascender con suma facilidad (Fernández Albadalejo, 1992: 227-228).

³³ *Consulta al Consejo de Estado*. Madrid, 28 de enero de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 2

2. LA “CARRERA HISPANA” DEL PRÍNCIPE FILIBERTO

El 17 de abril de 1588 la infanta española Catalina Micaela alumbraba un nuevo vástago del duque de Saboya, el príncipe Emanuele Filiberto. Tercero de cinco varones, además de otras cuatro hermanas, su posición parecía un tanto incierta. El mayor, Filippo Emanuele, como príncipe del Piamonte heredaría los estados de Saboya, mientras el segundo, Vittorio Amedeo, era encaminado a la carrera eclesiástica. Las opciones del tercergénito se reducían.

Para su fortuna, Emanuele Filiberto contaba con una significativa ventaja respecto a los segundones de otras dinastías italianas: unos privilegiados lazos familiares. Su abuelo materno no era otro que el rey Felipe II, lo que lo emparentaba directamente con los Habsburgo hispanos. Ser nieto del monarca más poderoso de la Cristiandad sin duda podía garantizar el futuro del príncipe, cuyo nombre ya daba pistas de su futura orientación española. Su homónimo abuelo paterno, el duque Emanuele Filiberto, no sólo había sido uno de los generales más destacados al servicio de los Habsburgo, sino amigo personal de Felipe II (Merlin, 2008: 52-53).

2.1.PREPARANDO EL FUTURO DEL PRÍNCIPE, EL PRIMER VIAJE A LA CORTE ESPAÑOLA (1603-1606)

Los duques de Saboya no tardaron en advertir las posibilidades que el monarca hispano podía ofrecer a sus hijos. Repetidamente solicitaron al *rey prudente* que favoreciera a sus nietos, entre los que Filiberto resultó especialmente beneficiado. En enero de 1598, con apenas diez años, era nombrado Gran Prior de la orden en los reinos de Castilla y León. Dos años después, en junio de 1600, Filiberto tomaba el hábito de San Juan en la catedral de Turín, acompañado, poco después, de la concesión de la abadía de San Michelle della Chiusa, en el Piamonte (Claretta, 1872: 16-17).

Parecía que, como su hermano Vittorio, el joven Filiberto estaba avocado a la carrera eclesiástica. En ambos casos, el desarrollo de los acontecimientos contrarió las expectativas. Fallecido el primogénito, Vittorio terminó heredando el ducado, mientras Filiberto, sin abandonar el hábito gerosolimitano, consiguió labrarse una brillante carrera al servicio de la Monarquía Hispánica. Un cambio de rumbo que, para ambos príncipes, llegó de la mano de su primer viaje a España, en el verano de 1603.

La idea de enviar a los príncipes mayores a educarse durante una temporada en la corte española ya había sido proyectada por Felipe II y su hija, únicamente aplazada por la tierna edad de los príncipes. Ni la muerte de Catalina Micaela en 1597, ni la de su padre poco después, truncaron el proyecto. Desde la corte española, Felipe III continuaba reclamando tener cerca a sus sobrinos, incluso renovando la promesa que su padre había hecho de conceder a uno de los príncipes el priorato portugués de Ocrato (Del Río Barredo, 2006: 409-413).

El principal obstáculo del viaje eran las reticencias de Carlo Emanuele a enviar fuera a su primogénito. Cada vez que parecía producirse la partida de los príncipes, el duque la demoraba con una nueva excusa, ya fuera la falta de dinero o esperar a que el príncipe Filippo fuera jurado como heredero de sus estados (Del Río Barredo, 2006: 413-416). Entre tanto, los jóvenes príncipes no dejaban de escribir a su tío, reafirmando lo agradecidos y deseosos que estaban de emprender el viaje a España³⁴.

³⁴ Parte de la correspondencia de los príncipes a Felipe III puede encontrarse en el AGS, Estado, Leg. 1291, fol. 213-215; 219-221. Cartas autógrafas y escritas completamente en español.

De este modo, a través de sus hijos, Carlo Emanuele trataba de alejar cualquier sospecha de deslealtad que pudiera pesar sobre su aparente falta de voluntad a enviarlos a España. Aunque la forma y contenido de las cartas de los tres hermanos es muy similar, probablemente dictadas por el propio duque, las de Filiberto subrayan muy especialmente la devoción hacia su tío. Apuntando maneras, el tercergénito no duda en compararse con sus hermanos para remarcar su singular deuda y gratitud por las mercedes recibidas de Felipe III, y su mayor deseo de verse pronto a su servicio:

Aunque cada uno de mis hermanos prosupone que en desseo de humillarse ante V.M. y en el sentir que esto se retarde [...] no las puede exceder nadie todavía, aunque parece debería yo cederles por la edad., no puedo con verdad confessar a V.M. que en lo uno ni en lo otro me lleven ventaja, ni que la dilación desto que dizen será breve no me parecerá infinita, pues tantos y tan grandes respetos me hallio con obligación de reconocer a los Reales pies de V.M. las señaladas mercedes que me ha hecho y espero de la benignidad de su Real grandeza (Emanuele Filiberto de Saboya. *Carta a Felipe III*. Turín, 2 de junio de 1602. AGS, Estado, Leg. 1291, fol. 215).

Mis hermanos y yo tenemos la obligación que todo el mundo sabe de servir a V.M., pero yo estoy más obligado que todos (Emanuele Filiberto de Saboya. Turín, 15 de octubre de 1602. *Carta a Felipe III*. AGS, Estado, Leg. 1291, fol. 219).

Sin embargo, para finales de 1602 el duque había agotado sus bazas, y las presiones desde España eran ya demasiado fuertes como para desoírlas. La marcha de los tres jóvenes hermanos se produjo finalmente en junio de 1603. Aún así, y pese a sus reticencias, el duque de Saboya tenía sus propios objetivos a la hora de enviar a sus hijos a la corte de la mayor monarquía europea.

En un sentido amplio, el viaje había sido proyectado como un capítulo fundamental en la educación de los príncipes. Aprovechando su juventud, se pretendía interiorizaran los valores y modales de la cultura cortesana, adoptando sus modelos de comportamiento, conversación, entretenimiento o vestido. Además, la misma corte constituía el espacio idóneo para familiarizarse con las complejas relaciones de poder, entablando contactos y amistades con algunos de los personajes más importantes del momento, que pudieran abrir puertas a futuras prebendas y alianzas (Del Río Barredo, 2006: 410-411).

De este modo, el viaje de Filiberto y sus hermanos seguía una práctica común entre los príncipes y la nobleza europea, al considerar la corte el espacio por excelencia para la *crianza* o educación de sus vástagos³⁵. De hecho, antes que los tres príncipes, su abuelo, el duque Manuel Filiberto, había pasado buena parte de su juventud en la corte imperial al servicio de Carlos V, con fines muy similares: completar la formación del joven heredero, y lograr tanto las simpatías del emperador, como de otros príncipes, que pudieran ayudar a consolidar la posición internacional del ducado. (Merlin, 2008: 37-67). Por otra parte, en la multinacional corte de Felipe III, tampoco resultaba difícil encontrar a otros príncipes italianos, fuera sirviendo en misiones diplomáticas o desempeñando importantes cargos al servicio de la monarquía.

Por supuesto, además de aprovechar la juventud de los príncipes para consolidar su formación cortesana, el viaje tenía objetivos más concretos. Especialmente para Vittorio y Filiberto, la estancia en la corte española constituía su mejor oportunidad de buscar un futuro fuera de la corte saboyana³⁶, y había mucho que Felipe III podía ofrecer a los jóvenes príncipes. El gobierno de la vasta Monarquía Hispánica necesitaba ministros de plena confianza del soberano, y no resultaba extraño que éste los escogiera entre sus familiares más estrechos. Hasta el momento, los más beneficiados habían sido sus parientes de la rama austriaca³⁷, pero no parecía descabellado que Felipe III honrase del mismo modo a sus sobrinos.

Que el monarca hispano favoreciera las carreras de sus hijos no era el único objetivo de Carlo Emanuel, que aún valoraba mayores y ambiciosas ventajas. Entre otras, existía la posibilidad de que alguno de sus hijos ascendiera al trono español, pues

³⁵ Como señalaba Pedro López de Montoya en su *Libro de la buena educación de y enseñanza de los nobles* (1595):

ningún lugar ay que se pueda comparar con la Corte para la criança de los nobles, por ser tan grande la variedad que en todo género de negocios y estados se veen cada día en ella. [...] Y demás desto, el estar cada día entre tanta gente noble y discreta, y gozar de ver el estilo y la conversación de palacio, y la cortesía y recato con que se entra y conversa en la Casa Real, [...] es una escuela grande para criar nobles respeto en la gente ilustre (Álvarez-Ossorio Alvariano, 1997, p. 88).

³⁶ Oportunidad que, teniendo en cuenta la extensa prole de Carlo Emanuele, convenía no desaprovechar. Como segundones, Vittorio y Filiberto no podían esperar demasiado del patrimonio familiar, sobre todo teniendo en cuenta que su padre tenía aún otros seis hijos e hijas a los que acomodar.

³⁷ Buen ejemplo son los hijos del emperador Maximiliano II de Habsburgo, especialmente el archiduque Alberto, que tras hacerse cargo del gobierno de Portugal, terminó casándose con la infanta Isabel Clara Eugenia, que llevaba como dote los Países Bajos. El archiduque constituía el precedente más inmediato para los príncipes, y como tal fue esgrimido por quienes en la Corte de Saboya trataban de persuadir a Carlo Emanuel de las ventajas del viaje (Del Río Barredo, 2006: 411).

mientras Felipe III careciera de heredero, los príncipes de Saboya eran los sucesores varones más próximos. Aunque el nacimiento de la infanta Ana en 1601 acabó con las esperanzas de sucesión directa, siempre existía la posibilidad de que Filippo reinara como consorte. En ese sentido, aunque complacer a la Corte española era una de las motivaciones del viaje, el duque de Saboya apostaba en él por sus propios intereses³⁸.

Así, con apenas 15 años, Filiberto desembarcaba junto a sus hermanos en Barcelona el 24 de junio de 1603, donde, en palabras del propio príncipe, fueron acogidos con “*ogni dimostrazione d’amore e di allegrezza e con ogni giubilo et affetto di un popolo immenso*” (Claretta, 1872: 21). Demostraciones de afecto y cordialidad con que fueron festejados en su tránsito hacia la Corte. Por su parte, el monarca, en lugar de esperar la recepción prevista en Valladolid, decidió salirles al encuentro. Las cortesías que entonces mostró Felipe III con sus sobrinos preludiaban el trato preeminente que disfrutarían en la Corte a lo largo de su estancia, más que como príncipes extranjeros, como verdaderos “infantes de España” (Del Río Barredo, 2006: 416-417, 420-421; Cabrera de Córdoba, 1875: 187).

No obstante la acogida inicial, la estancia de los príncipes de Saboya tampoco estuvo exenta de conflicto, en buena medida, precisamente por la elevada posición y preeminencias de las que disfrutaban. Una vez en Valladolid se estableció para los tres hermanos el tratamiento indistinto de *altezas*, y un protocolo que regulara el ceremonial durante las numerosas visitas que recibieron los príncipes, pero que no evitó que varios aristócratas hispanos se sintieran desairados (Cabrera de Córdoba, 1875: 187).

También protestaron la condesa de Lemos, por el trato “deshonroso” que en comparación recibían sus hijos, y el duque del Infantado, que protagonizó su propio conflicto al tratar de impedir que los gentilhombres de cámara de los príncipes pudieran acceder a la cámara del rey. Incluso el duque de Lerma, que había favorecido el viaje de los príncipes, pareció sentirse amenazado por la privilegiada posición que el monarca había concedido a sus sobrinos³⁹.

³⁸ Las aspiraciones de Carlo Emanuele de entronizar a uno de sus hijos viene considerándose el principal fundamento del viaje de los príncipes, tanto por la historiografía tradicional, como por publicaciones más recientes. Si bien es cierto que las posibilidades de suceder a Felipe III formaban parte del cálculo político del duque, al menos hasta el nacimiento de Felipe IV, lo cierto es, como ha señalado María José del Río (2006), que no constituía el único, ni el fundamental objetivo de la estancia de los príncipes en España.

³⁹ Durante el viaje a Valencia a finales de 1603, ante el deseo de Felipe III de que lo acompañaran, Lerma debió ceder a los tres príncipes su puesto en la carroza real. Aquello desembocó en una de las recurrentes crisis de melancolía del valido y su alejamiento de la vida pública (Del Río Barredo, 2006: 426-428).

Por su parte, Filiberto y sus hermanos tuvieron que soportar cómo se desarticulaba su séquito, despidiendo a la mayoría de sus servidores italianos, excepto aquellos que ocupaban los oficios principales, reubicados en la nueva Casa de los príncipes en la corte española (Cabrera de Córdoba, 1875: 192). Precisamente, parece que el propio duque de Lerma fue un activo protagonista en la reestructuración del servicio de los príncipes de Saboya.

Las ordenanzas de la Casa española de los príncipes, así como los gajes y raciones de su servicio, fueron redactadas nada menos que por la entonces principal *hechura* del valido, el conde de Villalonga, Pedro Franqueza⁴⁰. Así, no ha de extrañarnos encontrar, como señalaba María José del Río (2006: 418-419), hombres de confianza de Lerma, como Jerónimo Muñoz o Diego de las Mariñas, ocupando algunos de los oficios principales. Sin duda, Lerma estaba muy interesado en no perder de vista a estos tres nuevos, pero poderosos competidores por el tiempo y el afecto del monarca, procurando estar bien informado de cuanto sucediera en su entorno más familiar. Aún así, parece los príncipes terminaron adaptándose bastante bien a su nuevo ambiente, especialmente Filiberto.

Aunque en un principio no se había concretado su duración, pues tanto en la corte española como en la piemontesa tenían distintos proyectos al respecto, conforme pasaban los años parecía cada vez más claro que la estancia de los príncipes, al menos del mayor, no se prolongaría indefinidamente. Varios sucesos, como el nacimiento del heredero varón de Felipe III, o la muerte de Filippo Emanuele, el primogénito, llevaron a Carlo Emanuele a plantear la vuelta de sus hijos.

Así, después de tres años de estancia en la Corte española, Filiberto volvía a Saboya en el verano de 1606. Con la muerte de su hermano mayor, Vittorio regresaba convertido en el nuevo príncipe del Piamonte, heredero de los estados de su padre. Sin embargo, Filiberto no había logrado en España ninguna nueva merced significativa, salvo las ofertas de Felipe III de nombrarle Capitán General del Mar. Cargo que parecía sujeto a las promesas de retorno que Carlo Emanuele insinuaba desde Turín. Aún así, lo cierto es que sus planes respecto a Filiberto atravesaban un periodo de redefinición, a la par que su estrategia dinástica comenzaba a bascular hacia la monarquía francesa.

⁴⁰ *Ordenanzas de los príncipes de Saboya, 1603-1611*. BPRM, Mss. II/828, ff. 140r-226v.

El príncipe tardaría cuatro años en volver a España. Su cometido, y la acogida de su visita fueron muy distintos a los de 1603. El asesinato de Enrique IV de Francia en mayo de 1610 había dejado a Carlo Emanuele completamente solo al borde de la guerra con España. Al tiempo que buscaba apoyo internacional, el duque de Saboya decidió enviar a Filiberto directamente ante Felipe III con el fin de evitar el conflicto.

La noticia de la nueva visita del sobrino del rey, y su misión diplomática, fueron objeto de largos y profundos debates en el Consejo de Estado. ¿Qué intenciones traía el príncipe? ¿Esperaba reconciliar a su padre, o simplemente ganar tiempo? Y sobre todo, ¿cómo habría de ser recibido Filiberto? ¿Cómo embajador de un aliado felón, o como sobrino del monarca?

Finalmente, el recibimiento a su llegada a Madrid, en octubre de 1610, representó un complejo equilibrio que respetara su situación como infante y sobrino, pero que dejara a su vez claro que en la Corte española no tolerarían de Carlo Emanuele otra cosa que la disolución de sus ejércitos y su humillación ante Felipe III.

Aunque el desarrollo de las negociaciones de Filiberto con el monarca hispano permanece aún hoy envuelto en un cierto misterio que la historiografía aún no ha podido resolver, su desenlace es mucho mejor conocido (Rosso, 2008: 1092-1093). Gracias a la intervención y la mediación pontificia, las tropas españolas acuarteladas en Milán no llegaron a invadir el ducado de Saboya, que inició una relativa vuelta a la cordialidad con la Monarquía Hispánica, al menos hasta el estallido del conflicto sucesorio en Monferrato, en 1613.

2.2. LA ESTANCIA DEFINITIVA: EL GENERALATO DEL MAR (1611-1617)

El año de 1611 iba a marcar un punto de inflexión en la trayectoria vital del joven Filiberto. Llegado marzo, en la Corte madrileña ya se habían realizado todos los preparativos y diligencias necesarias para que en adelante el príncipe contara en España con su Casa propia. Entre los oficios figuraban antiguos servidores, miembros de la casa de los príncipes de Saboya durante su viaje a España entre 1603-1606⁴¹.

Ese mismo año, el 25 de octubre de 1611, Filiberto era, finalmente, nombrado General de la Mar (Cabrera de Córdoba, 1857: 454). Los rumores sobre el nombramiento venían circulando en la Corte desde hacía bastante tiempo, y las propias instrucciones del cargo llevaban redactadas desde mayo por Juan de Idíazquez (De Bunes Ibarra, Miguel Ángel, 2009: 1542). En efecto, hacía tiempo que llevaba prometiéndose al príncipe este prestigioso cargo, comparable sólo al de virrey, y uno de los mayores honores a los que se podía aspirar al servicio del Rey Católico⁴². Aunque las dificultades económicas de la monarquía aplazaron la jura y la toma de posesión efectiva hasta octubre de 1612 (Williams, 2010: 245-246), la decisión de Felipe III era firme, como se lo confirmaba a Filiberto el propio duque de Lerma en noviembre de 1611 (Claretta, 1872, p. 108).

Al finalizar el año, el transcurso de Filiberto en Madrid dejaba clara una cosa: el joven príncipe había vuelto a España a permanecer al servicio de su tío y rey. Así, daba comienzo una fructífera carrera al servicio de la Monarquía Hispánica, que alcanzará su cénit en 1621 con la concesión del virreinato siciliano. Esta ambiciosa trayectoria, como la propia llegada de Filiberto a la Corte, no tardó en levantar recelos y desconfianzas.

⁴¹ Los oficios fueron repartidos, como en aquella primera ocasión, fundamentalmente entre españoles. (*Ordenanzas de los príncipes de Saboya, 1603-1611*. BPRM, Mss. II/828, ff. 203r.-226v). Personajes destacados de la casa de los príncipes, como don Diego de las Mariñas o Gerónimo Funes y Muñoz, recibirán importantes cargos más adelante. Otros, como el conde de Castriello, aparecen en 1610 acaparando los tres fundamentales oficios de mayordomo mayor, sumiller de corps y caballero mayor (De Bunes Ibarra, 2009: 1533, 1534-1535).

⁴² La Capitanía General constituía el más elevado rango en la escala militar, comparable sólo a la dignidad viceregal. Precisamente, el cargo de virrey llevaba aparejado el cargo de Capitán General, representando la máxima autoridad militar en sus territorios. En ambos casos, se trataba de la mayor fuente de honor a la que se podía aspirar, pues implicaba servir directamente al monarca, cuando no representarlo, como en el caso del virrey, su propio *alter ego*. (De Bunes Ibarra, 2009: 1541-1542; Rivero Rodríguez, 2011).

En primer lugar, como apuntaba el duque del Infantado, por “*las inquietudes y sospechas que ha de causar en Italia ver un Hijo del Duque de Saboya con las Armas de su Md. en la mano*” (De Bunes Ibarra, 2009: 1541). En efecto, aún resultaba reciente la alianza de Carlo Emanuele con Enrique IV, y sus frustrados planes para invadir Milán, por lo que parecía poco apropiado premiar con tan importante cargo al hijo del duque. Los argumentos del duque del Infantado, sin embargo, no ocultaban el problema de fondo: la falta de confianza que inspiraban las lealtades de Filiberto entre algunos sectores de la Corte. Desconfianza que, en mayor o menor medida, acompañará al príncipe durante años, y que difícilmente se puede entender al margen de la amenaza que la llegada del príncipe representó en el equilibrio de poderes de la Corte.

El joven príncipe, además de su posición privilegiada como sobrino del monarca, era el Gran Prior de la Orden de San Juan. Aquello no sólo le otorgaba la posición e influencia, sino los recursos necesarios para convertirse en un poderoso *patrón*, y organizar sus propias *redes de poder y clientelas*⁴³. Filiberto constituía, por tanto, un adversario en potencia tanto para la hegemonía de los Sandoval, como para quienes pretendieran ocupar su privilegiada posición en la Corte de Felipe III.

El propio Lerma no tardó en advertir la amenaza que el príncipe de Saboya constituía para el valimiento de los Sandoval. Según Patrick Williams (2010: 227-228, 245-246), fue la enemistad del poderoso duque la que propició el nombramiento de Filiberto como General del Mar, como una maniobra para apartarle de la Corte. Sin embargo, la rivalidad no fue lo único que definió la relación entre Filiberto y el valido, tan compleja como la propia concesión del Generalato del Mar (De Bunes Ibarra, 2009: 1535-1542). En cualquier caso, tampoco le faltaron al duque de Lerma motivos para temer por la ambición del sobrino del rey, y ciertamente la Capitanía General le apartó, al menos físicamente, de Felipe III y de la Corte. Entre noviembre de 1612, que partió hacia el Puerto de Santa María, y agosto de 1617, que regresó a Madrid (Gascón de Torquemada, 1991: 35, 43), el nuevo General del Mar permaneció fuera de la Corte, atendiendo las responsabilidades de su cargo, y distintas operaciones militares⁴⁴.

⁴³ La proximidad al monarca lo convertían en un mediador a tener en cuenta. Además, el priorato castellano ofrecía amplios recursos, materiales y simbólicos, a través de la asignación de encomiendas, hábitos, rentas y oficios diversos.

⁴⁴ Sobre la estancia de Filiberto en el Puerto de Santa María, Hipólito Sancho de Sopranís (1946). En 1614, Filiberto es enviado a defender la costa siciliana de los turcos (AGS, Estado, Leg. 1304, fol. 69-71).

2.3.LA AMBICIÓN POR LA PRIVANZA: CONJURAS, INTRIGAS Y EL VIRREINATO DE SICILIA (1617-1621)

El regreso de Filiberto a Madrid en el verano 1617 abrió una nueva etapa en la vida del príncipe, marcada un renovado protagonismo en la vida cortesana y sus luchas de poder. Aquel retorno, lejos de ser casual, coincide con un periodo de redefinición del equilibrio de poderes en la Corte, hasta entonces dominado por la privanza del duque de Lerma. Durante la segunda década del siglo XVII, la autoridad del valido había comenzado a erosionarse, fruto de las tensiones y división en el seno de su propia facción. La inminente retirada de Lerma animó a sus adversarios, organizados en torno a su hijo, el duque de Uceda, y fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III (Feros Carrasco, 2002: 251-322, 375-437).

Sin embargo, no eran los únicos. Además de Filiberto, el mismo año regresaban el cardenal Zapata y Baltasar de Zúñiga, tendencia que auguraba profundos cambios en la Corte. En el contexto de la pugna entre Lerma y Uceda, surgió un nuevo grupo que esperaba apartar definitivamente a los Sandoval del poder, liderado nada menos que por el príncipe Filiberto y la infanta sor Margarita de la Cruz (González Cuerva, 2012: 357-360). Semejante alianza no deja de resultar curiosa, especialmente si tenemos en cuenta las primeras relaciones de Filiberto y sus hermanos, durante el viaje de 1603-1606, con la reina Margarita. Tanto ella, como el grupo de cortesanos que la apoyaban, consideraban a los príncipes una amenaza a los intereses de la rama austriaca de los Habsburgo, en tanto serios competidores por los cargos y puestos de gobierno que los monarcas hispanos venían confiando a sus parientes (Del Río Barredo, 2006: 427).

Por supuesto, el hijo de Carlo Emanuele no era ajeno a las intrigas cortesanas. Ya en marzo de 1614 se había visto salpicado por una oscura conspiración, en la que su mayordomo parecía involucrado. El príncipe resultaba sospechoso, nada menos, que haber colaborado en el intento de asesinar a Rodrigo Calderón, mano derecha del poderoso duque Lerma (Martínez Hernández, 2009: 85).

Desde su regreso a la Corte, Filiberto pasó a ocupar un puesto de excepcional proximidad a Felipe III y su familia, plasmado en el protagonismo que adquirió durante

las apariciones públicas regias⁴⁵. La influyente posición que alcanzó en esos años como miembro de la familia real fortaleció sus ambiciones. En julio de 1620 parece tomó parte en una conspiración para acelerar la subida al trono del príncipe Felipe, y así posicionarse convenientemente para el valimiento (Rivero Rodríguez, 2013: 504). Al tiempo, los conflictos de protocolo que protagonizó con Aliaga, el confesor real, manifestaban claramente las tensiones y desconfianza que inspiraba el príncipe de Saboya en ciertos círculos cortesanos.

Ese mismo verano, Filiberto trató de aprovechar la crisis del virreinato de Osuna en Nápoles para desestabilizar el grupo encabezado por el duque de Uceda. Sin embargo, Osuna no sólo no fue reprendido, sino que fue calurosamente recibido en la Corte. Aunque el príncipe de Saboya trató nuevamente de desacreditar ante Felipe III la actuación de los duques de Uceda y Osuna, pronto se descubrió que se trataba de acusaciones infundadas. Ante el fracaso de la conjura, Filiberto fue enviado a Italia, so pretexto de prevenir Messina contra los trucos, y encarcelados algunos de sus colaboradores (González Cuerva, 2012: 453-456)⁴⁶.

La marcha de Filiberto en noviembre de 1620 corría paralela al deterioro físico del monarca. Las noticias de la grave enfermedad de Felipe III llevaron a Filiberto a retornar a Madrid, aunque demasiado tarde. Para cuando Filiberto llegó a Madrid, en mayo de 1621, el monarca había muerto, y las cosas habían cambiado en la Corte. Apenas se acercó a Madrid, Felipe IV ordenó a Filiberto detenerse en Barajas, rechazando repetidamente sus súplicas de entrar en la Corte (Gascón de Torquemada, 1991: 97-98). La frialdad del monarca tenía un claro motivo, el relevo de poderes, ahora en manos del grupo encabezado por Baltasar de Zúñiga y los condes de Benavente y Olivares⁴⁷. Finalmente, se permitió a Filiberto reunirse con el monarca en Aranjuez, evitando nuevamente pasar por Madrid, y donde recibió instrucciones para marcharse a

⁴⁵ Entre 1617 y 1620 Filiberto aparece frecuentemente acompañando al monarca y la familia real. El 25 de septiembre, apenas regresó a la Corte, partía junto al rey a la villa de Lerma, donde su duque celebraba la consagración de la nueva iglesia que había fundado. En diciembre de 1617, tras la boda de la nieta de Lerma con el marqués de Peñafiel, mientras el rey acompañaba a la novia a su casa, Filiberto ocupaba el puesto junto al novio. Tampoco es extraño encontrarle junto al monarca y su hijo en la Capilla Real, procesiones y ceremonias religiosas, o en las fincas de caza (Gascón de Torquemada, 1991: 43-78).

⁴⁶ Apunta también Manuel Rivero (2013: 504), en relación a la marcha de Filiberto y el fracaso de su conjura por el valimiento, su rivalidad con Olivares.

⁴⁷ El propio Filiberto protestó ante Zúñiga, cuya ambición por la privanza consideraba era la verdadera razón del doloroso recibimiento dispensado por Felipe IV (González Cuerva, 2012: 525-526).

Italia (Gascón de Torquemada, 1991: 97-98). El valimiento había quedado fuera de su alcance.

Meses después, el 2 de noviembre de 1621 se publicaba el nombramiento de Filiberto como virrey de Sicilia (Gascón de Torquemada, 1991: 113). Un cargo lo bastante honorable como para compensar su derrota en la pugna cortesana, y que parece fue directamente promovido por el duque de Olivares, para mantener definitivamente a Filiberto lejos de Madrid⁴⁸. Aunque, como en el caso del Generalato del Mar, las causas de aquel nuevo honor son mucho más complejas, y no pueden atribuirse simplemente a una elegante maniobra para exiliar a Filiberto de la Corte.

A priori, el nombramiento del príncipe Filiberto como virrey de Sicilia parece casi un “paso natural” después de haber sido Capitán General del Mar. Ambos cargos estaban fuertemente ligados y compartían importantes similitudes, fundamentalmente responsabilidades militares⁴⁹. Por otra parte, el nombramiento de Filiberto suponía, por primera vez desde hacía siglos, que la elección del virrey recayera en un personaje de sangre real. Aquello entroncaba directamente con las raíces de la figura vicerregia, concebida en la Corona de Aragón para gobernar los territorios “en ausencia” del monarca, y que normalmente se suplía con el nombramiento de un destacado miembro de la familia regia (Rivero Rodríguez, 2011: 40-51).

Por tanto, tampoco hay que descartar que el nombramiento de Filiberto pudiera estar dentro de una estrategia de redefinición y fortalecimiento de la figura del virrey a través de la incorporación de príncipes y miembros de la familia Habsburgo al gobierno de la Monarquía (Rivero Rodríguez, 2013: 511). Al fin y al cabo, ¿quién mejor para representar al rey, constituir su *alter ego*, que alguien de su propia sangre?

De la nueva orientación que estaba tomando la dignidad vicerregia son buen testigo las excepcionales *instrucciones* entregadas a Filiberto. A diferencia de las *instrucciones* precedentes, redactadas en base a plantillas que copiaban la *relación* del virrey saliente, las de 1621 no fueron compuestas según el procedimiento habitual. En su lugar, habían sido encargadas al jurista Pietro Corsetto, regente del Supremo Consejo

⁴⁸ El cargo estaba apalabrado al duque de Alburquerque. Unilateralmente, Olivares deshizo lo prometido, desautorizando a Zúñiga y abriendo una de las primeras brechas entre ambos (González Cuerva, 2012, pp. 538-539). También apuntaba hacia Olivares Gaudenzio Claretta (1872, pp. 182).

⁴⁹ De hecho, como nos recuerdan las *instrucciones* de 1621, el cargo de virrey llevaba aparejado también el de Capitán General (Sciuti Russi, 1984: 55-113).

de Italia, por orden expresa de Felipe IV (Sciuti Russi, 1984: XLIII, 57, 213-214). La excepcionalidad del documento se encuentra, a su vez, íntimamente ligada a la de su destinatario, que con ocasión de su nombramiento como General del Mar ya había precisado unas *instrucciones* redactadas *ad hoc*, acordes a su complejo estatus como príncipe de sangre real⁵⁰.

Como ha señalado Manuel Rivero (2013: 509-515), el virreinato del príncipe Filiberto despertó grandes expectativas, pues manifestaba todo un giro en el arte del gobierno, así como la propia concepción de la figura vicerregia y el papel de la familia regia en la dirección de los asuntos de la Monarquía Hispánica. Sin embargo, la trayectoria del príncipe en el gobierno de Sicilia no iba a prolongarse demasiado. El 3 de agosto de 1624 el virrey Filiberto moría en Palermo, víctima de la peste que azotaba la ciudad.

La nueva no tardó en llegar a Madrid, donde, a 16 de septiembre, se celebraron las correspondientes honras fúnebres en el Monasterio de las Descalzas, en presencia de la infanta Sor Margarita de la Cruz, y de toda la Corte (Gascón de Torquemada, 1991: 200). Su primo, Felipe IV, comenzó además a hacer los preparativos para traer su cuerpo hasta el Escorial, aún contra los deseos de su padre (Felipe IV. Madrid, 7 de noviembre de 1624. *Carta al duque de Pastrana, embajador en Roma*. AHNOB, Osuna, C. 1977, D. 15.1). El 21 de diciembre de 1624 fue enterrado en San Lorenzo del Escorial, junto a su hermano Filippo, y honrado como infante de Castilla (Gascón de Torquemada, 1991: 227-228).

⁵⁰ Las *instrucciones* para el nuevo General del Mar se habían elaborado a partir de las entregadas a don Juan de Austria, y a Andrea Doria, los únicos precedentes con que se contaba de príncipes al frente del cargo. Ante las dudas que aquellos documentos suscitaron, hubo que recurrir a entrevistas con algunos de los asistentes de don Juan de Austria, para que aclararan los pormenores del trato del príncipe con los capitanes, virreyes, y demás ministros del rey (De Bunes Ibarra, 2009: 1542-1543).

3. SERVIR AL PADRE, SERVIR AL REY CATÓLICO: LAS LEALTADES DE FILIBERTO ANTE EL DETERIORO DE LAS RELACIONES ENTRE CARLO EMANUELE Y FELIPE III (1606-1610)

Como ya señalamos, el príncipe Filiberto parecía destinado desde su más tierna infancia al servicio de la Monarquía Hispánica. Aún pese a su repentina muerte en 1624, el príncipe había logrado honores reservados tan sólo a unos pocos al servicio del Rey Católico. Sin embargo, la carrera de Filiberto no fue una sencilla progresión lineal, atravesando profundas etapas de crisis e indefinición. En el verano de 1606, su regreso a Saboya inauguraba la que probablemente fue más importante de todas.

En efecto, aunque el príncipe abandonaba España bajo la promesa de un pronto retorno, éste no se produjo hasta cuatro años después. Para entonces, el recibimiento fue bien distinto, y las relaciones entre su padre y la Monarquía Hispánica habían cambiado radicalmente. En septiembre de 1610, a punto de entrar en guerra con su cuñado, Carlo Emanuele envió a su hijo a Madrid a negociar directamente con Felipe III una salida honrosa a la crisis abierta tras la frustrada alianza de Saboya con Francia. Una vez resuelto el conflicto, y en menos de un año el príncipe ya había logrado ser nombrado Capitán General del Mar.

Durante aquellos cuatro años, entre 1606 y 1610, las relaciones de Carlo Emanuele con Felipe III habían pasado de la cordialidad a una hostilidad pre-bélica. Sin embargo, a finales de 1611 Filiberto no sólo había representado un papel protagonista en la normalización de las relaciones, sino que había afianzado notablemente su posición y su futuro al servicio del monarca hispano.

Ante semejante giro de los acontecimientos, cabe preguntarse ¿cómo pudo Filiberto, tras la política hostil de su padre, recuperar en tan poco tiempo la confianza y estatus con que había abandonado la Corte española en 1606? ¿Significó ello entrar en conflicto con la política de su padre? A estos y otros interrogantes trataré de responder en este capítulo.

3.1.LA “LEALTAD” COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS

Antes de comenzar, quizás lo más conveniente sea explicar las razones, y mis dudas, para haber elegido la *lealtad* como concepto en torno al que articular este capítulo. En el fondo, se trata de hacer explícita una cuestión que ha permanecido latente a lo largo de este trabajo: el conflicto de intereses provocado por la particular situación familiar de Filiberto.

Realmente, en ningún momento la documentación con la que he trabajado habla propiamente de la *lealtad* de Filiberto. Por el contrario, se emplean términos como *inclinado*, *afecto*, *tomar partido*... Todos estos conceptos remiten, en última instancia, al horizonte semántico del *amor*, del que también forma parte la *lealtad*, entendida en la época como *fidelidad*, *reconocimiento* y *amor*⁵¹. Al tiempo, *inclinado*, *afecto* o *tomar partido* transmiten, implícita o explícitamente, la carga de opción, de elección que encierra su significado. Precisamente, la elección constituye el germen del conflicto, o al menos, de la encrucijada ante la que se encontró Filiberto.

Pero, ¿entre qué debió escoger el príncipe? Durante los años de 1606 a 1610 Carlo Emanuele inició y culminó su distanciamiento de la Monarquía Católica, a la par que estrechaba sus lazos con Francia y otros príncipes italianos (Rosso, 2008). Para Filiberto este giro en la política dinástica de Saboya repercutía seriamente en su futuro, en tanto la enemistad de su padre con Felipe III podía apartarle de su carrera al servicio de la Monarquía Hispánica. En ese sentido, el caso de Filiberto puede leerse como un conflicto de lealtades entre el servicio a su padre y a Felipe III, pero también desde la tensión que generaba su *rol* en la estructura familiar, o la superposición de *identidades*.

La cuestión familiar merece atención, pues está claro que para un ambicioso príncipe como Carlo Emanuele, que aspiraba a despuntar sobre las demás dinastías

⁵¹ Por ejemplo, en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, Sebastián de Covarrubias (1611: 517), aunque no recoge la entrada *lealtad*, nos permite aproximarnos a su significado a través del término *leal*, que define como “*el que guarda fidelidad y tiene reconocimiento y amor al señor, al amigo, al que se fia de él. [...] Siempre se dize de inferior a mayor, como vasallo leal, y también de yqual a yqual como amigo leal*”. Para evitar entrar en mayores debates conceptuales, tomaré esta definición histórica como marco de referencia para este trabajo.

Aún así, resulta interesante cómo el concepto parece fue perdiendo esa dimensión afectivo-amorosa con el tiempo. En 1734, el diccionario de la Real Academia de la Lengua definía *lealtad*, en términos mucho más racionales, como “*la fidelidad con que se hace alguna cosa, conforme a leyes de razón y justicia*.”

italianas, acomodar debida y honorablemente a sus nueve hijos era una tarea compleja si debía contar sólo con los recursos de sus estados⁵². Por otra parte, valorando la reciente y prolongada estancia de Filiberto en la Corte española, las ofertas y afectos allí larvados, como su cargo de Gran Prior de la Orden de San Juan en Castilla, no parecía sencillo, ni conveniente, reorientar su carrera hacia Francia, al paso de la nueva apuesta dinástica de su padre⁵³.

En realidad, continuar a Filiberto en la *gracia* y servicio de Felipe III permitía mantener el contacto con la Corte española, como el tiempo demostró, por hostiles que tornaran las relaciones. En efecto, la carrera hispana de Filiberto no llegó a peligrar totalmente, porque, como analizaremos a continuación, nunca se descuidaron sus lazos con Felipe III y su Corte. La pregunta es si ello fue el resultado de la astuta política del duque, manteniendo siempre abiertas todas las vías y opciones posibles⁵⁴, producto de la negativa del tercergénito a abandonar sus aspiraciones de promoción en la corte española, o una armónica conjunción de ambos intereses. Por supuesto, la propia Monarquía Hispánica resultaba también beneficiada al contar con la *lealtad*, o al menos cierta inclinación, de uno de los hijos del duque de Saboya. En ese sentido, como poderoso *patrón*, Felipe III disponía de múltiples medios para presionar e influir en la voluntad de Filiberto.

A priori, la interpretación más convincente parece la primera, especialmente si consideramos la característica política oscilante de Carlo Emanuele. Por otra parte, tampoco hay que olvidar la importancia que en una estructura como el *linaje* jugaban el *interés* y la *estrategia familiar*, marcada por cabeza de familia, normalmente al margen de la voluntad e inclinaciones de los restantes miembros. Aun así, tampoco hay que perder de vista las tensiones que esto pudiera generar, y contemplar que, en ocasiones, la práctica no fuera tan rígida, balanceando mejor emociones e intereses⁵⁵.

⁵² Patrimonio que, por otra parte, no brillaba especialmente por su riqueza (Osborne, 2004, p. 5).

⁵³ Aunque parece que hubo algunos intentos, como el frustrado proyecto para casar a Filiberto en Francia con la duquesa de Mercoeur (Bombín Pérez, 1978: 158; Carta del embajador español en Saboya, el Conde de Oñate, a Felipe III. Turín, 11 de diciembre de 1608. AGS, Estado, Leg. 1297, fol. 138). Aunque habría que valorar hasta qué punto las proposiciones de Carlo Emanuele eran sinceras, y no una maniobra para reclamar mejores ofertas de la Corte española.

⁵⁴ Incluso por contradictorias o ambiguas que éstas pudieran parecer. Buen ejemplo fueron las negociaciones paralelas para el matrimonio de sus hijas, ofrecidas por igual, y al tiempo, al emperador y al duque de Mantua, y no resuelto prácticamente hasta el último momento (Merlin, 2011: 1237-1243).

⁵⁵ Cuestión que ha sido estudiada mucho más a fondo en lo referente a las estrategias matrimoniales (Burke, 2007: 84-88).

Aún así, suponiendo que todo hubiera formado parte de la *estrategia familiar* de Carlo Emanuele, mantener y alentar la relación y afectos entre Felipe III y su sobrino tampoco carecía de ciertos riesgos. Fundamentalmente, que pudiera llegar un punto en que su propio padre “tuviera por español” a Filiberto. Unas dudas de las que ya se hacía eco el embajador español, Juan Vivas, que al referirse a los príncipes Vittorio y Filiberto sostenía que “*al Padre le han sido siempre sospechosos, y jamás se ha fiado dellos teniéndolos por españoles*”⁵⁶. En definitiva, una de esas consecuencias “impredecibles” o “cambios inconscientes” propias de procesos donde los intereses confluyen con afectos y sentimientos.

Pero, ¿pudieron realmente los tres años que pasaron en la corte española influir y transformar tanto a Filiberto y su hermano como para hacerlos sospechosos a ojos del padre? Probablemente no hasta tal extremo. De hecho, es muy posible que el recelo o las sospechas hacia los príncipes no fueran sino una conveniente puesta en escena ante el embajador español, como parte de los planes de Carlo Emanuele para exonerarlos ante Felipe III de toda responsabilidad por su alianza con Francia. Sin embargo, más interesante que la respuesta es la propia pregunta, que nos devuelve a la reflexión inicial sobre la compleja relación entre el yo y la persona que planteaba J. Collin Davis (2005).

Si consideramos la *lealtad* como una faceta de la personalidad, ¿hasta qué punto pudo verse influida por el contexto en el que se desarrolló Filiberto? ¿Hasta qué punto le marcó su estancia en la corte española? Su regreso a Saboya y la nueva política de su padre ¿modificaron la actitud de Filiberto hacia Felipe III y sus perspectivas de servicio a la Monarquía Hispánica? Y lo más importante, ¿podemos responder a estas cuestiones con la documentación de que disponemos? Como apuntaba Edward Acton (2005), ni en el caso mejor documentado podríamos llegar a establecer los distintos resultados de esa constante re-negociación entre la persona y el yo a lo largo de una vida.

El caso de Filiberto tampoco es una excepción, y difícilmente podremos llegar a saber con certeza cómo afrontó en su fuero interno el choque de intereses de su padre y su tío, o cuánto pesaron sus ambiciones personales y su carrera en cada momento. Por el momento, podremos contentarnos con rastrear y analizar las distintas percepciones que la persona exterior del príncipe proyectó acerca de su *lealtad e inclinaciones*, tanto en España como en Saboya. Esto sólo supondría una limitación, o la frustración de este

⁵⁶ Juan Vivas. *Papel de lo que de presente pasa en Turín, y de la última proposición que hace el duque*. Turín, 18 de agosto de 1610. AGS, Estado, Leg. 1299, fol. 143.

trabajo si estudiar esas “percepciones externas de la *lealtad*” de Filiberto no fuera un objeto de estudio lo bastante complejo, rico e interesante. En efecto, reunir el mayor número de perspectivas acerca de la posición del príncipe entre las dos ramas de su familia es no sólo una pequeña ventana a su yo interior, sino la mejor forma de estudiar su persona externa, la que proyectó en sociedad.

En ese sentido, ¿a qué se refería Juan Vivas con *tener por españoles* a Filiberto y su hermano? ¿Se refería simplemente a una suerte de hispanofilia política de los príncipes, una inclinación o un sentimiento de identificación o *adscripción*? Reflexiones que, a su vez, nos llevan a otro complejo paradigma, como es la *identidad*.

Para empezar, el propio concepto *identidad* presenta complicaciones, dado lo difícil que resulta definirlo con precisión, a pesar de que cada vez goza de una mayor popularidad en numerosos ámbitos y disciplinas. Atención que ha contribuido a desarrollar un concepto polifacético, dinámico y en contante redefinición, aunque también a hacer de la *identidad* en una retórica de moda, en ocasiones vacía de significado (Montero Málaga, 2012: 17-18). Esta recurrencia a veces un tanto hueca, como la compleja multiplicidad de definiciones y aproximaciones, han convertido al término en referente de una realidad más o menos conocida, pero poco precisa y consciente de sus implicaciones⁵⁷. Entonces, ¿qué es la *identidad*?

Para evitar perdernos en profundos debates conceptuales, lo más conveniente es optar por una de sus definiciones más clásicas. Según Erik H. Erikson (1974) la *identidad* es el resultado de un proceso de reflexión y observación simultáneas en el que el individuo se juzga a sí mismo dentro y en función de su propio contexto social. O dicho de otro modo, responder a la pregunta ¿quién soy? en relación a quienes me rodean. En definitiva, plantear que ese ejercicio de auto-reflexión individual que nos permite tomar conciencia de nuestra propia singularidad y existencia está íntimamente ligado al reconocimiento de la misma que percibimos en los demás.

⁵⁷ Una “retórica holística” según Joel Candau (1998, citado en Montero Málaga, 2012: 17). Aprovecho para agradecer a Alicia Montero que me animara a reflexionar sobre el significado de la *identidad* y sus implicaciones, antes de incorporarlo sin más a mi estudio. Del mismo modo, corresponder que me facilitara las referencias de su trabajo, cuyo primer capítulo ofrece un interesante recorrido a través de la evolución del concepto y los estudios *identitarios* en los últimos sesenta años, los problemas que plantea como sujeto de análisis, y su aplicación a la política en el mundo urbano Bajomedieval.

Subrayando la importancia e influencia del entorno social a la hora de construir la identidad individual, las tesis de Erikson, continuadas por los trabajos de Henri Tajfel y su discípulo John Turner, dieron forma a las teorías de la *identidad social* y la *identidad colectiva*. Ampliamente seguidas durante los setenta y los ochenta por autores como Erving Goffman, Pierre Bourdieu, Pierre Tap o Jürgen Habermas, ahondaron en la estrecha interdependencia de lo personal y lo colectivo en el proceso de construcción de *identidades* (individuales y colectivas), fuera por *identificación* o *adscripción*, bien por oposición (Montero Málaga, 2012: 19-21).

Considerando entonces la importancia que las *identidades colectivas* tienen en el proceso de búsqueda o desarrollo de la *identidad personal*, para el caso que nos ocupa, ¿entre qué construcciones identitarias se movió Filiberto a la hora de resolver su búsqueda personal? La cuestión resulta compleja si consideramos la posibilidad, como era habitual en la época, de encontrar no una, sino múltiples *identidades* superpuestas.

En efecto, en una sociedad corporativa como la del Antiguo Régimen, y especialmente en una monarquía “plurinacional” como la española, la superposición de entidades políticas podría permitir un mismo individuo acumular diferentes *identidades* o *naturalezas*, desde la ciudad a la monarquía, pasando por el reino, con sus correspondientes lealtades, sin que éstas entraran en conflicto, al menos nominalmente (Gil Pujol, 2004: 52; Hernando Sánchez, 2004: 425). Las propias dinastías y grandes linajes aristocráticos italianos estaban acostumbradas a moverse en distintos niveles de lealtad e *identidad*, desde la *patria* local al *Imperio*, y no faltaban familias que, como los Colonna, Orsini, Doria, o Spínola, siendo súbditos de un príncipe, eran vasallos de otro (Spagnoletti, 2004: 485)⁵⁸. El caso de Filiberto representa un excelente ejemplo: Habsburgo y Saboya, príncipe saboyano e infante de Castilla, Gran Prior y caballero sanjuanista... pero, ¿también *italiano* y *español*?

Así formulada, la adscripción de Filiberto a cualquiera de estas dos *identidades* nacionales no parece gozar de demasiada solidez. Por supuesto, Italia no existía como entidad política, y prácticamente sólo como espacio geográfico. Sin embargo, contaba con una lengua propia, además de la referencia a un pasado común al que remitía un

⁵⁸ En ese sentido, cabe plantearse si para los segundones de los distintos soberanos italianos, como el propio Filiberto, servir a un monarca extranjero era una alternativa comparable a la recurrente salida que las carreras eclesiástica o militar representaban para sus homólogos aristócratas.

humanismo más o menos nostálgico que la dotaba de una particular unidad cultural (Spagnoletti, 2004).

En cuanto a España, tampoco existía una unidad política como tal, pues aunque los distintos reinos que habían surgido en el solar de la *Hispania* romano-visigótica formaban parte de una misma corona, poseían distintas tradiciones políticas, jurídicas e incluso culturales y lingüísticas. Sin embargo, también es cierto que existían notables rasgos comunes, que desde el siglo XVI comenzaron a explotarse en ciertos círculos intelectuales para conformar una cierta *identidad* española, en algunos casos de impronta marcadamente castellana, que hacía de la religión, la *pérdida de España* y la tradición de la *Reconquista* sus elementos de referencia (Fernández Albadalejo, 2007)⁵⁹.

¿Influyeron o formaban parte o estos elementos *italianos* o *españoles* de la *identidad* de Filiberto? Resulta difícil pronunciarse al respecto con las fuentes que hasta ahora he trabajado sobre el personaje. En cualquier caso, ahondar en la *identidad nacional* del príncipe me parece un problema clave para comprender mejor sus *inclinaciones* y *lealtades*, y dimensionar correctamente las tensiones que pudieron generarle. La cuestión es realmente compleja, pues incluso hablar de *identidades nacionales* resulta cuestionable en este contexto histórico.

Como señala Angelantonio Spagnoletti (2004: 485), esa *nación cultural* italiana constituía una comunidad parcial, formada por la élite, donde los debates de la aristocracia sobre su origen étnico parecen más bien formas de legitimación. Un discurso bastante alejado de sentimientos de unidad *nacional*, fruto de la historia y geografía comunes⁶⁰. Primaba, en definitiva, una lógica corporativa retroalimentada en los espacios de sociabilidad de príncipes y aristócratas, donde, como en las cortes de los grandes soberanos, más fácilmente podían cultivar y estrechar esos lazos y conciencia comunes, en ocasiones completamente “transnacionales”.

⁵⁹ El proceso por el cual se aglutinaron y tomaron cuerpo los elementos que constituirían esa *materia de España*, no fue lineal ni sencillo. En primer lugar, porque ni siquiera la tradición de la *Reconquista* constituía la misma para todos los reinos españoles. Cada uno tenía su propio mito fundacional, sus propios héroes y patrones. Para ahondar más sobre este proceso de gestación de la *identidad política* o *nacional* española, ver el trabajo de Xavier Gil Pujol (2004), pero especialmente la obra de Pablo Fernández Albadalejo (2007).

⁶⁰ Lo cierto es que se podría decir lo mismo de la *identidad española* que por entonces se estaba construyendo. Los debates de la nobleza italiana respecto a sus orígenes romanos, francos o germánicos presentan un enorme paralelismo con los debates étnicos hispanos entre *godos* y *montañeses* (Fernández Albadalejo, 2007: 11-15, 41-64).

Aún así, lo cierto es que ni la nobleza ni las distintas dinastías europeas presentaban tanta homogeneidad, y es innegable que existen ciertos elementos o patrones *identitarios* que pueden considerarse *nacionales* o *regionales*. La lengua, la moda, las formas de devoción o espiritualidad constituyen potentes principios diferenciadores, y como tal eran concebidos en la propia época.

Por ejemplo, en los meses previos a su enlace con la infanta Catalina Micaela, Carlo Emanuele y sus servidores comenzaron a vestir *a la española* como una muestra más de su sumisión al Rey Católico. Tan profundo debió ser el cambio como reflejaba la sorpresa del embajador veneciano, que decía del duque de Saboya “*se ha hecho tan español, no sólo por fuera sino también en lo relativo a la moral y la voluntad, que cuesta trabajo creerlo*” (Del Río Barredo, 2003: 100-101)⁶¹. De este modo, la identificación, o la adscripción de Filiberto a una o varias *identidades nacionales* no parece sólo una cuestión de *cultura política*, sino más bien ligado a la adopción, consciente o inconsciente, de determinadas maneras de vestir, devociones, formas de espiritualidad, o el propio lenguaje⁶². Complejo análisis que deberá quedar pendiente de revisar en el futuro con otro tipo de fuentes.

En cualquier caso, resulta evidente que la cuestión es en realidad un poco más compleja que un simple un conflicto de *lealtades*. Por supuesto, podía haber escogido otras categorías, como la *identidad*, asociada a conceptos como *naturaleza*, *patria* o *nación*, pero creo que, por el momento, puede resultar una categoría demasiado problemática para una primera aproximación, máxime con las fuentes con las que he podido trabajar hasta el momento.

Sinceramente creo que detrás de la mayoría de interrogantes que me suscita Filiberto se encuentra ese problema o tensión de la construcción y desarrollo de su *identidad*. Sin embargo, no parece que sea exactamente a lo que en este caso se refieren las fuentes cuando hablan de *tenerlo por español*, que más que a la adopción de unas pautas culturales o *identitarias*, parecen referirse a una opción política, en este caso su

⁶¹ Por no mencionar que las capitulaciones matrimoniales fueron redactadas en español, a petición del propio Carlo Emanuele.

⁶² Recordemos que desde muy joven el príncipe escribía, de propia mano, cartas en español a su tío, Felipe III, algunas de las cuales pueden encontrarse en AGS, Estado, Leg. 1289, 1291, 1292. Por otra parte, no hace falta esperar a las tesis de Fichte para reconocer la importancia que la lengua tiene a la hora de construir *identidades* colectivas o nacionales. A principios del siglo XVII el historiador portugués Manuel Faria de Sousa (1590-1649) ya consideraba que publicar en castellano era una forma de conseguir “*hacerme castellano*” (Gil Pujol, Xavier, 2004: 41).

lealtad al monarca hispano. Por supuesto, no sostengo que no existan tales pautas, que, al contrario, parecen insinuarse. Simplemente que su análisis requeriría un estudio más profundo y, especialmente, con otro tipo de fuentes.

También podía haberme decantado por un término más amplio, como *intereses*, o los contemporáneos de *inclinación*, *adhesión* o *partido*. Terminé por escoger *lealtades* porque me parecía el término que mejor podía representar lo que creo significaron esos otros conceptos: la *opción política* entre servir al duque de Saboya y al Rey Católico. *Lealtades*, y no *lealtad*, porque no parece que la balanza se decantara totalmente hacia uno de los dos lados.

He de añadir, que dado que la mayor parte de las fuentes en las que me apoyo pertenecen a los distintos embajadores y agentes españoles destacados en el norte de Italia, la imagen que transmite este estudio corresponde, fundamentalmente, a una sola de las partes. Por ello, adelanto que antes que firmes conclusiones, este trabajo me ha sugerido nuevos interrogantes que poder explorar y responder en el futuro.

3.2.EL REGRESO A SABOYA, UNA DISYUNTIVA EN LA CARRERA DE FILIBERTO (1605-1606)

En torno a marzo de 1605 la Corte de Saboya comenzó a reconsiderar seriamente el regreso de los príncipes. Sin duda, la reciente muerte del primogénito, Filippo Emanuele, alentó a Carlo Emanuele a traer de vuelta a sus hijos. No obstante, al margen de las motivaciones afectivas, era necesario que Vittorio, el nuevo heredero y *príncipe del Piamonte*, fuera jurado como tal por los estados de Saboya⁶³.

Desde luego, la situación del segundogénito de Saboya había cambiado radicalmente en pocos meses. La pregunta era si aquellos cambios iban a alterar también el futuro de Filiberto. ¿Era realmente necesario que regresara junto a Vittorio? Como oportunamente señalaba el preceptor de los príncipes, el célebre Giovanni Botero, el juramento del heredero sólo justificaba la marcha de uno de los hermanos (Claretta, 1872: 46). Por otra parte, dejar a Filiberto en España era una de las mejores opciones de futuro del príncipe, para el que ya se venían ofreciendo importantes cargos al servicio de la monarquía.

Aún así, el regreso de los príncipes a Saboya respondía a cuestiones algo más complejas que la necesidad de jurar al nuevo heredero. En realidad, Carlo Emanuele empezaba a tomar conciencia de una cierta decepción respecto a los objetivos y iniciales del viaje, como de su propia alianza con la Monarquía Hispánica. Comenzando por sus aspiraciones para entronizar a Filippo, la posibilidad parecía cada vez más remota ante las reticencias de Felipe III a casar a su primogénita, la infanta Ana Mauricia, con el heredero de Saboya⁶⁴. Sin embargo, fue el nacimiento del futuro Felipe IV, en abril de ese mismo año, el que cerró virtualmente las posibilidades sucesorias de los hijos de Carlo Emanuele.

⁶³ Recordemos que, precisamente esperar a la jura del heredero había sido uno de los motivos que en un principio Carlo Emanuele había aducido para demorar la partida de los príncipes (Del Río Barredo, 2006: 414-415). Por supuesto, ante cualquier eventualidad, la perspectiva para Saboya de tener fuera de sus estados a su heredero legítimo, sin haber sido aún formalmente reconocido como sucesor, no inspiraba demasiada tranquilidad.

⁶⁴ De hecho, el monarca había intentado propiciar, en su lugar, la boda de Filippo Emanuele con la archiduquesa María Magdalena, hermana de la reina Margarita (Bombín Pérez, 1978: 155; Cano de Gardoqui Sinobas, 1975: 593-594).

Por otra parte, parecía ya cumplido el principal cometido del viaje de los príncipes, que se habían dado a conocer en la Corte de su tío, ganado afectos entre sus principales protagonistas y completado su madurez. Además, después de tres años ninguno de los hermanos había logrado de Felipe III mercedes significativas, por lo que no era de extrañar que cada vez más voces, tanto en Turín como en Valladolid⁶⁵, reclamaran la vuelta de los príncipes de Saboya.

Aún así, el regreso de los hijos de Carlo Emanuele no iba a ser sencillo, en buena medida por la oposición que generó entre Felipe III y sus consejeros, especialmente el duque de Lerma (Del Río Barredo, María José: 429-432). La razón fundamental: Vittorio y Filiberto constituían la mejor prenda de fidelidad que la monarquía española podía tener del duque de Saboya.

En realidad, el problema no era tanto la lealtad del duque, como su preocupante independencia e iniciativa en el plano internacional. Entre finales de 1602 y 1605, la monarquía no cesó de recibir preocupantes informes sobre las actividades diplomáticas de Carlo Emanuele: sus conversaciones con Enrique IV⁶⁶, los primeros contactos para el doble matrimonio entre las Casas de Saboya y Mantua, o las propuestas paralelas para casar a Margarita de Saboya con el emperador Rodolfo II. Por supuesto ninguno de estos proyectos gozó de las simpatías de Felipe III y sus consejeros⁶⁷.

Estas controvertidas iniciativas se habían producido precisamente ya en ausencia de los príncipes. Por tanto, desde la Corte española no cabía esperar que, devueltos sus hijos, la actitud de Carlo Emanuele se moderase. Si la desaprobación de Felipe III no

⁶⁵ Recordemos las rivalidades que la posición privilegiada de los tres hermanos venía levantando entre la aristocracia hispana. La propia reina Margarita llegó a insinuar a Felipe III la conveniencia de que regresaran sus sobrinos, pues representaban unos formidables competidores por la *gracia* regia para la rama centroeuropea de los Habsburgo. En efecto, la reina no estaba dispuesta que los jóvenes príncipes arrebataran a su familia el gobierno de Portugal, que se rumoreaba para Vittorio, o el matrimonio de su hija, Ana Mauricia (Del Río Barredo, María José, 2006: 425-429).

⁶⁶ De hecho, fue el propio duque quien mantuvo informado a Felipe III y sus ministros de las conversaciones con Francia. De este modo, Carlo Emanuele alejaba cualquier sombra de deslealtad, sin renunciar a escuchar las propuestas francesas (Cano de Gardoqui Sinobas, 1975: 565-595).

⁶⁷ Las dobles nupcias entre las hijas de Carlo Emanuele y los herederos de Mantua y Módena, podían desembocar, como advertía el duque del Infantado en junio de 1604, en una unión dinástica que amenazara el equilibrio en el norte de Italia (Cano de Gardoqui Sinobas, 1975: 594). Por otra parte, ni siquiera el matrimonio imperial era visto con buenos ojos desde Madrid, pues parece Felipe III ya se había planteado la boda de Margarita con el príncipe de Gales, como colofón a sus paces con Inglaterra (Merlin, 2011: 1240).

había evitado entonces las “novedades” movidas por el duque, ¿qué le obligaría a permanecer ligado a España una vez se marcharan Vittorio y Filiberto? Retener a los príncipes continuaba siendo la mejor opción para mantener sujeto a Carlo Emanuele.

Las presiones en ese sentido no se hicieron esperar. En un primer momento, la estrategia española se centró en agasajar al duque de Saboya, recordándole lo mucho que sus hijos podían obtener aún de Felipe III si permanecían a su lado. Por supuesto, había mucho que la monarquía podía ofrecer a Carlo Emanuele, fuera renovando las esperanzas de sus hijos al gobierno de Portugal o el Generalato del Mar⁶⁸, dotando generosamente la boda de las princesas, u obteniendo de Roma un capelo cardenalicio.

Las renovadas ofertas de la Corte española no tardaron en surtir su efecto, especialmente en Filiberto, alimentando su ambición al Generalato del Mar. La inclinación del príncipe no era un secreto para nadie, tal y como insinuaba el propio duque de Lerma durante una conversación con su preceptor. Del *priorasso*, así lo llamaba cariñosamente, el valido destacaba sus inclinaciones marciales señalando su preferencia por la vida de campo, así como la compañía de soldados y gente de armas antes que la de cortesanos u hombres de letras (Claretta, 1872: 47).

Además, para Filiberto permanecer en España no parecía suponer problema alguno, sino todo lo contrario. A diferencia de sus hermanos, y quizá por su título de Gran Prior, fue el que mejor trató de adaptarse en la Corte de su tío, lo que parece no tardó en granjearle un afecto especial, sobre todo entre el monarca y su valido (Del Río Barredo, 2006: 423)⁶⁹.

Sin embargo, aunque la vía media de reclamar sólo el regreso de Vittorio parecía ganar consenso en la corte de Turín, a finales de 1605 Carlo Emanuele cambió de parecer, tanto respecto a la estancia de Filiberto, como a la orientación de su futura carrera hispana. Ante la falta de progresos en la negociación para la vuelta de sus hijos,

⁶⁸ El gobierno de Portugal se pensaba sería concedido a Vittorio, rumores que le granjearon la ya citada rivalidad de la facción imperial (Del Río Barredo, 2006: 427). En cuanto al Generalato del Mar, parecía algo más claro que iba destinado a Filiberto, informaciones de las que se hacía eco el agente piamontés Filiberto Sandri, poco después de la llegada a España de los príncipes, en el verano de 1603 (Claretta, 1872: 22-23).

⁶⁹ Por ejemplo, en enero de 1605, durante la viruela que padeció Filiberto, Felipe III envió al propio duque de Lerma, incluso hasta tres veces en un mismo día, para conocer mejor la evolución de su sobrino. Cuando poco después enfermó el mayor, Filippo, aunque el rey demostró gran preocupación por su estado de salud, el encargado de visitarle fue un gentilhomme de su cámara (Claretta, 1872: 24, 40, 41-42).

el duque de Saboya decidió enviar a su primer secretario, el barón de Castellargento Pietro Leonardo Roncas, a ocuparse personalmente del asunto.

Roncas, que llegó a Valladolid a principios de 1606, tenía además otra compleja misión: animar a Filiberto a convertirse en cardenal. En último término, aquello suponía convencer al príncipe de abandonar España, y lo más importante, de renunciar al ambicionado Generalato del Mar. La cuestión no era sencilla, pues Filiberto mostraba otras inclinaciones, tal y como explicaba a su padre el marqués de Este:

quel principe avesse da assistere alla persona di S.M. e fosse il suo bravo et il soldato da spingere da tutte le parti che convenga tanto per mare che per terra, il che è giustamente la volontà del gran priore il quale riuscirà più per le armi che per la corte di Roma, como V.A. lo conoscerà quando lo avrà (Claretta, 1872, p. 59).

Aún así, y al margen de las preferencias de Filiberto, a principios de 1606 el duque de Saboya había resuelto traer de vuelta a sus dos hijos. Sin embargo, pese a la intervención de Roncas, la Corte española seguía ofreciendo negativas, mientras el duque insistía por todos los cauces, reiterando sus promesas de hacer regresar a ambos príncipes una vez jurado el heredero⁷⁰.

Aún así, a finales de abril de 1606 Felipe III dio su consentimiento al regreso de sus sobrinos. Por supuesto, no fue sencillo, y la licencia sólo llegó tras unas tensas negociaciones que no enmascaraban las sospechas, ampliamente difundidas en la Corte española, de que el reclamo de los príncipes estuviera directamente relacionado con nuevos contactos entre Carlo Emanuele y Enrique IV (Claretta, 1872: 59-60, 67). En mayo de 1606, el propio embajador español en Saboya alimentaba tales sospechas, informando del tránsito de correos entre Turín y París, como los rumores de nuevos proyectos para la recuperación de los territorios perdidos por Saboya en la paz de Lyon (1601), y el matrimonio del príncipe Vittorio en Mantua o Florencia.⁷¹

En cualquier caso, ambos hermanos regresarían a Saboya, noticia que fue recibida con agrado por Filiberto. Por supuesto, la alegría del príncipe no tardó en recibir la reprimenda de Lerma que, aprovechó para recordarle lo mucho que a su padre

⁷⁰ El conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Carta a Felipe III*. Turín, 9 de abril de 1606. AGS, Estado, Leg. 1296, fol. 232.

⁷¹ El conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Cartas a Felipe III*. Turín, 22 y 30 de mayo de 1606. AGS, Estado, Leg. 1296, fol. 249, 252.

convenía la amistad con la monarquía española, y que su marcha no era precisamente del gusto del rey (Claretta, 1872: 65; Del Río Barredo, 2006: 432). Los sentimientos encontrados de Filiberto reflejaban, en realidad, lo indefinido de su situación. Aunque parece que Carlo Emanuele había decidido finalmente llamar de vuelta a sus dos hijos, aún no estaba claro si Filiberto regresaría pronto al servicio de Felipe III, o qué se había decidido respecto a su cardenalato.

Sin ir más lejos, el 9 de mayo de 1606, el embajador español en Saboya informaba de que Carlo Emanuele había dado a Roncas nuevas instrucciones para que Filiberto se quedara en España. Entre los motivos que se aducían, “*el temer que llegados aquí esos dos Príncipes, y siendo no muy conformes en amistad y condiciones, podrían nazer mayores diferencias*”⁷². En realidad, hablar de enemistad entre los dos hermanos resulta difícil, aunque lo cierto es que venían surgiendo algunos roces, alimentados por los distintos rumores que corrían sobre su futuro, como sobre las dádivas que a uno y otro se insinuaban y prometían. A aliviar la tensión y agravios comparativos entre los hermanos tampoco contribuía el reciente humor de Filiberto, según el propio Botero, cada vez más “melancólico” e “irritable”, visiblemente afectado por el retraso y aparente estancamiento en que se que se encontraba el asunto de su generalato (Claretta, 1872: 55).

Aún así, Filiberto regresó finalmente junto a su hermano a Saboya, terminando con la incertidumbre y la indecisión respecto a su estancia en España. Sin embargo, las opciones del príncipe parecían aún abiertas. Una vez lograda la licencia de Felipe III, Carlo Emanuele se esforzó en mostrar su cara más amable y adepta, tratando de despejar las sospechas de deslealtad o dobles intenciones que el reclamo de sus hijos suscitaba⁷³. De hecho, aún parecía posible que Filiberto regresara en pocos meses, tal y como venía insinuando el duque, acompañado incluso de alguno de sus hermanos⁷⁴.

Entre tanto, ambos hermanos continuaron manteniendo una actitud de gratitud y servicio hacia su tío, incluso tras su regreso a Saboya, que finalmente se produjo el 8 de

⁷² El conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Carta a a Felipe III*. Turín, 9 de mayo de 1606. AGS, Estado, Leg. 1296, fol. 242.

⁷³ De hecho, Carlo Emanuele no dudó en trasladar a la Corte española su malestar acerca de los rumores que le achacaban pactos secretos con los franceses, reafirmando su inclinación “hereditaria y natural” al servicio de la Monarquía Católica (Del Río Barredo, 2006: 432).

⁷⁴ Tales rumores circulaban incluso en el mismo momento de su marcha, y así los recogía Luis Cabrera de Córdoba (1857: 84).

agosto de 1606, cuando embarcaron en Barcelona (Gascón de Torquemada, 1991: 25)⁷⁵. A partir de entonces, tanto Vittorio como Filiberto mantuvieron una fluida correspondencia con Felipe III, a través de la que le recordaban no sólo el afecto, sino la lealtad que le profesaban⁷⁶. Precisamente, aquel constituía el principal rédito que el duque de Saboya había logrado al enviarlos a España: congraciar a sus hijos con uno de los monarcas más poderosos de la Cristiandad.

Curiosamente, desde la Corte española contemplaban haber obtenido el beneficio contrario, en tanto su estancia en España había alimentado la lealtad de los príncipes hacia Felipe III. Años después, en diciembre de 1608, el propio don Juan de Idiáquez, destacado miembro del Consejo de Estado, aún reconocía el éxito que la visita había tenido a la hora de atraer a Vittorio, pero muy especialmente a Filiberto, al servicio de la monarquía⁷⁷.

Por su parte, el visible y privilegiado estatus ceremonial de los príncipes contribuyó a definir y consolidar su posición en la Corte española, al margen de las tensiones y conflictos que desencadenó. Además, los príncipes habían trabado relación con importantes personajes del entorno cortesano, de modo que no resultaban ya unos desconocidos. En resumen, Vittorio y Filiberto habían aprendido a desenvolverse en la Corte española, no lo olvidemos, uno de los principales objetivos de su viaje.

Para Filiberto, esto constituiría una ventaja significativa, pues a su regreso a España, sus relaciones con la Corte ya nunca partirían de cero, algo fundamental para su futura carrera. Así, tras su vuelta a Madrid en 1610, los oficios de su nueva Casa se repartieron entre algunos de sus antiguos servidores españoles, con los había desarrollado inevitables vínculos personales⁷⁸.

⁷⁵ Aunque fueron agasajados con joyas, caballos y dinero por Felipe III, María José del Río (2006: 432-433) señala que los regalos del monarca no destacaron precisamente. Muy probablemente, era la manera del rey de mostrar su desaprobación a la marcha de sus sobrinos.

⁷⁶ Las cartas de los príncipes a Felipe III en los años siguientes a su regreso a Saboya (1606-1609), de las que trataremos más adelante, se pueden encontrar en AGS, Estado, Leg. 1296, 1297, 1298, 1938.

⁷⁷ Don Juan de Idiáquez. *Sobre unas cartas recibidas del embajador español en Saboya, el conde de Oñate*. Madrid, 16 de diciembre de 1608. AGS, Estado, Leg. 1938, fol. 109.

⁷⁸ Algunos, como don Diego de las Mariñas o Gerónimo Funes y Muñoz, que habían ocupado relevantes oficios en la casa de los príncipes solicitarán puestos más adelante, como en el caso de Mariñas, que sería nombrado su caballerizo mayor (De Bunes Ibarra, 2009: 1533).

3.3.LA IMAGEN DE FILIBERTO EN LA CORTE ESPAÑOLA EN PARALELO AL DETERIORO DE LAS RELACIONES CON SABOYA (1606-1609)

A lo largo de este trabajo hemos ido apuntando algunas de las razones que llevaron a Carlo Emanuele a reconsiderar sus relaciones con la Monarquía Hispánica entre 1605 y 1606. A la falta de resultados inmediatos del viaje a España de los príncipes se sumaba al exiguo apoyo, cuando no oposición directa de Felipe III a la política internacional del duque. En definitiva, llegado 1606 parecía que Carlo Emanuele tenía motivos sobrados para dudar de los beneficios que le reportaba su alianza con la Monarquía Hispánica.

El mejor ejemplo de su desazón fue el memorial que compuso entre 1605 y 1606 para el príncipe Vittorio, con el que pretendía instruir a su nuevo heredero. A lo largo de sus páginas, Carlo Emanuele alertaba amargamente a su hijo de los sinsabores de servir a los españoles. No obstante, y mientras el monarca francés no constituyera un aliado más fiable y beneficioso, Carlo Emanuele recomendaba a su hijo:

procurare di non dar nissuna causa d'ombrezza con i Spagnoli nazione sospettosissima, ma trattenersi con loro con confidenza, como io ho procurato sin adesso di fare [...] e conviene al Prencipe, per le cose che possono avvenire, procurar d'esser amato da quella nazione (Rosso, 2008, p. 1095).

La estrategia a seguir por Carlo Emanuele parecía clara: que al menos los príncipes Vittorio y Filiberto mantuvieran el *amor* y la confianza de Felipe III y su corte, a fin de minimizar los riesgos de la nueva orientación política de su padre. De este modo, el conflicto entre la nueva estrategia de Saboya y la carrera hispana de Filiberto parecía resolverse con la propia aquiescencia del duque. Por mucho que Carlo Emanuele se distanciara de Felipe III, gracias a sus hijos siempre podría mantener un pie en la corte española. Especialmente si Filiberto lograba finalmente entrar al servicio del monarca hispano.

Por su parte, tanto Vittorio como Filiberto cumplieron con las expectativas de su padre. Los príncipes mantuvieron la confianza tanto de los agentes y ministros españoles en la zona, como la del propio monarca, contemplados como los únicos

contrapesos a las *inquietudes* de Carlo Emanuele. Ello fue posible gracias a un fluido contacto epistolar con Felipe III, o el propio duque de Lerma. Correspondencia, en ocasiones, reforzada con gestos o declaraciones que, convenientemente trasladadas por los embajadores, subrayaban el particular afecto que al monarca hispano profesaban sus sobrinos. El problema fundamental es calibrar, sin testimonios alternativos, la sinceridad de estas manifestaciones, poco sospechosas de ser espontáneas o naturales.

Por ejemplo, a su regreso a Saboya, a mediados de 1606, el embajador español, el Conde de Oñate, relataba a Felipe III el contento del duque al ver de nuevo a sus hijos, como del príncipe Vittorio por haber vuelto. Alegría que, sin embargo, parecía no compartir Filiberto, que “*disimula quanto puede lo que lo siente*”⁷⁹. La desazón del príncipe al llegar a su tierra contrasta entonces vivamente con aquel entusiasmo que había manifestado en España ante la noticia de su regreso.

¿Qué había motivado aquel cambio de actitud? ¿Tan hondo había en Filiberto la reprimenda de Lerma? Una vez en Saboya, ¿le preocupaba acaso la perspectiva de convertirse pronto en cardenal, tal y como deseaba su padre? En cualquier caso, parecía pronto para que Carlo Emanuele hubiera podido instruir a su hijo en aquella pose. Fuera como fuere, lo realmente cierto es que el embajador español parecía dispuesto a creerlo.

Por su parte, en la Corte española tampoco aparentaban dudar de la lealtad de los dos hermanos. Ya comentamos lo satisfecho que a finales de 1608 se mostraba don Juan de Idiáquez acerca del “*amor y respeto al servicio de V.M.*” que durante su estancia en la Corte española se había “*imprimido*” en los jóvenes príncipes, especialmente en Filiberto⁸⁰. En cuanto al nuevo heredero, Vittorio, regresó a Saboya dejando en Madrid una labrada tranquilidad como sucesor de Carlo Emanuele, juzgado de “*ánimo más*

⁷⁹ El conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Carta a Felipe III*. Racomis, 23 de agosto de 1606. AGS, Estado, Leg. 1296, fol. 273.

⁸⁰ Así lo escribía Idiáquez a Felipe III, a colación de la visita que por entonces se proyectaba del príncipe Mauricio de Saboya a la Corte española, y en la que se rumoreaba le acompañaría Filiberto. Los paralelismos con el viaje de 1603 eran evidentes, como señalaba el propio don Juan:

Y no es esta la primera vez en que se ha dado acá en que convendría tener aquí estos príncipes, que Filiberto es muy conforme al gusto de V.M. y más seguro, y que la venida acá del cardenal, su hermano, antes que vaya a Roma y se haga al estilo de aquella corte y a las materias de estado de por allá, sería asegurarle y imprimir en él amor y respeto al servicio de V.M., quitándole con el tiempo los sujetos que se biere le pueden inquietar, como se hizo con sus hermanos, aunque no tan de golpe (Don Juan de Idiáquez. *Sobre unas cartas recibidas del embajador español en Saboya, el conde de Oñate*. Madrid, 16 de diciembre de 1608. AGS, Estado, Leg. 1938, fol. 109).

quieto” que su padre⁸¹. En buena medida, esta confianza en los príncipes la cimentaban las cartas que éstos escribían a su tío, en las que le recordaban el afecto y la inclinación que mostraban a su servicio. Durante casi un año, entre su regreso a Saboya en el verano de 1606 y mayo de 1607, el contacto epistolar fue prácticamente constante.

A principios de agosto, antes de partir de España, desde Barcelona Filiberto ya había comenzado a dirigir cartas a Felipe III y al duque de Lerma, suplicando no le olvidaran, y renovando sus deseos de entrar pronto al servicio de la monarquía. El 4 de agosto el príncipe escribía al valido que pese a su deseo de reencontrarse con su padre, “*considerando quan lexos estoy della presencia de S.M. y sombra de V.E. me aflige en manera que el sentimiento desto no me dexa goçar del primero conplidamente*”⁸². A partir de entonces la correspondencia entre Felipe III y sus sobrinos, al menos hasta mayo de 1607, fue bastante fluida y constante, teniendo en cuenta la distancia. Además de las cartas de los príncipes, las minutas redactadas con las respuestas del monarca permiten reconstruir el diálogo en parte⁸³.

La correspondencia de los príncipes presenta profundas similitudes si las comparamos con lo que escribían a su tío en 1603⁸⁴. En primer lugar, las cartas de los hermanos siempre eran escritas y enviadas juntas, resultando difícil encontrar en estos años, como también antes de 1603, una carta de Filiberto al monarca que no vaya acompañada de otra de su hermano Vittorio. Quizás por ello mismo la correspondencia presenta siempre una estructura muy similar tanto en la forma como en los contenidos. El tema fundamental, como en tantos otros epistolarios nobiliarios de la época, era la preocupación por la salud. Felipe III reclamaba noticias sobre el estado de salud de sus sobrinos, y éstos a su vez por la del monarca, la reina y sus primos, el príncipe y las

⁸¹ Ante la posible marcha de Carlo Emanuele a Hungría, la eventual regencia de Vittorio al frente de los estados de Saboya, como heredero y príncipe del Piamonte, era vista en la corte española como una garantía de estabilidad frente a la política de su padre. Viaje a Hungría que se encuadraba en las negociaciones matrimoniales entre la princesa Margarita de Saboya y el emperador Rodolfo II, que prometía nombrar a Carlo Emanuele general de las tropas imperiales, lo que le obligaría a dejar sus estados (El conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Carta a Felipe III*. Turín, 20 de junio de 1606, respondida a 10 de agosto. AGS, Estado, Leg. 1296, fol. 263).

⁸² El príncipe Filiberto. *Carta al duque de Lerma*. Barcelona, 4 de agosto de 1606. Archivo Casa Ducal de Medinaceli. Casa Denia-Lerma, Anexos, Leg. 258, nº 67. El mismo legajo contiene otras cartas al duque y a Felipe III, sin embargo los problemas derivados de la cesión de competencias al AHNOB, donde actualmente se encuentran los fondos, me ha impedido poder consultarlos más detenidamente.

⁸³ Dicha documentación se encuentra en el AGS, Estado, repartida entre los legajos 1296 y 1938.

⁸⁴ La correspondencia de los príncipes Filippo, Vittorio y Filiberto, así como de su padre, con el monarca anterior a 1603 se encuentran también en el AGS, Estado, Leg. 1289, 1291, 1292.

infantas. Por supuesto, esta preocupación, además de transmitir afecto, escondía otros objetivos. El monarca recordaba a su sobrino Filiberto lo encantado que estaría de saber no sólo de su salud y la de sus hermanos, sino de cualquier otra nueva de por allá que quisiera contarle⁸⁵. Por su parte, los príncipes aprovechaban para solicitar mercedes al monarca, apelando al amor y deseo de entrar cuanto antes a su servicio.

En ese sentido, no es de extrañar que Felipe III reclamara nuevas a su sobrino, pues en realidad los príncipes compartían muy poca información en sus cartas. A parte de vagas referencias a su salud, o deseársela buena al monarca, los príncipes no ofrecen nunca detalle alguno de su vida en Saboya, ni se conversa verdaderamente sobre nada. Una correspondencia un tanto vacía, cuyo propósito fundamental no es otro que mantener el contacto. En efecto, la salud, sucesos como el parto de la reina a finales de 1606, o simplemente corresponder a la última misiva, son el pretexto para mantener abierto el diálogo.

Un diálogo algo peculiar, en tanto lo importante no es el contenido, o la información que se comparte, sino el intercambio epistolar en sí. Es decir, el recibir cartas del Rey Católico constituía en sí mismo suficiente *gracia y merced* para los príncipes, como éstos se esforzaban en agradecer. Por otra parte, el responder a las misivas del monarca hispano no sólo reforzaba el *honor y merced* recibidos, sino que ratificaba la voluntad de los príncipes de continuar partícipes de esa *gracia regia* permaneciendo a su servicio. Así, es el poco protagonismo o irrelevancia del contenido lo que determina el aspecto artificial y constreñido de una correspondencia, especialmente en el caso de los príncipes, marcada por profusas y reiterativas fórmulas de afecto y cortesía. Ello explica también los paralelismos entre las cartas de los dos hermanos, que parecen elaboradas siguiendo el mismo esquema, y que, en ocasiones, intercambian expresiones⁸⁶.

Además, el contacto epistolar representaba el mejor termómetro de la relación entre el ducado de Saboya y la Monarquía Hispánica. Que Felipe III continuara escribiendo a sus sobrinos representándoles su afecto y voluntad de favorecerlos de

⁸⁵ “Hogaré mucho de que me aviséys a menudo de vuestra salud, y de la de vuestros hermanos, y de lo que por acá [entiéndase allá] se offreçiere de vuestro gusto” (Felipe III. *Minuta de una carta al príncipe Filiberto*. Madrid, 8 de marzo de 1607. AGS, Leg. 1938, fol. 38).

⁸⁶ Aunque se procura que esto no resulte evidente en aquellas cartas de la misma fecha, si se comparan en conjunto es posible constatar este intercambio casi literal de expresiones entre los dos hermanos.

nuevo, por vagamente que se insinuara, significaba que la monarquía aún estaba dispuesta a evitar el alejamiento de Saboya:

Ame dado mucho contentamiento entender por una carta de los 3 del pasado que quedávades con salud, por lo mucho que os la deseo de emplearla en lo que fuere de vuestro gusto y satisfacción, correspondiendo el amor y voluntad que nos tenéys, de que nos hallamos tan agradecidos como lo vereys por las obras en qualquier ocasión que se ofrezca. (Felipe III. *Minuta de una carta al príncipe Filiberto*. Madrid, 8 de mayo de 1607. AGS, Estado, Leg. 1938, fol. 50).

Por su parte, que Vittorio y Filiberto correspondieran a su tío, manifestándole su amor y deseo de servirle, les colocaba en una posición perfecta para continuar reclamando dádivas del rey, o exculpar las acciones de su padre llegado el momento.

En efecto, el epistolario refleja perfectamente la situación de las relaciones entre Saboya y la Monarquía Hispánica. Las ofertas de Felipe III a sus sobrinos continuaban siendo más bien promesas difusas, y conforme transcurría el tiempo cada vez era más evidente que el regreso de los príncipes no iba a producirse tan pronto como ellos decían desear. Quizá por eso mismo, las cartas de Filiberto, aún con sus similitudes con las de su hermano Vittorio, reclamaban aún con más ahínco a su tío que no tardara en llamarlo a su servicio.

En efecto, las relaciones entre Carlo Emanuele y Felipe III comenzaban a tensarse. Una de las primeras causas del desencuentro fue la ambiciosa y activa política matrimonial del duque. Las negociaciones para la boda del emperador con una de las hijas del duque finalmente no prosperaron, pero sí las conversaciones con los duques de Mantua y Módena. El 19 de febrero de 1608 la princesa Margarita de Saboya se casaba con Francisco Gonzaga, el heredero del duque de Mantua. Poco después, el 16 de marzo, su hermana, Isabel, celebraba su boda con el príncipe de Módena. La monarquía española había tratado por todos los medios de impedir estos enlaces, y aunque finalmente Felipe III dio su consentimiento a ambos matrimonios, para nada fueron de su agrado (Bombín Pérez, 1978: 155-156).

Sin embargo, la principal amenaza a las buenas relaciones entre el ducado de Saboya y la Monarquía Católica lo constituían los matrimonios que Carlo Emanuele proyectaba para sus hijos en Francia. Las sospechas acerca de los contactos del duque con Enrique IV no eran nada nuevo en la corte española, pues su propio embajador, el

conde de Oñate, llevaba avisándolos desde 1607⁸⁷. A finales de ese mismo año, la detención del primer secretario de Estado, Pietro Leonardo Roncas, y la ejecución del gobernador de Saboya, Carlo Simiane d'Albigny parecían confirmar los temores acerca de la nueva orientación política de Carlo Emanuele⁸⁸. Ambos ministros eran conocidos *filoespañoles*, pensionados por la propia monarquía, y, por supuesto, lejos del agrado de Enrique IV, que reclamaba su cabeza (Rosso, 2008: 1096). Además, por esas mismas fechas, y tan pronto como se hizo público el cardenalato concedido al príncipe Mauricio, llegaban los rumores de los contactos que había iniciado con Enrique IV para ofrecerse a su servicio⁸⁹.

En efecto, Carlo Emanuele preparaba una nueva aproximación a Francia con un ambicioso objetivo en mente: el matrimonio de Vittorio con la hija de Enrique IV. No era el único proyecto del duque, que barajaba también casar a su hija Catalina con el conde de Nemours, o incluso a Filiberto con la duquesa de Mercoeur⁹⁰. No obstante, la principal amenaza la constituía el matrimonio de Vittorio, que podía arrastrar definitivamente a Saboya bajo la órbita francesa, así como cerrar la puerta a una eventual entente franco-española apoyada en el matrimonio de sus príncipes (Bombín Pérez, 1978: 157-158).

A finales de 1607, y tras varios meses de rumores continuados, llegaban a Madrid los primeros detalles y términos de las negociaciones del duque de Saboya con Enrique IV⁹¹. Aunque no se hablaba aún del matrimonio de Vittorio, se sospechaba la posibilidad de un ataque conjunto de las tropas del mariscal Lesdiguères y Carlo

⁸⁷ Aún así, aconsejaba restar importancia a tales informaciones:

Las pláticas con Francia duran, si bien creo firmemente que si ay algo, parará en nada. El Duque continúa en mostrarse poco satisfecho de V.M., pensando con dar zelos conseguir mejor lo que V.M pretende, y corren borrasca todos los que sienten bien de su mismo servicio porque adhieren al de V.M. (El conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Carta a Felipe III*. Turín, 9 de septiembre de 1607. AGS, Estado, Leg. 1296, fol. 362[381]).

⁸⁸ En sus cartas del 13 y 17 de diciembre de 1607 el conde de Oñate traslada a Madrid su preocupación por la detención de estos dos ministros, haciéndose eco de nuevos rumores sobre tratos con Francia, y la opinión generalizada de “*que Roncas esté presso y aya decaído por demasiado adherente al servicio de V.M.*”. El conde de Oñate, embajador español en Saboy. *Cartas a Felipe III*. Turín, 13 y 17 de diciembre de 1607. AGS, Estado, Leg. 1296, fol. 381, 383.

⁸⁹ El conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Carta a Felipe III*. Turín, 17 de diciembre de 1607. AGS, Estado, Leg. 1296, fol. 383.

⁹⁰ Sobre los rumores el frustrado proyecto de casar a Filiberto en Francia, el Conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Carta a Felipe III*. Turín, 11 de diciembre de 1608. AGS, Estado, Leg. 1297, fol. 138.

⁹¹ Don Juan de Idiáquez. *Sobre unas cartas recibidas del embajador español en Saboya, el conde de Oñate*. Madrid, 16 de diciembre de 1608. AGS, Estado, Leg. 1938, fol. 109.

Emanuele sobre Milán. A cambio, el duque obtendría la restitución de los territorios perdidos en la paz de Lyon, y la colaboración francesa para tomar Ginebra⁹². Entre tanto, Oñate trasladaba a la corte española las intenciones del duque de volver a enviar de nuevo a Filiberto a España, acompañado de su hermano, el cardenal Mauricio, subrayando además el deseo y la alegría de los príncipes ante la perspectiva del viaje.

Que Carlo Emanuele estuviera valorando realmente enviar de nuevo a dos de sus hijos a España es difícil de saber. No obstante, lo cierto es que suponía una oportunidad perfecta para despejar las dudas sobre su lealtad y apartar la atención de sus conversaciones con Enrique IV. Por otra parte, el duque de Saboya no estaba dispuesto a romper aún con la Monarquía Hispánica, al menos no si haber asegurado aún lo suficiente su posición con Francia. Con ese objetivo, a finales de 1608 decidió enviar a Filiberto Gherardo Scaglia, conde de Verrua, a “*dar quenta a V.M. del tratado de Françia, para concluirle o despedirle conforme a lo que V.M. ordenare*”⁹³.

La aparente transparencia de Carlo Emanuele tenía una clara intención, sopesar cuidadosamente hasta qué punto Enrique IV podía ofrecerle más que su cuñado. Para ello, el conde de Verrua viajó a Madrid, con un ambicioso programa de propuestas y reivindicaciones con el que el duque de Saboya ofrecía a la monarquía española la oportunidad de recuperar su lealtad, por supuesto, superando las ofertas francesas.

Las aspiraciones del duque pivotaban en torno al matrimonio de la infanta Ana con el príncipe Vittorio. Para dotar de mayor fuerza a la propuesta, Carlo Emanuele ofrecía conjuntamente el matrimonio de Catalina, su hija menor, con un nieto del duque de Lerma. Como dote, el duque reclamaba el reino de Cerdeña, con el que obtendría finalmente el ambicionado ascenso de su Casa a la dignidad regia, a cambio de la cual estaba dispuesto incluso a rendir vasallaje a Felipe III⁹⁴.

⁹² Precisamente, dadas las generosas concesiones francesas, el conde de Oñate parecía poco dispuesto a creer que las negociaciones fueran a prosperar, dudando de la voluntad de Enrique IV para desprenderse de territorios por los que había pagado un alto precio (recordemos la cesión de Saluzzo a Saboya), o levantar su protección a la ciudad de Ginebra.

⁹³ Don Juan de Idiáquez. *Sobre unas cartas recibidas del embajador español en Saboya, el conde de Oñate*. Madrid, 16 de diciembre de 1608. AGS, Estado, Leg. 1938, fol. 109.

Lo riceveramo anco in feudo da Sua Maestà et ne pagheremo tributo bisognando. Ci contentiamo, anzi desideriamo, che Sua Maestà vi mantenga il suo presidio, nella maniera che fa in Fiandra con l'archiduca, onde dall'amministrazione della giustizia et deputazione d'officiali in poi non ne haveremo altro (Rosso, 2008, p. 1097).

Además, junto a pequeñas concesiones territoriales en el norte de Italia, el duque proponía todo un completo proyecto para integrar a sus hijos en el “sistema de favores” de la Monarquía Católica. Para el menor, Tomasso, se solicitaban rentas por valor de 60.000 o 70.000 escudos en feudos o encomiendas, mientras Mauricio, podía ser encaminado al cargo de cardenal protector. En cuanto a Filiberto, se ofrecía no sólo el Generalato del Mar, sino emplearlo al frente de una gran expedición contra las posiciones otomanas en los Balcanes (Rosso, 2008: 1097).

Aunque en abril de 1609 la embajada del conde de Verrua parecía no haber logrado de Felipe III los resultados esperados, ninguna de las partes daba por perdidas las negociaciones. Mientras continuaban llegando rumores sobre los proyectos de Enrique IV y Carlo Emanuele, la Corte española agasajaba a su hijo Mauricio con la oferta del arzobispado de Sevilla, al tiempo que el duque renovaba sus intenciones de enviar a Filiberto, en esta ocasión, acompañado de su hermana Margarita⁹⁵.

Entre tanto, Filiberto escribía al monarca para agradecerle las esperanzas que le daba de lograr pronto el Generalato del Mar, y representarle su deseo “*de partida para essa corte de que me parece no veo la hora de verme a los Reales Pies de V.M.*”⁹⁶ Para octubre la marcha de los príncipes ya parecía decidida⁹⁷, sin embargo, a mediados de noviembre ni Filiberto ni su hermana habían partido aún. Desde Saboya se aducía la inclemencia del tiempo, y lo inseguro del viaje.

Como había sucedido con las dilaciones del primer viaje de los príncipes, tanto Carlo Emanuele como sus hijos se apresuraron a escribir a Felipe III para excusar el

Se tomaba como modelo la dote que había recibido su cuñada, la infanta Isabel Clara Eugenia, cuestión que siempre había sido motivo de crispación para Carlo Emanuele, que sentía haber recibido un trato desigual respecto al archiduque Alberto.

⁹⁵ Don Juan de Idiáquez. *Sobre unos memoriales entregados al rey por el doctor Nicolás Benigni*. Lerma, 9 de Julio de 1609. AGS, Estado, Leg. 1298, fol. 165. También se hacía eco de la noticia Luis Cabrera de Córdoba (1857, p. 382), que el 29 de agosto escribía:

Tiéndose por cosa cierta que verná el prior de San Juan, hijo del duque de Saboya, á ser general del mar Mediterráneo, y trae consigo á su hermana Margarita, porque S. M. la ha enviado á pedir á sus padres, para tenerla acá, y quieren decir que para casarla al adelante con el conde de Ampudia, hijo de los duques de Cea.

⁹⁶ El príncipe Filiberto. *Carta a Felipe III*. Turín, 6 de octubre de 1609. AGS, Estado, Leg. 1298, fol. 175.

⁹⁷ El conde de Oñate, embajador español en Saboya. *Cartas a Felipe III*. Turín, 26 de septiembre y 5 de octubre de 1609. AGS, Estado, Leg. 1298, fol. 135, 137. El embajador trasladaba también el deseo de ambos hermanos en emprender cuanto antes el viaje, temiéndose que de demorarse más hubiera que esperar hasta la primavera por la tranquilidad del mar.

retraso. De nuevo, Filiberto hacía hincapié en cuanto deseaba partir, lo que lamentaba el retraso, y su profundo agradecimiento por que el monarca hubiera resuelto llamarle finalmente a su servicio⁹⁸. Sin embargo, en la Corte española crecía la desconfianza hacia el duque de Saboya, siendo ya notorias y tenidas por ciertas sus maniobras con Enrique IV. Así se lo transmitía desde Madrid el marqués de Este, a finales de noviembre, aconsejándole que no demorara más el viaje de Filiberto y su hermana, único medio que contemplaba ya para tranquilizar a Felipe III y sus ministros⁹⁹.

En efecto, en Madrid se sabía ya del matrimonio francés que se estaba negociando para Vittorio, y no estaban dispuestos a permitir que el duque de Saboya sancionara por este medio su alianza con Francia. Así, en diciembre de 1609, el Consejo de Estado comenzó a redactar las instrucciones para una compleja misión en Saboya destinada a recabar más información sobre el estado y los términos del acuerdo matrimonial, aún un tanto desconcertantes, y en última instancia, hacer lo posible por entorpecerlo o frustrarlo¹⁰⁰.

Los detalles de la misión no están muy claros, pero parece giraba en torno a los príncipes mayores, Vittorio y Filiberto, a los que recurrir para obtener mayor información, o tratar de ponerlos en contra de su padre nada menos que proponiéndoles escapar a Milán¹⁰¹. Para ello se escogió una persona de su confianza, don Fernando de Borja, comendador mayor de la Orden de Montesa, que había formado parte del servicio de la Casa de los príncipes en España, y que gozaba de la amistad de Filiberto¹⁰². Al

⁹⁸ El príncipe Filiberto. *Carta a Felipe III*. Turín, 18 de noviembre de 1609. AGS, Estado, Leg. 1298, fol. 180.

⁹⁹ Traslado de la carta que el marqués de Este envió al duque de Saboya. Madrid, 25 de noviembre de 1609. AGS, Estado, Leg. 1298, fol. 185-186. En realidad, más que aconsejar al duque, el marqués defendía sus propios intereses al servicio de la Monarquía Hispánica. Él mismo fue el que entregó a Lerma las copias de sus cartas para que fueran estudiadas en el Consejo de Estado.

¹⁰⁰ El Consejo de Estado. *Consulta sobre lo que ha de hacer el comendador mayor de Montesa en Turín*. Madrid, 23 de diciembre de 1609. AGS, Estado, Leg. 1298, fol. 194.

¹⁰¹ Así parece confirmarlo la minuta con las instrucciones que le remitieron a don Fernando de Borja en enero de 1610, donde se le aconsejaba encarecidamente fuera prudente, pues que Carlo Emanuele supiera de las instancias para la fuga a Milán de sus hijos sólo podía precipitarlo más hacia Francia (*Minuta de despacho a don Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa*. Madrid, 2 de Enero de 1610. AGS, Estado, Leg. 1900, fol. 1). Tampoco era el primer intento en ese sentido. Entre las cartas que el marqués de Este escribió a Carlo Emanuele, y que entregó a Lerma a principios de diciembre, se encontraba una dirigida al príncipe Vittorio, en la cual se le incitaba nada menos que a escapar a Milán para oponerse al matrimonio. El marqués de Este (*Traslado de la carta que el marqués de Este escribió al príncipe Vittorio*. Madrid, 25 de noviembre de 1609. AGS, Estado, Leg. 1298, fol. 187).

¹⁰² Precisamente, parece que por el afecto que le profesaba Filiberto, Giovanni Botero había recomendado su promoción a caballero mayor (Claretta, 1872: 48). En cuanto al personaje, don Fernando de Borja y

margen de los visos de realidad o éxito del proyecto, lo cierto es que nuevamente reflejaba la confianza que la monarquía tenía en la lealtad los dos hermanos.

A ello contribuían los informes del conde de Oñate, que advertía que don Fernando “*no podrá hablar libremente a los príncipes por el gran recato que su padre anda con ellos y estar siempre rodeados de los de la faction françessa*”. Al tiempo, subrayaba la desconfianza de su padre, que

quando se le dixo por la parte de Françia que el príncipe de Piamonte se correspondía con V.M. se dexó decir que le desheredaría, y cassaría al Príncipe Thomás con la hija del Rey de Françia y le daría los estados (El Consejo de Estado. *Consulta sobre lo que ha de hacer el comendador mayor de Montesa en Turín*. Madrid, 23 de diciembre de 1609. AGS, Estado, Leg. 1298, fol. 194).

Por supuesto, Oñate no era el único que dibujaba la “cautiva” situación de los príncipes. En la navidad de 1609, Sancho de Salinas, enviado por el conde de Fuentes a indagar sobre las negociaciones del duque y la disposición de Vittorio al casamiento en Francia, señalaba “*ser imposible hablarle, porque no los deja [a los príncipes] el padre un punto*”¹⁰³. El 7 de marzo de 1610 el propio Fernando de Borja escribía:

Ellos están en la mayor opresión que puede ser, no ay hombre que se atreva a ablarles; los bien afectos al servicio de V.M., porque no piense el Duque que se los quieren sacar; los françeses, porque no allan mucha acogidaen ellos (Don Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa. *Carta a Felipe III*. 7 de marzo de 1610. AGS, Estado, Leg. 1300, fol. 12-13).

De este modo, los recelos de Carlo Emanuele sobre sus hijos exculpaban a los príncipes de cualquier responsabilidad en las acciones de su padre. Sin embargo, no

Aragón (1583-1665) participó en numerosas misiones diplomáticas en Italia, no sólo en Saboya, sino en Génova, Florencia o Roma. En 1621 será nombrado gentilhombre de cámara de Felipe IV, y virrey de Aragón. Su carrera no culminó ahí, sirviendo como virrey de Valencia (1635) y sumiller de corps del príncipe Baltasar Carlos (1643-1646). Sobre su *amistad* con Filiberto, la cuestión requeriría profundizar un poco más, pero lo cierto es que mantenían una relación, al menos, estrecha, como manifiestan las cartas que recibió del príncipe desde Turín entre 1606 y 1607 (IVDJ, Envío 19, C.28, L.I, 42-43). En realidad, sólo he encontrado dos cartas desde Turín, de octubre de 1606 y septiembre de 1607. La primera es un tanto formal, en tanto que Filiberto le traslada sus condolencias por la muerte de su padre. La segunda, junto con otra carta escrita en 1605 desde Burgos (IVDJ, Envío 19, C.28, L.I, 41), muestran sin embargo una relación más estrecha, con las típicas protestas por la falta de noticias, o el tratamiento explícito de *amigo*, que sin duda debió generar una mayor correspondencia de la allí conservada.

¹⁰³ Don Sancho de Salinas. *Relación de don Sancho de Salinas* [Incluida en la carta del gobernador de Milán, el conde de Fuentes, a Felipe III]. Milán, 3 de enero de 1610. AGS, Estado, Leg. 1299, fol. 1-2.

resulta fácil creer que estuvieran dispuestos a traicionar a su padre, por mucho que sus lealtades o simpatías parecieran bascular hacia Felipe III. En ese sentido, sería interesante comparar las impresiones de los agentes españoles con las informaciones de otros testigos en la Corte de Turín, especialmente, los embajadores franceses, la otra parte interesada del conflicto.

Los propios informes de Borja desprenden ciertas dudas si se examinan con atención. Aunque el comendador de Montesa afirmaba que los príncipes se alegraron de su llegada, tratándole con “*el mismo lenguaje y familiaridad que en España*”, reconocía que evitaban tratar de los negocios de su padre, o comentar las informaciones que transmitía de ellos el embajador español, ni siquiera cuando Borja les preguntó en privado sobre el tema¹⁰⁴. Pese a todo, don Fernando continuaba presentando a Filiberto y su hermano como inocentes y leales a Felipe III.

En resumen, distinguir exactamente las *lealtades* de Filiberto a partir de la documentación española es un asunto complejo, que puede llevar a impresiones distorsionadas. En primer lugar, porque muestra una adhesión total del príncipe y sus hermanos, y unas sospechas y distanciamiento de su padre que parecen difíciles de asumir. Sobre todo si recordamos cómo Carlo Emanuel había instruido a Vittorio en la conveniencia de conservar el afecto del monarca hispano, estrategia que resulta harto improbable operara al margen de Filiberto. Por tanto, resulta difícil saber hasta qué punto la resistencia de sus hijos a los planes con Francia, como la inclinación española que profesaban, era o no una puesta en escena para los ministros del Rey Católico.

Como vengo reiterando, complementar la perspectiva española con testimonios ajenos es la mejor manera de constatar si aquella *representación* iba dirigida a más espectadores, además de Felipe III, como quizá el propio Enrique IV. No resultaría ajeno al peculiar estilo político de Carlo Emanuele complementar su aproximación a la monarquía francesa con ofrecer sus hijos a los españoles, presionando de este modo a Enrique IV a mejorar sus ofertas.

Por otra parte, tampoco hay que olvidar que las piezas de aquella estrategia podían desarrollar sus propios intereses. En el caso de Filiberto es posible que aquella “máscara” se le pegara un poco a la piel, aunque quizá tampoco hasta considerarlo,

¹⁰⁴ Don Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa. *Carta a Felipe III*. 28 de febrero de 1610. AGS, Estado, Leg. 1300, fol. 9.

como sugiere Angelantonio Spagnoletti, una *bala perdida* de la Casa de Saboya¹⁰⁵. En realidad, en su inclinación española Filiberto podía haber participado tanto de la estrategia de su padre, como defendido sus propios intereses.

De hecho, ambas cuestiones no tenían por qué estar reñidas, a no ser que entraran en conflicto, o que el príncipe perdiera de vista los intereses de su Casa¹⁰⁶, cosa que parece nunca llegó a suceder¹⁰⁷. El mayor riesgo era que Filiberto llegara a considerar que los intereses que su padre proyectaba para su Casa entraran en conflicto con los suyos propios. Sin embargo, después de siete años esperando recibir el Generalato del Mar, había sido precisamente la política pro-francesa de su padre la que le había situado más cerca del cargo de lo que probablemente había estado nunca.

En cualquier caso, aunque los príncipes hubieran sido tan declarados partidarios de Felipe III como manifestaban sus ministros, poco podían hacer para oponerse a la política de su padre. A finales de febrero, las negociaciones con Enrique IV estaban ya tan avanzadas que, como señalaba Fernando de Borja, sólo podrían disolverse honrando al príncipe Vittorio con el matrimonio de la infanta Ana¹⁰⁸.

En efecto, el 25 abril de 1610 Carlo Emanuele firmó el tratado de Bruzolo, sellando la colaboración de Saboya en la guerra que Enrique IV proyectaba contra la Monarquía Hispánica, y estrechando sus relaciones dinásticas con la monarquía francesa través del matrimonio de Vittorio con la princesa Isabel de Borbón. Sin embargo, aquella alianza no iba a prosperar largo tiempo. Ambos habían comenzado ya a movilizar sus tropas cuando, el 14 de mayo de 1610, Enrique IV fue asesinado en París. Al día siguiente su esposa, María de Medici fue proclamada regente hasta la

¹⁰⁵ “*Emanuele Filiberto di Savoia [...] fu un'altra scheggia impazzita del sistema dinástico italiano*”. (Spagnoletti, 2011: 986-987).

¹⁰⁶ En su relación de diciembre de 1609, Sancho Salinas contaba cómo, hablando del contento del príncipe Filiberto ante la perspectiva de ser nombrado General del Mar, Carlo Emanuele le respondió: “*assí es que para Filiberto no ay más que dessear, pero hase de anteponer a su bien particular el general de la Cassa*” (Don Sancho de Salinas. *Relación de don Sancho de Salinas* [Incluida en la carta del gobernador de Milán, el conde de Fuentes, a Felipe III]. Milán, 3 de enero de 1610. AGS, Estado, Leg. 1299, fol. 1-2). Sin embargo, el comentario parecía destinado más a obligar a la monarquía española a mejorar sus ofertas, que a criticar el “egoísmo” de Filiberto.

¹⁰⁷ Incluso durante la misión diplomática en Saboya que llevó a cabo diez años después, a finales de 1619, a las órdenes de Felipe III, para resolver con su padre la cuestión de los territorios del Monferrato, Filiberto continuaba velando por los intereses de Carlo Emanuele ante el monarca hispano. La documentación al respecto, con las propuestas del duque de Saboya a Felipe III transmitidas por mano de Filiberto, puede encontrarse en AGS, Estado, Leg. 1297, fol. 310 en adelante.

¹⁰⁸ Don Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa. *Carta a Felipe III*. 28 de febrero de 1610. AGS, Estado, Leg. 1300, fol. 9.

mayoría de edad de su hijo, Luis XIII. La respuesta de la Monarquía Hispánica no se hizo esperar.

Inmediatamente, Felipe III reunió al Consejo de Estado, que resolvió aprovechar la ocasión para iniciar conversaciones cordiales con la reina regente. El propio duque de Lerma se involucró personalmente en el proyecto, que concebía como una excelente oportunidad para frenar la expansión francesa y resolver por cuenta propia los problemas con Saboya. Además, la postura conciliadora de la nueva regente dejaba vislumbrar la posibilidad de una alianza entre las dos principales monarquías, proyecto que podría sancionarse con un doble matrimonio dinástico (Williams, 2010).

3.4.LAS LEALTADES A PRUEBA, LA MISIÓN DE FILIBERTO EN ESPAÑA (1610)

La muerte de Enrique IV había dejado a Carlo Emanuele en una complicada situación, a punto de entrar en guerra con Felipe III, pero sin la seguridad de que la regente francesa fuera a cumplir lo pactado por su difunto esposo. Aún así, el duque no cesó sus preparativos militares, prosiguiendo las levadas y un estrecho contacto con el mariscal Lesdiguières, preparándose para una eventual represalia española¹⁰⁹.

Sin embargo, María de Medici, en aras de la estabilidad francesa, no parecía dispuesta a proseguir los proyectos de Enrique IV, prefiriendo la amistad con el Rey Católico. A finales de 1610, en Madrid recibían con agrado las primeras propuestas para un doble matrimonio, entre Luis XIII y la infanta Ana de Austria, y el príncipe Felipe con Isabel de Borbón, hija de Enrique IV (Williams, 2010: 227). Aquello desechaba los acuerdos de Bruzolo suscritos con Carlo Emanuele, que, entre tanto, buscaba apoyos entre el Pontífice y distintos príncipes italianos con la esperanza de capear la eventual represalia de Felipe III.

En efecto, las noticias sobre sus acuerdos con Enrique IV, y el ejército que ambos levantaban contra Milán no dejó indiferente a Felipe III, ni a ninguno de sus ministros. Los más enérgicos, como el conde de Fuentes, reclamaban una inmediata y contundente acción de castigo contra el duque¹¹⁰, cuya actitud era considerada profundamente ingrata con los favores recibidos de la monarquía¹¹¹.

La enfermedad y muerte de Fuentes en julio de 1610 sin duda permitió un cierto respiro a Carlo Emanuele, que continuaba aumentando sus tropas y tratando de lograr

¹⁰⁹ El conde de Fuentes, gobernador de Milán. *Carta a Felipe III*. Milán, 31 de mayo de 1610. AGS, Estado, Leg. 1299, fol. 44; *Consulta al Consejo de Estado*. Aranza, 20 de julio de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 9.

¹¹⁰ El conde de Fuentes, gobernador de Milán. *Cartas a Felipe III*. Mayo de 1610. AGS, Estado, Leg. 1299, fol. 33-40, 44. El conde de Fuentes pertenecía precisamente a la *línea dura* que había venido representando el duque de Alba en la Corte española. Opuesto a las “pazes de Flandes” y a la política conservadora y “pacifista” que dominaba, y a la que consideraba culpable de la *desreputación* de la monarquía. Una visión política acorde a sus métodos expeditivos e independientes que precisamente, y junto a su experiencia, le habían valido el gobierno de Milán (Fernández Albadalejo, 2007: 192-197).

¹¹¹ *Consulta al Consejo de Estado*. Madrid, 4 de marzo de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 3.

apoyos¹¹². En agosto, el embajador español don Juan Vivas, que había sustituido a Oñate en Saboya, transmitía el “desengaño” del duque ante las negativas de Venecia y María de Medici a secundar sus iniciativas, aunque, al menos, había logrado de la regente francesa su compromiso de protegerle en caso de agresión¹¹³.

Carlo Emanuele pasó a la defensiva, y alegando querer resolver la situación, propuso enviar “*sin más detención a los pies de S.M. al príncipe Filiberto, [...] pues después todo quedaría en mano de S.M., de cuya misericordia – decía don Juan Vivas – están todos ellos muy seguros*”¹¹⁴. Entre tanto, los príncipes aprovechaban para mostrarse ajenos a las maniobras de su padre, y aproximarse al embajador español, que no dudaba en transmitir a Felipe III el amor que le profesaban, y la confianza que le merecían. El propio Filiberto manifestaba su lealtad, asegurando a Vivas que si su padre no le enviaba finalmente a Madrid, él mismo se fugaría para postrarse ante su tío.

Aquello no fue necesario, pues el 7 de septiembre de 1610, el propio Carlo Emanuele le enviaba a Madrid, de nuevo subrayando sus “*grandes desseos de postrarse ante S.M.*”¹¹⁵ Sin embargo, y pese a las buenas palabras que llegaban de Saboya, no tardó en sospecharse que “*embiar al príncipe Pior en umillación pública*”, como se había dado a entender en un principio¹¹⁶, no era exactamente el propósito de Carlo Emanuele. En efecto, el mismo día de la partida del príncipe el duque de Saboya enviaba una nueva embajada a Francia, y publicaba, lejos de la humildad mostrada a Felipe III, haber enviado a su hijo únicamente a instancias del Papa¹¹⁷. Un recurso, el de

¹¹² En buena medida, por la inestabilidad en que se sumió el gobierno interino de Milán, hasta la llegada del nuevo gobernador, Juan Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, en diciembre de 1610. La disputa por la interinidad enfrentaba al conde de Gelves, sobrino del difunto Fuentes, con el Consejo Secreto de Milán, que se oponía entendiéndolo que le correspondía a él tomar el poder (Fernández Albadalejo, 2007, p. 212). De hecho, tradicionalmente se ha señalado que, de haber continuado con vida el conde de Fuentes, es muy probable que las acciones de Carlo Emanuele no hubieran tardado en recibir castigo, aunque fuera a iniciativa propia del expeditivo gobernador, como había sucedido en otras ocasiones (Bombín Pérez, 1975: 19).

¹¹³ Don Juan Vivas, embajador español en Génova. *Relación del embajador español en Génova sobre la situación en Turín*. Milán, 18 de agosto de 1610. AGS, Estado, Leg. 1299, fol. 143.

¹¹⁴ *Ibidem*.

¹¹⁵ Carlo Emanuele, duque de Saboya. *Cartas a don Juan de Idiáquez y al duque de Lerma*. Rivoli, 10 de septiembre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 36, 38.

¹¹⁶ Así lo había transmitido en un primer momento Juan Vivas (*Relación del embajador español en Génova sobre la situación en Turín*. Milán, 18 de agosto de 1610. AGS, Estado, Leg. 1299, fol. 143).

¹¹⁷ Don Juan Vivas, embajador español en Génova. *Carta a Felipe III*. Milán, 17 de septiembre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1299, fol. 162. Las noticias no tardaron en llegar a España, con subsiguiente malestar que provocaron en los ministros de Felipe III (*Consulta al consejo de Estado*. Madrid, 9 de octubre 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 51).

la medicación pontificia, tras el que también se escudarían los ministros españoles a la hora de admitir las excusas del duque, en aras de evitar mayor *desreputación*, no reconociendo públicamente el papel mediador de Filiberto¹¹⁸.

En realidad, sabemos actualmente muy poco acerca del viaje del príncipe, sus órdenes y sus propósitos. Se conocen los detalles de su llegada y recibimiento en Madrid, el 22 de octubre de 1610, como que tras un mes de negociaciones, el 19 de noviembre, fue recibido por el monarca. En su audiencia, Filiberto entregó a Felipe III una carta sin firmar, y le suplicó “que como príncipe y sobrino”, suspendiera el castigo contra su padre. El monarca rompió la carta y declaró, que por respeto a los deseos del Pontífice no daría curso a la invasión que había organizado desde Milán (Rosso, 2008: 1092-1093).

El desenlace es conocido: las tropas españolas no invadieron Saboya, y las relaciones de su duque con la monarquía volvieron a una cierta normalidad, al menos hasta su invasión de Monferrato en 1613. Por su parte, Filiberto permaneció en Madrid, recibiendo al poco tiempo Casa propia y el largamente esperado Generalato del Mar. El verdadero interrogante lo constituyen las conversaciones que tuvieron lugar entre octubre y noviembre de 1610. Según Claudio Rosso (2008), en aras de salvaguardar el honor de Carlo Emanuele, se evitó hablar de perdón, como de dejar testimonio escrito o documento referente al acontecimiento, parecer recogido por otros historiadores que, como Miguel Ángel de Bunes (2009) se han aproximado a la cuestión.

Cierto es que, por sus particulares características, el “perdón” de Felipe III a su cuñado no generó tratado o documento oficial que recogiera las cláusulas y términos del mismo, ni compromisos por ambas partes. Por supuesto, no pudo hablarse de *paz*, pues el conflicto no llegó a estallar en ningún momento. Sin embargo, ello no quiere decir que las negociaciones no fueran complejas, ni que no dejaran rastro.

Al contrario de lo que apuntaba Claudio Rosso, lo cierto es que sí conservamos testimonios de valor, como algunas de las cartas que Filiberto, y los condes de Verrua y de la Motta escribieron al duque de Saboya durante el proceso¹¹⁹, pero sobre todo, las

¹¹⁸ Durante los debates del Consejo de Estado, uno de los puntos de acuerdo respecto al “perdón” y la admisión de las excusas del duque era precisamente “*que se entienda que es por la intercessión y instancia de Su Santidad, que no por la venida de Filiberto*” (*Consultas al Consejo de Estado*. 2 de octubre y 6 de noviembre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 46, 55).

¹¹⁹ Editadas por Gaudenzio Claretta (1872: 287-300).

consultas al Consejo de Estado que generó la visita del príncipe¹²⁰, o los borradores y relaciones parciales del encuentro¹²¹. Un conjunto documental, especialmente el custodiado en Simancas, que requeriría una investigación más profunda y pormenorizada, pero que, aún así, me permite arrojar unas primeras conclusiones.

En primer lugar, la noticia de la partida del príncipe hacia Madrid levantó desde el primer momento una enorme expectación, tanto como para que el monarca se reuniera personalmente con su Consejo de Estado¹²². La cuestión era tan delicada, que en los ocho días entre el 2 y el 9 de octubre, el Consejo debió convocarse al menos en cuatro ocasiones¹²³. Los principales puntos del debate giraban en torno a la acogida y el tratamiento que con que se debía recibir al príncipe.

Curiosamente, las resoluciones más duras fueron las primeras aprobadas por el monarca, cuyo rigor fue poco a poco templando el Consejo¹²⁴. Aún así, la cuestión fue objeto de numerosos debates, en el que pronto se dibujaron dos bandos bien claros. Uno liderado por el Cardenal de Toledo y el duque del Infantado, que hacían hincapié en las ofensas del duque, y defendían mostrar una mayor dureza con su hijo, en calidad de emisario suyo. Por el contrario, don Juan de Idiáquez y, sorprendentemente, el duque de Lerma¹²⁵ abogaban por salvaguardar la dignidad del sobrino del rey, exculpándole de las acciones de su padre, y subrayando su leal inclinación hacia Felipe III. Precisamente, el duque de Lerma se había convertido en uno de los primeros y principales valedores de los intereses del príncipe Filiberto en el Consejo de Estado¹²⁶.

¹²⁰ Durante octubre de 1610 el consejo se reunió al menos en 6 ocasiones para tratar sobre la inminente llegada del príncipe. En ocasiones, como entre el 2 y el 9 de octubre, en intervalos de menos de tres días. La documentación se encuentra en el AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 46-48, 51, 52, 54, 55.

¹²¹ Ver el ANEXO DOCUMENTAL de este trabajo.

¹²² Como señala Cabrera de Córdoba (1857: 419-420), el 2 de octubre estuvo hasta dos horas reunido con sus consejeros para debatir qué medidas tomar ante la llegada de su sobrino. Aunque parece que no fue el único que presidió.

¹²³ *Consultas al Consejo de Estado*. 2, 5, 7 y 9 de octubre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 46-48, 51.

¹²⁴ Las primeras órdenes del monarca fue enviar a un antiguo miembro de la casa de Filiberto, don Francisco de Córdoba, a salir al encuentro del príncipe, que se suponía llegaría por el camino de Burgos, y hacerle detenerse en la Sierra Norte de Madrid. El monarca preveía alojar a su sobrino bien en el convento de San Antonio de la Cabeza (La Cabrera), bien en Santa María del Paular (Rascafría) y hacerle esperar allí hasta recibir nuevas órdenes. Sin duda, un tratamiento muy distinto al de su primer viaje (*Instrucciones de S.M. a don Francisco de Córdoba, gentilhombre de la boca, para salir al encuentro del príncipe Filiberto*. El Escorial, 27 de septiembre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 39).

¹²⁵ Sorprendente, teniendo en cuenta la profunda rivalidad que se ha achacado al valido con el duque de Saboya y sus hijos, especialmente Filiberto (Williams, 2010: 227-228, 245-249).

¹²⁶ Si bien no participó en todas las sesiones, sus intervenciones se hicieron notar, especialmente el 6 de noviembre de 1610, en el que incluso el duque del Infantado se mostró partidario de no emplear excesiva

Los motivos del valido para proteger personalmente al sobrino del monarca sin duda debieron ser complejos, y no precisamente unívocos. Aún así, me inclino a pensar que el fundamental fue lograr una solución lo más rápida posible al conflicto con Carlo Emanuele. Premura que parecía revertir no sólo en los intereses de la monarquía, sino más directamente en los del propio Lerma.

Por supuesto, las dificultades económicas constituían quizá el principal motivo para acelerar las negociaciones. Como venía recordando el difunto conde de Fuentes, y como se debatía en el Consejo de Estado, mantener en activo el ejército movilizado en Milán constituía un gasto insostenible a largo plazo para la Hacienda, por lo que convenía resolver cuanto antes la reconciliación o el castigo a Carlo Emanuele¹²⁷. En ese sentido, para Lerma, cuya gestión hacendística comenzaba a convertirse en una poderosa arma política para sus rivales, convenía no empeorar la situación. Por otra parte, perdonar a Carlo Emanuele, por quien la reina María de Medici comenzaba a interceder, abría la puerta a otro de los grandes objetivos del valido, la reconciliación con la monarquía francesa y el doble matrimonio entre sus dinastías, proyecto en el que el valido se implicó personalmente (Feros Carrasco, 2002: 383-384; Williams, 2010: 223-227).

Otra de las características a destacar del regreso de Filiberto a España y su particular misión diplomática, es que nunca, ni siquiera cuando llegaron a la Corte los peores informes sobre las dobles negociaciones de su padre, dejó de haber quien le eximiera de responsabilidad en el Consejo, destacando, como siempre, su afecto e inclinación hacia Felipe III.

Por supuesto, tampoco faltaban quienes estaban dispuestos a poner en duda la lealtad del príncipe, como el duque del Infantado, que señalaba que:

La venida del príncipe Filiberto todos dirán que es por sus intereses y ser vassallo de V.M., y que assí no haze nada en venir, mayormente tan tarde, quando casi a sido forçado a ello por aversele suspendido los frutos de sus dignidad [las rentas del priorato sanjuanista] (*Consulta al Consejo de Estado*. Madrid. 2 de octubre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 46).

severidad con el príncipe, en un sospechoso y radical cambio de parecer (*Consultas al Consejo de Estado*. Madrid, 2 de octubre y 6 de noviembre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 46, 55).

¹²⁷ Aunque la cuestión de los gastos del ejército ocupó varias reuniones, parece fue determinante en la resolución del conflicto, que empezaba ya a vislumbrarse a principios de noviembre. Consulta al consejo de Estado. Madrid, 6 de noviembre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 55. Por otra parte, la opción del castigo no parecía viable mientras Saboya contara con la protección de Francia.

En una línea similar se expresaba el cardenal de Toledo, que argumentaba que:

si él viniera huydo de su padre, indignado de lo que hazía contra el servicio de V.M. y el bien de sus hijos, no hallara caricias que hazerle. [...] Pero viniendo por su orden se afirma en que V.M. haga con él lo forçoso reçiviéndole moderadamente y que V.M. se aperciba de entereza para darla a entender que pierde por hijo de su padre lo que podría ganar por sobrino de V.M. (*Consulta al Consejo de Estado*. Madrid, 9 de octubre de 1610. AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 51).

Parecía que ni siquiera los repetidos informes favorables de los agentes españoles en Saboya podían borrar toda sombra de duda sobre la fidelidad y los intereses del príncipe, o al menos, no entre todos los consejeros del rey. Por ello mismo, resulta realmente complejo aproximarnos a las *lealtades* de Filiberto, pues podremos encontrar todo tipo de testimonios al respecto.

Sin ir más lejos, su propio padre, a quien todos los agentes españoles hacían suspicaz y receloso de sus hijos mayores, parecía demostrar gran seguridad en Filiberto y su capacidad para llevar adelante la misión en Madrid. Como se deduce de la carta a su padre del 6 de noviembre, el príncipe gozaba de una libertad de acción inconcebible sin cierta confianza¹²⁸. Por supuesto, Filiberto no traicionó la confianza de su padre, pues aunque la intervención del Pontífice y la reina de Francia fueron decisivas, la embajada del príncipe logró finalmente que el asunto se resolviera con las menores repercusiones posibles para la *reputación* de Carlo Emanuele.

En última instancia, el recibimiento dispensado a su llegada a Madrid fue reflejo de aquel complejo equilibrio de lealtades y confianzas de ambas partes que aglutinaba Filiberto. De este modo, el tratamiento finalmente concedido al príncipe representó una

¹²⁸ Como relataba Filiberto a su padre, en sus negociaciones con Lerma e Idiáquez,

liberamente li lasciavamo intendere che io non avevo fatto nulla e che avevo da mettermi ai piedi del Re a chiedergli perdono in nome di V. A. da cui si possono persuadere che non vi sia ordine di farlo, ma che io vogli andare disputando palmo a palmo (Carta del príncipe Filiberto a su padre, el duque de Saboya. Claretta, 1872, p. 289).

Por supuesto, persuadir a Lerma e Idiáquez de que no tenía órdenes de su padre de humillarse ante el rey, aunque intentaría lograr tal consentimiento, era indudablemente una estrategia para tratar de negociar mejores condiciones. Sin embargo, la forma de transmitírselo a Carlo Emanuele deja claro que éste no parecía haberle impuesto ninguna restricción ni orden concreta al respecto, y que era el propio Filiberto quien, por bien informado mantuviera a su padre, decidió hasta qué punto ceder y cómo. Aquello demostraba una gran confianza de Carlo Emanuele en su hijo, al no imponerle limitaciones o instrucciones concretas en algo tan importante como la salvaguarda de su honor, precisamente uno de los puntos más espinosos de la negociación.

especie de compromiso entre el rigor que merecía como hijo del duque de Saboya, y su dignidad como sobrino del monarca, pues ni se llevaron a efecto todas las severidades previstas, ni quedó totalmente libre de humillaciones, algunas más veladas que otras.

En ese sentido, aunque no se llegó a retener a Filiberto un tiempo en la Sierra Norte de Madrid, como se había ordenado en un principio, el recibimiento de su tío fue notablemente más tibio que la última vez. Como cuenta Gascón de Torquemada (1991: 32), el príncipe entró en Madrid el 22 de octubre por la posta, dirigiéndose directamente al monasterio de las Descalzas Reales, donde le esperaban el rey y su familia, junto al resto de la corte. Aunque rey y sobrino intercambiaron las preceptivas muestras de afecto y cortesía, podía intuirse cierta frialdad y tensión. Para Filiberto ésta se hizo especialmente evidente cuando dispusieron su alojamiento fuera del Palacio, que se encontraba en obras. El argumento no convenció al príncipe, que explicaba a su padre el hecho como una excusa “*per trattarmi un poco da forestiero*” (Claretta, 1872: 287).

Con todo, no fue el mayor rigor que se tomó con el príncipe. Sin duda el peor fueron las negativas del monarca a recibirlo para escuchar las explicaciones que traía desde Turín. Aquel era el punto crítico de las negociaciones, pues tanto Carlo Emanuele como Felipe III pretendían superar el conflicto con la menor deshonra posible. Para el duque ello significaba tener la oportunidad de justificar sus acciones, para el monarca hispano no aceptar otra cosa que la humillación de Carlo Emanuele en busca del perdón. El entendimiento parecía difícil, pues parecía que el duque de Saboya no renunciaría a salir de la crisis con la cabeza bien alta, del mismo modo que la monarquía no podía permitirse el descrédito de dejar pasar las intrigas de Carlo Emanuele sin castigo.

Entre tanto, en una nueva demostración de severidad por parte de la corte española, se concedió a Filiberto la poco elegante posibilidad de entregar al rey un escrito con las disculpas en nombre de Carlo Emanuele, que le sería respondido al margen del mismo¹²⁹. Proceder que aceptó el príncipe, en buena medida empujado por Lerma e Idiáquez, que no perdían ocasión de advertirle lo inconveniente que resultaría

¹²⁹ Es posible que el escrito, o uno de sus borradores, sea el particular documento que se encuentra en el AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 49-50, donde se recoge también una relación de la audiencia entre Filiberto y Felipe III. El escrito también podía ser la minuta de la carta que según Claudio Rosso (2008) Filiberto entregó al rey en su audiencia. Dado el interés de estos documentos, se recogen transcritos en el ANEXO DOCUMENTAL de este trabajo.

Sin duda, ambos textos están, por sus similitudes, íntimamente relacionados. Especialmente en el primero se puede apreciar con claridad cómo las primeras exigencias de la corte española, que clamaba la humillación del duque a través de su hijo y la súplica del perdón, se van suavizando para ofrecer una “salida honorable” a Carlo Emanuele.

insistir en justificar las maniobras de su padre ante el rey. Sin embargo, el escrito no fue suficiente, pues desde la corte española continuaban reclamando que el príncipe implorase el perdón de su padre a los pies de Felipe III (Claretta, 1872: 79-81).

Finalmente, el príncipe debió postrarse ante su tío para redimir a su casa por las acciones de Carlo Emanuele. Acciones que, por supuesto, en ningún punto referían explícitamente la entonces más que notoria alianza con Enrique IV, ni el pacto para tomar Milán. Ante el monarca hispano, Filiberto imploró humildemente perdón en nombre de su padre:

ya que sus años y a día que es no se lo han permitido, ame embiado a mí a los pies de V.M. para çertificarle como él nunca tuvo mayor mortificación de que alguna action suya aya engendrado disgustos en el ánimo de V.M., y por esto suplicaré de rodilla con toda humildad se sirva de tomar la satisfación que mejor le pareçiere, pues yo estoy aquí por dársela muy cumplida, remitiéndolo a sus reales pies.

Aunque sus últimas palabras fueran, precisamente, para exonerarlo:

confiado que con el tiempo y amor que siempre mostró V.M. a esta su muy devota casa, hechará de ver cómo él no ha tenido la culpa que sus émulos, con pensamiento de apartarle de la graçia de V.M., le han querido cargar¹³⁰.

En definitiva, al igual que con el recibimiento del príncipe, la solución final representaba un complejo compromiso entre la salvaguarda, por un lado del honor de Filiberto y su padre, por otro la reputación de la monarquía, que no podía permitirse dejar sin escarmiento, al menos simbólico, lo que era considerado una traición en toda regla. Un precario equilibrio perfectamente representado en la propia situación de Filiberto ante Felipe III: hijo y emisario de un aliado renegado, pero al tiempo su sobrino e infante de Castilla.

En cualquier caso, lo cierto es que pese a las desconfianzas que suscitó su regreso, el príncipe pudo cumplir su misión: y disculpar y reconciliar a su padre con Felipe III, y quedarse definitivamente en la Corte al servicio de la Monarquía Católica¹³¹. Al final, parece que Filiberto había logrado compaginar el servicio a su padre, al monarca hispano y su propia carrera, al menos de momento.

¹³⁰ AGS, Estado, Leg. 1939, fol. 50. Transcrito en el ANEXO DOCUMENTAL.

¹³¹ Cuando el duque de Lerma preguntó al conde de la Motta, enviado de Carlo Emanuele junto al príncipe, a qué había venido Filiberto, éste le respondió: “*a quedarse aqui y a servir sus obligaciones y*

CONCLUSIÓN

Resulta tremendamente complejo extraer unas conclusiones firmes de un trabajo que aspira a no ser colofón, sino el inicio de una investigación más profunda y ambiciosa. Son muchos los interrogantes que estas páginas dejan en el aire, aunque también las bases sobre las que poder resolverlos.

En efecto, analizar la *lealtad*, como cualquier otra dimensión *personal* del ser humano, no resulta una tarea sencilla, más aún cuando nuestro sujeto vivió en un contexto histórico tan diferente al nuestro. El rastro y las evidencias de ese “yo interior” que han sobrevivido al paso del tiempo resultan sumamente esquivas, y probablemente insuficientes para llegar a reconstruir por completo la verdadera imagen que Filiberto llegó a concebir de sus propias *lealtades*. Sin embargo, ello tampoco nos impide reconstruir la percepción externa de esa realidad interior. En este caso, la apreciación que en la Corte española se tuvo de la *lealtad* de Filiberto, cuestión que sí ha dejado un rastro mucho más abundante de evidencias documentales, como he intentado demostrar a lo largo de este trabajo.

Una aproximación que no sólo viene dirigida por las fuentes, sino porque representa en realidad uno de los mejores testigos de esa auto-percepción interior de la que nos han llegado tan pocos indicios. En el fondo, sucede algo muy parecido que en el caso de la construcción de la *identidad*, con que la *lealtad* se encuentra íntimamente ligada. Del mismo modo que la *identidad* personal y el ejercicio de autorreflexión que la constituye, no pueden desarrollarse fuera de un entorno social y en relación a otras *identidades* colectivas, la definición y la construcción de la *lealtad* se ve altamente influenciada por las percepciones exteriores. Es decir, Filiberto tampoco pudo edificar sus *lealtades* al margen de las respuestas y reacciones de Felipe III y sus principales ministros y consejeros durante el proceso.

No puede ser de otro modo, pues la *lealtad* precisa necesariamente de exteriorizar tales percepciones, y de una cierta reciprocidad. Algo de lo que eran

dar cuenta a S.M. de la verdad de las cosas en las acciones de V.A.” (Carta de Geloramo Langosco, conde de la Motta, al duque de Saboya. Madrid, 26 de octubre de 1610. Claretta, 1872: 291-292).

conscientes tanto Filiberto como en la Corte española. ¿Cómo explicar, si no en términos de reciprocidad, la correspondencia aparentemente anodina entre Felipe III y su sobrino, en que ambos se escribían con el simple propósito de recordarse mutuamente su afecto y mutuos deberes para con el otro? En otras palabras, la *lealtad* del príncipe y la voluntad del monarca de corresponderla y recompensarla.

En ese sentido, la lealtad constituye una realidad interior, pero también una percepción externa, potencialmente manipulable y manipuladora. ¿Qué objetivo podía tener, si no manipular a Filiberto y apelar a su *lealtad* hacia el monarca hispano que la Corte y el propio Felipe III le manifestaran la desconfianza que había generado su llegada a Madrid en octubre de 1610?

De este modo, entendiendo la *lealtad* también como una percepción o apreciación externa, y no sólo desde su dimensión personal e individual, es posible documentarla y analizarla históricamente. De hecho, ello constituye la principal aportación de este trabajo: ofrecer un ejemplo de interpretación y documentación de un conflicto de *lealtad* política, con sus implicaciones y problemáticas dinásticas e *identitarias*. Una labor realizada a partir de documentación inédita, pero sobre todo, sometiendo las fuentes tradicionales a nuevos enfoques, perspectivas e interrogantes.

No obstante, la propuesta tampoco está exenta de problemas ni ciertas lagunas. Quizá la más importante, haberme ceñido a una única percepción externa de esas *lealtades*: la de la “diplomacia” y la Corte española. Testigo y, además, parte interesada en el conflicto planteado a Filiberto entre el servicio a su padre y la Casa de Saboya, o a la Monarquía Hispánica. Así, tal y como vengo reiterando, completar y ampliar esta investigación debe pasar por buscar y analizar nuevos testigos y percepciones que enriquezcan la interpretación del conflicto de *lealtades* que vivió Filiberto.

Labor que pasa, fundamentalmente, por incorporar las perspectivas de las otras partes del conflicto, como el propio duque de Saboya o los agentes franceses en Turín. En realidad, se trata de aunar el mayor número de testimonios. Por supuesto, sin descartar observadores externos, como los embajadores venecianos y sus normalmente perspicaces relaciones, que pueden ayudar a valorar más correctamente la repercusión de la inclinación y gestos de Filiberto hacia el monarca hispano. Ello sin olvidar que, en último término, entender la lealtad como una *percepción externa* no debe alejarnos de

intentar comprender y aproximarnos, en la medida de lo posible, a ese esquivo y complejo “mundo interior”.

Por otra parte, soy consciente de las limitaciones más inmediatas de un trabajo de estas características. Fundamentalmente, la necesaria ampliación, y en algunos casos, puesta al día de la bibliografía, tanto referente al contexto general de Saboya y la Monarquía Hispánica, como a cuestiones más específicas. Del mismo modo, falta profundizar aún en el soporte teórico que me permita emplear con mayor propiedad y poner a prueba categorías como *lealtad*, pero también *identidad*, *linaje*, *rol* o *nación*.

Sin embargo, creo que este trabajo constituye también una sólida base a partir de la que continuar ahondando en el problema de la *lealtad* política, y sus repercusiones *identitarias* y *dinásticas*. Del mismo modo, representa un excelente punto de partida para continuar estudiando al príncipe Filiberto, tanto desde una perspectiva biográfica, como desde el estudio de sus relaciones dinásticas con la corte española.

FUENTES

- AGS, Estado, Leg. 1289, 1291, 1292, 1296, 1297, 1298, 1299, 1300, 1301, 1302, 1303, 1304, 1305, 1900, 1927, 1939.
- Carta del príncipe Filiberto al duque del Infantado. Mesina, 3 de diciembre de 1621. AHNOB, Osuna, 2281, D.1, fol. 202.
- Cartas del príncipe Filiberto al Condestable de Castilla. Octubre-noviembre 1611, AHNOB, Frías, D. 76, 78. 80.
- Cartas del príncipe Filiberto al duque de Lerma y Felipe III. Archivo Casa Ducal de Medinaceli. Casa Denia-Lerma, Anexos, Leg. 258. Actualmente, el fondo se encuentra en el AHNOB.
- Cartas del príncipe Filiberto de Saboya a don Fernando de Borja, comendador mayor de la Orden de Montesa, IVDJ, Envío 19, C.28, L.I, 41-43.
- *Ordenanzas de los príncipes de Saboya, 1603-1611*. BPRM, Mss. II/828, ff. 140 y siguientes.

FUENTES EDITADAS Y CATÁLOGOS

- Cabrera de Córdoba, Luis. *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614*. Madrid: Publicadas de Real Orden, 1857. Impreso.
- Claretta, Gaudenzio: Documenti. *El Principe Emanuele Filiberto Di Savoia Alla Corte Di Spagna: Studi Storici Sul Regno Di Carlo Emanuele I*. Turín: G. Civelli, 1872, 239-357. Impreso.
- De Covarrubias Orozco, Sebastián. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid: Luis Sánchez, 1611. Impreso.

- Gascón de Torquemada, Gerónimo. *Gaçetas y nuevas de la Corte de España, desde el año 1600 en adelante. Continuada por su hijo Don Gerónimo Gascón de Tiedra*. Edn. A. de Ceballos-Escalera y Gila. Madrid: Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 1991. Impreso.
- *Instrucción del regente don Pedro Corseto para el príncipe Filiberto quando fue al virreynato de Sicilia*, editada en Sciuti Russi, Vittorio. *Il governo della Sicilia, in due relazioni del primo seicento*. Nápoles: Jovene, 1984. 55-113. Impreso.
- Magdaleno Redondo, Ricardo. *Catálogo XIX del Archivo de Simancas. Papeles de Estado. Sicilia (virreinato español)*. Valladolid: Patronato Nacional de Archivos Históricos, 1951.
- Magdaleno Redondo, Ricardo. *Catálogo XXIII del Archivo de Simancas. Papeles de Estado. Milán y Saboya (siglos XVI-XVII)*. Valladolid: Gráficas Andrés Martín, 1962.
- Magdaleno Redondo, Ricardo. *Catálogo XXVII del Archivo de Simancas. Papeles de Estado. Estados pequeños de Italia (siglos XVI-XVIII)*. Valladolid: Archivo General de Simancas, 1978. Impreso.
- Real Academia de la Lengua Española. *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y su calidad, con la phrases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua. Tomo Quarto*, Madrid: RAE, 1734. Impreso.

BIBLIOGRAFÍA

- Acton, Edward: La biografía y el estudio de la identidad. *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*. Eds. J.C. Davis e I. Burdiel. Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, 2005. 177-198. Impreso.
- Allen, Paul C. *Felipe III y la Pax Hispanica: el fracaso de la gran estrategia*. Madrid: Alianza Editorial, 2001. Impreso.
- Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio. “El cortesano discreto: itinerario de una ciencia áulica (ss. XVI-XVII).” *Historia Social*, 28 (1997): 73-94. Impreso.
- Asch, Ronald G. y Von Birke, Adolf M. (Eds.). *Princes, Patronage and the Nobility. The Court at the Beginning of the Modern Age*. Oxford: German Historical Institute -Oxford University Press, 1991. Impreso.
- Banner, Lois W. “Biography as History.” *The American Historical Review*, 114.3 (2009): 579-586. Impreso.
- Boccia, Lionello G. y Godoy, José Andrés. “La armadura del Príncipe Emanuele Filiberto de Saboya (1588-1624).” *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional*, 93 (1987): 57-68. Impreso.
- Bombín Pérez, Antonio. “Política antiespañola de Carlos Manuel I de Saboya (1607-1610).” *Cuadernos de Investigación Histórica*, 2.1 (1978): 153-173. Impreso.
- Bombín Pérez, Antonio. *La cuestión de Monferrato, 1613-1618*. Álava: Colegio Universitario de Álava, 1975. Impreso.
- Burke, Peter. *Historia y teoría social*, Buenos Aires: Amorrortu, 2007. Impreso.
- Caballé Masforroll, Anna. “¿Dónde están las gafas? La biografía, entre la metodología y la casuística.” *HAFO*, I.46 (2011): 169-180. Impreso.
- Cano de Gardoqui Sinobas, José Luis. “Orientación italiana del ducado de Saboya (Primera fase: 1603-1604).” *Hispania: Revista española de historia*, 125 (1975): 565-595. Impreso.
- Cano de Gardoqui Sinobas, José Luis. *La cuestión de Saluzzo en las comunicaciones del imperio español (1588-1601)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1962. Impreso.

- Cardim, Pedro. Amor e amizade na cultura política dos séculos XVI e XVII. *Lusitania Sacra* 2.11 (1991): 21-57. Impreso.
- Carzolio de Rossi, María Inés: La amistad, entre el afecto y las relaciones sociales. Algunas notas sobre la amistad en el Antiguo Régimen. *El Antiguo Régimen: una mirada de dos mundos: España y América*. Comps. M.I. Carzolio de Rossi, R.I. Fernández Prieto y C. Lagunas. Buenos Aires: Prometeo, 2010. 221-240. Impreso.
- Claretta, Gaudenzio. *El Principe Emanuele Filiberto Di Savoia Alla Corte Di Spagna: Studi Storici Sul Regno Di Carlo Emanuele I*. Turín: G. Civelli, 1872. Impreso.
- Davis, J. Collin: Decadencia final de una necesidad cultural: la biografía y su credibilidad intelectual. *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)* Eds. J.C. Davis e I. Burdiel. Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, 2005. 31-47. Impreso.
- Davis, J.C. y Burdiel, I. (Eds.). *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*. Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia, 2005. Impreso.
- De Bunes Ibarra, Miguel Ángel: Filiberto de Saboya, un príncipe que llega a ser Gran Prior. *Nobleza hispana, Nobleza cristiana. La Orden de San Juan, vol. II*. Coord. M. Rivero Rodríguez. Madrid: Polifemo, 2009. 1529 – 1554. Impreso.
- Del Río Barredo, María José. “De Madrid a Turín: el ceremonial de las reinas españolas en la corte ducal de Catalina Micaela de Saboya.” *Cuadernos de Historia Moderna* 2 (2003): 97-122. Impreso.
- Del Río Barredo, María José. *Madrid, Urbs Regia. La capital ceremonial de la Monarquía Católica*. Madrid: Marcial Pons., 2000. Impreso.
- Del Río Barredo, María José: El viaje de los príncipes de Saboya a la corte de Felipe III (1603-1606). *L'affermarsi della corte sabauda. Dinastie, poteri, élites in Piemonte e Savoia fra tardo Medioevo e prima età moderna*. Dirs. P. Bianchi y L. C. Gentile. Turín: Silvio Zamorani, 2006. 407-434. Impreso.
- Del Río Barredo, María José: Historia y teoría. Notas para un estudio de la obra de Peter Burke. *Hibridismo Cultural*. P. Burke. Madrid: Akal, 2006. 5-57. Impreso.
- Dickens, Arthur G. (Ed.). *The Courts of Europe. Politics, Patronage and Royalty, 1400-1800*. Londres: Thames & Hudson, 1997. Impreso.
- Erikson, Eric Homberger, *Identidad, juventud y crisis*. 2ª Edición. Buenos Aires: Paidós, 1974. Impreso.

- Failla, Maria Beatrice: Il principe Emanuele Filiberto di Savoia. Collezioni e comittenze, tra ducato sabaudo, corte spagnola e vicereyno di Sicilia. *Committenti d'età barocca. Le collezioni del principe Emanuele Filiberto di Savoia a Palermo. La decorazione di Palazzo Taffini d'Acceglio a Savigliano*. M. B. Failla y C. Gorla. Turín: Umberto Allemandi, 2003. 37-87. Impreso.
- Fernández Albadalejo, Pablo. *Materia de España. Cultura política e identidad en la España moderna*. Madrid: Marcial Pons, 2007. Impreso.
- Fernández Albadalejo, Pablo: De 'llave de Italia' a 'corazón de la monarquía': Milán y la Monarquía católica en el reinado de Felipe III. *Fragmentos de Monarquía*. Madrid: Alianza, 1992. 185-237. Impreso.
- Feros Carrasco, Antonio. *El Duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*. Madrid: Marcial Pons, 2002. Impreso.
- Feros Carrasco, Antonio: Almas gemelas: monarcas y favoritos en la primera mitad del siglo XVII. *España, Europa y el mundo atlántico, homenaje a John H. Elliott*. Eds. R. L. Kagan y G. Parker. Madrid: Marcial Pons, 2001. 49-82. Impreso.
- García García, Bernardo José. *La Pax Hispanica. Política exterior del duque de Lerma*. Lovaina: Leuven University Press, 1996. Impreso.
- García García, Bernardo José: *La Pax Hispanica: una política de conservación. La monarquía de Felipe III: los Reinos, vol. IV*. Dirs. J. Martínez Millán y M. A. Visceglia. Madrid: Polifemo, 2008. 1215-1276. Impreso.
- Geertz, Clifford. *Negara: The Theater State in Nineteenth Century Bali*. Nueva Jersey: Princeton University Press, 1980. Impreso.
- Gil Pujol, Xavier. *Tiempo de política. Perspectivas historiográficas sobre la Europa Moderna*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 2006. Impreso.
- Gil Pujol, Xavier: Un rey, una fe, muchas naciones. Patria y nación en la España de los siglos XVI y XVII. *La Monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*. Eds. A. Álvarez-Ossorio Alvariño y B. J. García García. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2004. 39-76. Impreso.
- González Cuerva, R. *Baltasar de Zúñiga. Una encrucijada de la Monarquía Hispana (1561-1622)*. Madrid: Polifemo, 2012. Impreso.
- Hernando Sánchez, Carlos José: Españoles e italianos. Nación y lealtad en el Reino de Nápoles durante las Guerras de Italia. *La Monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*. Eds. A. Álvarez-Ossorio Alvariño

- y B. J. García García. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2004. 423-481. Impreso.
- Kettering, Sharon. "Friendship and Clientage in Early Modern France." *French History*, 6.2 (1992): 139-158. Impreso.
 - La Rocca, Luigi. *Il principe sabaudo Emanuele Filiberto grande ammiraglio di Spagna e viceré di Sicilia*. Turín: Deputazione Subalpina di Storia Patria, 1940. Impreso.
 - MacFarlane, Kenneth B. "Bastard Feudalism." *Bull. Ins. Hist. Tesearch*, 20 (1945): 161-180. Impreso.
 - Maczak, Antoni (Ed.). *Klientelssysteme im Europa der Frühen Neuzeit*. Múnich: R. Oldenbourg, 1988. Impreso.
 - Martínez Hernández, Santiago. *Rodrigo Calderón. La sombra del valido*. Madrid: Marcial Pons, 2009. Impreso.
 - Martínez Millán, José (Ed.). *Instituciones y elites de poder en la Monarquía hispana durante el siglo XVI*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1992. Impreso.
 - Martínez Millán, José. "Las investigaciones sobre patronazgo y clientelismos en la administración de la Monarquía Hispana durante la Edad Moderna." *Studia historica. Historia moderna*, 15: 1996. 83-106. Impreso.
 - Martínez Millán, José: La substitución del "sistema cortesano" por el paradigma del "estado nacional" en las investigaciones históricas. *The Court in Europe*. Ed. M. Fantoni. Roma: Bulzoni, 2012. 193-219. Impreso.
 - Merlin, Pierpaolo. *Manuel Filiberto, duque de Saboya y general de España*. Madrid: Actas, 2008. Impreso.
 - Merlin, Pierpaolo: "Seguir la fazione di sua Maestà Cattolica": Il partito spagnolo nella corte di Savoia tra Cinque e Seicento. *Centros de poder Italianos en la Monarquía Hispánica (siglos XV-XVIII), Vol. I*. Coords. J. Martínez Millán, y M. Rivero Rodríguez. Madrid: Polifemo, 2010. 247-265. Impreso.
 - Merlin, Pierpaolo: I Savoia, l'Impero e la Spagna. La missione a Praga del conte di Luserna tra assolutismo sabaudo, superiorità imperiale e interessi spagnoli (1604-1605). *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio, Vol. II*. Coords. J. Martínez Millán y R. González Cuerva. Madrid: Polifemo, 2012. 1211-1244. Impreso.
 - Montero Málaga, Alicia Inés. *El linaje de los Velasco y la Ciudad de Burgos (1379-1474). Identidad y poder político*. Madrid: La Ergástula, 2012. Impreso.

- Osborne, Toby. *Dynasty and diplomacy in the Court of Savoy. Political culture and the Thirty Year's War*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004. Impreso.
- Parker, Geoffrey. *El ejército de Flandes y el Camino Español. 1567-1659*. Madrid: Alianza, 2010. Impreso.
- Raviola, Blythe Alice: Madrid, Viena, Mantua y Turín. Relaciones diplomáticas entre cortes y lugares de poder en torno a las guerras del Monferrato. *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio, Vol. II*. Coords. J. Martínez Millán y R. González Cuerva. Madrid: Polifemo, 2011. 953-972. Impreso.
- Rivero Rodríguez, Manuel. *La edad de oro de los virreyes*. Madrid: Akal, 2011. Impreso.
- Rivero Rodríguez, Manuel: La Casa del príncipe Filiberto de Saboya en Madrid. *L'Infanta Caterina d'Austria, duchessa di Savoia (1567-1597)*. Coords. B. A. Raviola, y F. Varallo. Roma: Carocci, 2013. 499-517. Impreso.
- Roshchin, Evgeny. "The Concept of Friendship: From Princes to States." *European Journal of International Relations* 12.4 (2006): 599-624. Impreso.
- Rosso, Claudio: España y Saboya: Felipe III y Carlos Manuel I. *La monarquía de Felipe III: los Reinos, vol. IV*. Dirs. J. Martínez Millán y M. A. Visceglia. Madrid: Polifemo, 2008. 1092-1100. Impreso.
- Sancho de Sopranís, Hipólito. "Manuel Filiberto de Saboya, Capitán General del Mar. Tras su huella y sus recuerdos en el Puerto de Santa María. Notas y documentos inéditos." *Archivo Hispalense: revista histórica, literaria y artística* 6.15; 17 (1946): 41-76; 327-375.
- Sciuti Russi, Vittorio. *Il governo della Sicilia, in due relazioni del primo seicento*. Nápoles: Jovene, 1984. 55-113. Impreso.
- Signorotto, Gianvittorio: Milán: política exterior. *La monarquía de Felipe III: los Reinos, vol. IV*. Dirs. J. Martínez Millán y M. A. Visceglia. Madrid: Polifemo, 2008. 1032-1075. Impreso.
- Spagnoletti, Angelantonio: Come i 'figli piccoli': I principi italiani tra Madrid e Milano. *La dinastía de los Austria: las relaciones entre la Monarquía Católica y el Imperio, Vol. II*. Coords. J. Martínez Millán y R. González Cuerva. Madrid: Polifemo, 2011. 973-996. Impreso.
- Spagnoletti, Angelantonio: El concepto de naturaleza, nación y patria en Italia y el reino de Nápoles con respecto a la Monarquía de los Austrias. *La Monarquía de las*

- naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*. Eds. A. Álvarez-Ossorio Alvariño y B. J. García García. Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2004. 483-503. Impreso.
- Starkey, David (Ed.). *The English Court from the Wars of the Roses to the Civil War*. Londres: Longman, 1987. Impreso.
 - Taylor, Barbara. “Separations of Soul: Solitude, Biography, History”. *The American Historical Review* 114.3 (2009): 640-651. Impreso.
 - Williams, Patrick. *El gran valido. El duque de Lerma, la Corte y el gobierno de Felipe III (1598-1621)*. Salamanca: Junta de Castilla y León, 2010. Impreso.

ANEXO DOCUMENTAL

NORMAS DE TRANSCRIPCIÓN:

Se respetará la ortografía original del documento, excepto el sistema de mayúsculas y minúsculas, así como de acentuación y puntuación, que se actualizan conforme a las normas académicas vigentes.

Se mantendrán las abreviaturas Vuestra Magestad (V.M.), Su Majestad (S.M.) y Su Alteza (S.A.).

DOCUMENTO 1.

1610, octubre-noviembre. Madrid.

*Borrador de la carta de Filiberto a Felipe III*¹³².

AGS, Estado, Legajo 1939, fol. 49¹³³.

Señor

El duque mi señor y padre, como ya otra vez lo he dicho, me ha embiado a los pies de V.M., no le permitiendo sus años y negoçios venir en persona a supplicar a V.M. de rodillas con toda humildad se sirva de tomar la satisfacción que mejor le pareçiere, pues yo estoy aquí para dársela y es imposible hallar palabras vastantes a representar a V.M. lo mucho que mi padre siente verse apartado de la graçia de V.M.

Y yo de puro congojado me hecho con toda umildad de nuevo a los reales pies de V.M. y no me quitaré de ellos sin acavar la vida o sacar de V.M. la graçia de reçivir a mi padre en la suya, y a él y a toda esta casa devajo de su real amparo, usando de la benignidad con que suele V.M. perdonar grandes faltas y del amor que como padre y señor siempre mostró V.M. tener a esta su muy humilde y devota cassa.

Espero que hará también su officio la misma sangre de V.M. metida devaxo de sus pies, y si más fuese menester todavía yo firmado con la sangre de mi coraçón, pues

¹³² La datación tópica y crónica es aproximada, pero es muy posible que el documento original (pues éste bien podría ser una copia o traslado) fuera escrito entre el 23 de octubre y mediados de noviembre en Madrid o sus alrededores. Respecto a su autoría intelectual, es muy posible, como infiere el propio texto, que corresponda a varios de los personajes que participaron en las negociaciones para el perdón de Carlo Emanuele, como el duque de Lerma, don Juan de Idiáquez, el príncipe Filiberto de Saboya o el conde Gerolamo Langosco della Motta (Claretta, 1872, 78-85), aunque no son los únicos.

¹³³ El único folio que compone el documento se encuentra escrito por ambas caras, cuyo verso presenta tres líneas horizontales insertas entre los renglones del texto, que marcaremos con los signos \/.

en sola la voluntad de V.M. está puesta la del duque, mi padre, y mía, y todo se pone enteramente en manos de V.M.// (F. 49r.) \de las quales esperamos perdón y merced suplicádoselo tan umildemente y habiendo de servirlo a V.M. toda la vida conforme a las obligaciones que tenemos para ello./

\De lo rayado avajo se a de poner de la forma siguiente:/

\de las quales espero alcançar lo que tan umildemente se supplica habiendo de servirlo a V.M. toda la vida conforme a las obligaciones que para ello ay.// (F. 49v.)

DOCUMENTO 2.

1610, octubre-noviembre. Madrid¹³⁴.

Breve relación de la audiencia de Filiberto con Felipe III.

AGS, Estado, Legajo 1939, fol. 50,

Lo que dixo el Príncipe Gran Prior a S.M. en la audiència que tuvo anoche.

Señor, el sentimiento con que ha quedado el duque, mi señor y padre, de que aya avido ocasión de menguar en V.M. el amor debido a la voluntad que siempre él tuvo y tendrá de emplear su persona, hijos y estado en servicio de V.M., nadie lo podrá representar mejor que él. Pero ya que sus años y a día que es no se lo han permitido, ame embiado a mí a los pies de V.M. para çertificarle como él nunca tuvo mayor mortificación de que alguna action suya aya engendrado disgustos en el ánimo de V.M.

Y por esto suplicaré de rodilla con toda humildad se sirva de tomar la satifaçión que mejor le pareçiere, pues yo estoy aquí por dársela muy cumplida, remitiéndolo a sus reales pies, muy confiado que con el tiempo y amor que siempre mostró V.M. a esta su muy devota casa, hechará de ver cómo él no ha tenido la culpa que sus émulos, con pensamiento de apartarle de la graçia de V.M., le han querido cargar.

Respondió S.M.

Yo reçibo mucha satifaçión que el duque me aya embiado un embaxador como vos (esto pareçe a S.A. hacer entendido todavía se remite a lo que mejor se acordare S.M.).

Replicando después el príncipe otras palabras en conformidad con las susodichas, respondió S.M. que lo creya muy bien, en lo demás se remite el príncipe a lo demás que S.M. le hizo merced de decirle.// (F. 50r).

¹³⁴ De nuevo, la datación tópica y crónica son aproximadas.